

Juan García Font

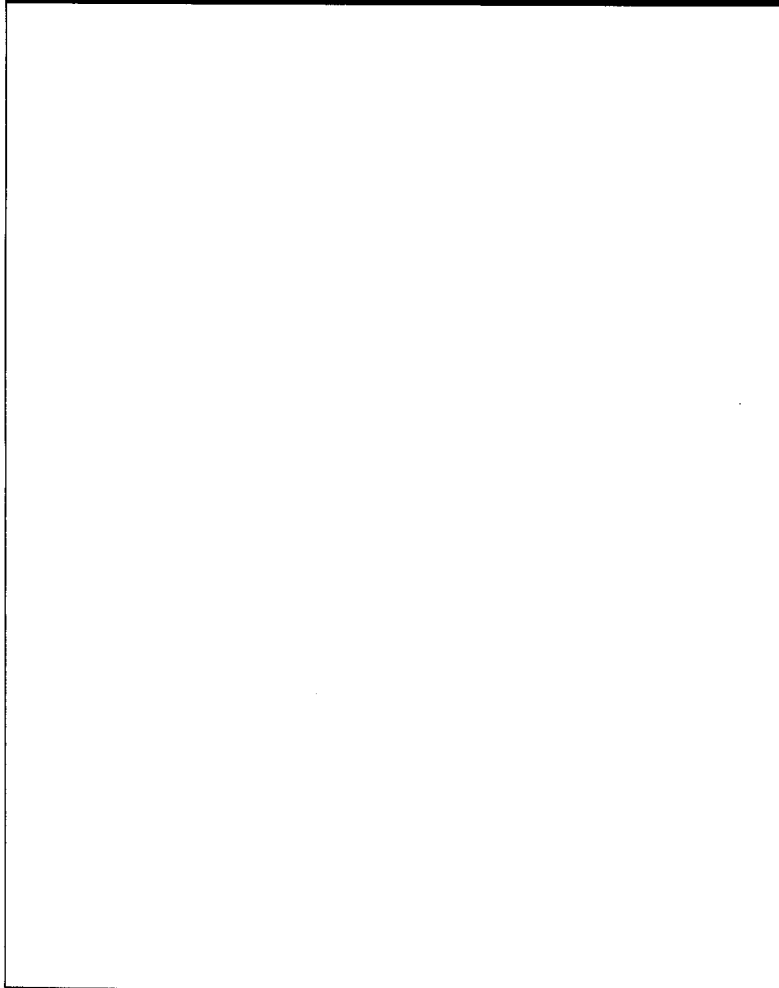
DIOSES Y SÍMBOLOS DEL ANTIGUO EGIPTO

¿Ejercen aún los viejos dioses
un secreto influjo en nuestro
psiquismo...?

EDICIONES FAUSI

57 12 1,180

Dioses y símbolos del antiguo Egipto



Juan García Font

**Dioses y símbolos
del antiguo Egipto**

Colección Eleusis

Ediciones Fausí, S. A.

© Ediciones Fausí, S. A., 1987
Depósito Legal: B.37.704/87
ISBN: 84-86592-37-2
Printed in Spain
Imprime APSSA
Roca Umbert, 26. Hospitalet del Llobregat (Barcelona)
Ediciones Fausí, S. A. Ctra. de la Bordeta, 8-10. 08014 Barcelona

Prólogo

Cuando un Plutarco de Queronea o un Herodoto señalan la radical identidad entre las religiones egipcia y griega, sólo incurrían en error hasta cierto punto. Quizá no todo procedía de Egipto, como algunos proclamaban; es posible que algunos cultos proviniesen de otros lugares, pero con independencia de influjos y contactos entre culturas, puede admitirse la existencia de unas estructuras de base, unos arquetipos reflejados en lo imaginario, que muestran funciones semejantes en diferentes religiones. Eso indujo a que tanto Plutarco como Herodoto quedasen convencidos de la unidad esencial de todos los cultos, fuesen cuales fuesen los países de origen; puesto que, al fin de cuentas, manifestaban en todos los casos, aspiraciones profundas del alma humana. Eso lo ha subrayado también, desde su propia perspectiva, C. G. Jung cuando destaca que, en parecidas circunstancias individuales, se activan arquetipos semejantes que constituyen el patrimonio de un inconsciente colectivo por todos compartido.

Podría indicarse, a modo de orientación en este tipo de estudios, que las funciones de los númenes nos revelan ciertos núcleos energéticos de nuestro psiquismo. La función de Mercurio, pongamos por caso, que corresponde a la *mente viajera*, al conocimiento que acerca los contrarios, a la penetración en lo desconocido, a la habilidad mágica, se halla, con nombres de enti-

dades distintas, en las más diversas religiones. No es extraño que algunos autores hayan experimentado el impulso de celebrar la omnipresencia de algunas divinidades en distintas culturas. El primer himno de Isidoro a Isis destaca la universalidad de la diosa a través de distintos nombres:

*«Todos los mortales sobre la Tierra inmensa,
tracios, griegos o bárbaros
proclaman tu hermoso nombre,
nombre por todos venerado,
cada cual en su propia lengua»*

Ese eco no se extingue; a lo largo de los siglos, algunos pensadores han vislumbrado ciertas funciones enaltecedoras que se manifiestan a través de imágenes parciales. Uno de ellos fue Nicolás Krebs, cardenal y nuncio apostólico en Alemania, *arquetipo de toda la filosofía del Renacimiento* que proclamaba la necesidad de descubrir a la divinidad superando los aspectos parciales y heterogéneos. En el diálogo *De pace et concordancia fidei* (1453) nos dirá cómo, a través de múltiples formas y prácticas, los distintos pueblos intentan expresar lo inaprehensible, intentan dar nombre a lo innombrable. Su audaz expresión es harto significativa: *la variedad de todos los ritos presupone una misma religión y un solo culto...*

Por ello, el Cusano se nos muestra, en pleno siglo xv, como el más elevado testimonio de la comprensión profunda y de tolerancia religiosa, como la religión del Verbo que se manifiesta y proclama en el corazón de todos los seres humanos.

En relación con el tema que nos ocupa, aparecen, pues, dos aspectos que merecen ser tenidos en cuenta. Por una parte, la universalidad de determinadas experiencias que se manifiestan bajo apariencias de dioses que, en distintas religiones, presentan funciones semejantes y, por otra, la explicación de este fe-

nómeno como expresión de unos mecanismos de interioridad semejantes que delatan una especial persecución de sentido, una especie de orientación por cauces parecidos en las regiones de lo imaginario.

El hecho de captar el sentido de los dioses egipcios puede representar, sin duda, bastante más que un acto de curiosidad intelectual. Dado que esas divinidades parecen dibujar movimientos de nuestro psiquismo en sus más profundos aspectos y funciones, aquellos númenes pueden convertirse en verdaderos estímulos para lograr el despliegue de experiencias de ampliación del marco de la conciencia, lo cual pondría al destubierito manifestaciones de insospechadas energías. Para emplear un símil, nos permitiremos decir que equivaldría a algo así como descubrir un tesoro en las tierras de un jardín desconocido.

Es natural y hasta cierto punto comprensible que ello provoque recelo en personas condicionadas por cierta formación y a veces, incluso por cierta deformación, que tienden a rechazar todo lo que pudiera significar una amenaza para la estabilidad de las estructuras de seguridad que definen su ego. Por nuestra parte, consideramos que las *evocaciones* de las divinidades egipcias representan, de algún modo, una iniciación en nosotros mismos. No concebimos aquí la mitología egipcia como excursión inocua a través de uno de los capítulos de la historia de las religiones, sino como una *mitosofía*, es decir, como un *saber* que paladea el sabor del sentido, procurando apoyarse en bases documentales seguras. Ese héroe de todos los mitos que es el hombre ha de empezar la búsqueda de cierto mensaje que se custodia en un antiguo arcón. Sólo así descifrá el enigma de su futuro...

Digamos también que no todos los lectores han de sorprenderse cuando aprecien que, en algunas ocasiones, el estudio de los dioses egipcios nos conduzca hasta el enigmático laboratorio del alquimista... El arte sagrado, como *corpus symbolicum*, constituye con frecuencia una preciosa oportunidad para relacionar

contenidos y, trascendiendo simples analogías, apreciar los cauces por los que se manifiesta el dinamismo interior de nuestra más profunda transformación.

* * *

Para el estudio de la mitología egipcia, conviene hacer referencia a determinados núcleos donde se elaboraron ambiciosas síntesis teológicas. Éste será precisamente el plan de nuestra exposición. Imaginaremos, como pauta de nuestro recorrido, el dibujo esquemático de un papiro que corresponderá aproximadamente al curso del Nilo, como si éste fuese el tallo que culmina en el Delta, el cual concebiremos a modo del penacho de la planta. A partir del mismo y avanzando hacia el sur, es decir, en dirección al Alto Egipto, iremos localizando los grandes centros religiosos que darán nombre a algunos de nuestros capítulos y nos permitirán establecer distintas áreas de estudio. Ciertamente, la división no puede ser tajante ni absoluta por la sutil e intrincada red de relaciones que unen entre sí los diversos centros religiosos; no obstante, consideramos que importa disponer de una orientación previa que ofrezca un provisional apoyo desde el que podrán apreciarse las oportunas conexiones.

Ante todo y en la base misma del penacho del papiro, encontramos la ciudad de Heliópolis, centro del culto solar; al descender por el tallo, nos detendremos oportunamente en Memfis, residencia del dios creador; luego, aparecerá ante nosotros Hermópolis, la ciudad de Hermes-Thot; Tebas, la ciudad de Amón, se mostrará no como término de un itinerario, sino simplemente como etapa de una marcha que aún habrá de seducirnos con nuevas andaduras.

De todos modos, conviene comenzar, como en tantas narraciones, con la fórmula inicial de *Érase que se era, en un principio...*

Sumario

PRÓLOGO	5
LA TEOLOGÍA DE HELIÓPOLIS	13
Sobre la «enéada»	13
En el caldero hay agua	14
Shu y Tefnut	19
Geb y Nut.	20
El cielo es nuestra tumba	23
El drama de Osiris	26
Maneros	29
El despedazamiento de Osiris	30
Osiris y las aguas	37
El abrazo de Isis	40
Isis, señora del enlace	45
Isis, la Virgen Madre	47
Neith, la señora de las flechas	49
Neftis, la sonrisa de lo contrario	50
La extraña cabeza	53
Horus, el halcón	58
Horus de oro	62
De la enigmática amistad de los contrarios	63
Horus Mayor y Horus Menor	66
Harpócrates	68

La pérdida del ojo de Horus	72
El cazador de zonas remotas	75
LA TEOLOGÍA DE MEMFIS	79
La creación	79
Ptah, el creador	83
Ptah-Sokaris	85
La tríada memfita	86
El secreto del artesano y de la hermosa	89
Hathor, la Venus-vaca	91
El buey Apis	96
Khnum, el dios con cabeza de carnero, modelador de dioses y hombres	100
LA TEOLOGÍA DE HERMÓPOLIS	103
La-de-los-ochos	103
Thot, el gran mago	109
Seshet y Nemahuit, esposas de Thot	116
LA TEOLOGÍA TEBANA	119
Tebas, la ciudad de las cien puertas	119
Amón, señor de vientos y marineros	123
Pluralidad, totalidad, unidad absoluta	125
Señor de príncipes y desvalidos	127
La señora del silencio	129
MITOS Y SÍMBOLOS ACERCA DE LA LUNA	131
Una realidad ambigua	131
La Luna y las equívocas relaciones de Horus y Seth	132
Mín, señor lunar de caminos y lejanías	134
La magia tiene resplandor lunar	137
Dioses asimilados a la Luna	138

DIOSES DE LA VIDA Y DE LA FORTUNA	139
El Nilo, vida de Egipto	139
El dios cocodrilo Sobek	141
Diosas del nacimiento y del destino	147
Bes, el enano de la buena suerte	149
 LOS DIOSES DE LOS MUERTOS Y LA PSICOSTASIA . .	152
Upuaut y Anubis	152
La psicostasia o pesada del alma	154
Ma'at, diosa de la verdad y de la justicia	158
 VISIÓN DE CONJUNTO DEL DESARROLLO DE LA MITOLOGÍA EGIPCIA	161
Época tinita (3200-2780 a. de J.C.)	161
Imperio Antiguo (2780-2280 a. de J.C.)	162
Primer Interregno (2280-2060 a. de J.C.)	164
Imperio Medio (2060-1786 a. de J.C.)	164
Segundo Interregno (1786-1552 a. de J.C.)	165
Imperio Nuevo (1552-1070 a. de J.C.)	165
Tercer Interregno (1070-711 a. de J.C.)	167
Baja Época (711-332 a. de J.C.)	167
Época greco-romana (332-30 a. de J.C.)	168
 VOCABULARIO BÁSICO DE LA MITOLOGÍA EGIPCIA . .	169

La teología de Heliópolis

Sobre la «enéada»

Con el nombre de enéada (*pesedjet*), se denominó un conjunto de dioses, generalmente nueve, que constituía el panteón de ciertas teologías egipcias. Quiere ello decir que ni todas las enéadas presentaban nueve dioses ni se referían a la ciudad de Heliópolis (*On*), emplazamiento que se halla al nordeste del Cairo, la ciudad sagrada del Antiguo Imperio que logró mantener su prestigio espiritual a lo largo de los siglos. La teología de Heliópolis se conserva en gran parte en los llamados *Textos de las pirámides* y sus enseñanzas llegaron a provocar la *reforma* de Akenaton.

A pesar de que, con gran frecuencia, aparece encabezando la enéada heliopolitana el dios Atum, el creador solitario, conviene no perder de vista la oscura entidad de Nun, el abismo acuoso, que generalmente se consideraba el punto de partida o fuente primordial de todos los dioses. Los egipcios aceptaban, como algo indiscutido, que el caos primordial era el origen de todo, pero ello no significaba que fuese el dios más destacado. Era el fundamental, sencillamente. Con el paso del tiempo, los dioses primordiales o abismales fueron sucediéndose unos a otros en una zona extracósmica, según se afirmaba en algunas teologías. Ostentaban nombres distintos aunque su función fuese parecida. Eran algo así como aspectos, modificaciones o manifestaciones

del caos. Frente a éste, los dioses creadores de las distintas teologías iban configurando *toda cosa* a partir del abismo primordial. De modo que puede hablarse de dioses del caos y dioses que, a partir del caos fundamental, configuran aspectos del cosmos.

Conviene advertir que en estos terrenos no debe perseguirse demasiada precisión. Los perfiles de las figuras se superponen con harta frecuencia y donde esperamos encontrar una cosa, podemos descubrir otra bastante distinta. Algo hay en los mitos de esa urdimbre que se halla en el mundo de los sueños.

La más frecuente relación de los dioses heliopolitanos es la que se ofrece a continuación, dejando a un lado a Nun, el abismo originario. El padre solitario de toda cosa fue Atum, del que derivarían Shu, el aire-atmósfera, y Tefnut, la saliva-humedad. Los hijos de éstos fueron Geb, el dios de la tierra, y Nut, la diosa de los cielos. Estos cinco dioses formarían la esfera propiamente teogónica. Finalmente, el grupo compuesto por los hermanos esposos Osiris-Isis y Seth-Neftis constituirían propiamente la esfera cosmogónica especialmente relacionada con el mundo y los mortales, así como con el negocio de la salvación de éstos.

Como entidad diferenciada del conjunto, que no habría de tardar en identificarse con el dios primordial de Heliópolis, aparece Horus.

El presente capítulo tratará respectivamente de la esfera de los dioses teogónicos, destacando el papel fundamental de Nun y describirá luego el desarrollo del drama de Osiris, en el que intervendrán los personajes mencionados en la esfera cosmogónica, para concluir con la sección dedicada a Horus.

En el caldero hay agua

Los antiguos egipcios representaban a Nun, el abismo originario, mediante los jeroglíficos del caldero y del mar. Ahora bien,

conviene *descubrir* lo que realmente se esconde tras semejantes representaciones.

Intentaremos convertir el signo —imagen que designa algo por convención— en símbolo —red de relaciones que convierte una imagen en nexo de semejanzas, en dinámica de evocación, —para apreciar, de este modo, el alcance de lo que se esconde en aquellos jeroglíficos.

En numerosas consejas populares, el caldero es recipiente donde brujas y magos proceden a sus cocimientos. Y éstos podrán ser cosa de salvación o condenación, según fuere el agente que procede a las operaciones o los condimentos que se depositen en la olla. Ese caldero se valorará de muy distintas maneras según los casos. Puede tratarse del receptáculo de los sacrificios o bien corresponder al depósito de las herviduras que aseguran la inmortalidad y la regeneración.

Ese caldero, que en tantos mitos y leyendas abre su boca, parece asociado con las experiencias de cocimiento y alimentación primordiales; con la rememoración, más o menos consciente, del acto originario de encender fuego y preparar comida. Ello pudo haber dejado una importante huella en ese hombre primitivo que aún llevamos dentro.

Por otra parte, parece innecesario destacar el conjunto de afectos y hondas asociaciones que provocan las representaciones del alimento en la mentalidad primitiva. Alrededor del caldero de la tribu, han aguardado impacientes los hambrientos con devoto recogimiento a lo largo de oscuros siglos. En el caldero se producen caldos y sustancias de sorprendentes propiedades. Allí bullen carnes que asegurarán fuerza al músculo o hierbas que enaltecen el vigor de quienes las toman. Por eso, simbólicamente, el caldero se relaciona con los recipientes de la abundancia.

Queda apuntado: en el caldero se pueden preparar jugos de hierbas o medicinas mágicas que ahuyentan a los demonios de la enfermedad.

Ciertamente, esas consejas populares, donde se presenta a las brujas preparando caldos con sapos y culebras, nos hacen recordar la imagen ancestral de aquel *Nun* egipcio por cuyas aguas se deslizaban serpientes somnolientas e informes o bien monstruos que, según ciertas representaciones, *calzaban sapos*.

Algo de ese terror sagrado que inspiran las aguas caóticas del abismo se ha desplazado al caldero de la bruja, en el cual se preparan sustancias con las grasas de animales de repulsivo aspecto y primitiva configuración. Repitémoslo: en el caldero prototípico hierven caldos mágicos para llevar a cabo sorprendentes trabajos y extrañas obras. Por ejemplo, en las leyendas célticas se describen varios calderos. Sin duda, merece especial consideración el del buen dios Dagda que ofrece inimaginables harturas y que parece corresponder al cuerno de la abundancia. Ese caldero brinda los líquidos de un conocimiento secreto y profundo.

Ahora bien, Dagda es un *dios rojizo que todo lo sabe* (*Ruadrofessa*), lo cual no sólo corresponde a una identificación con el disco solar, sino a la intuición superior y transformadora que los alquimistas expresaron mediante el signo del Sol.

Hay quien aprecia en el caldero de Dagda una misteriosa relación con las potencias de la tierra, esas que habitan en los mundos inferiores y hacen crecer las plantas que aseguran la vida de los hombres y de los animales. Y puesto que por ahí podríamos hablar de los muertos, no estará de más referirnos a los calderos de resurrección que no faltan en las tradiciones célticas. En esos se depositan los difuntos para que puedan resurgir en el más allá.

También encontraremos calderos de sacrificio. Estrabón refiere una sorprendente costumbre de los cimbrios que bien podría relacionarse con las prácticas celtas. La cosa queda así: unas mujeres de grises cabellos, blanco indumento y manto de lino,

con cinto de bronce y espada en mano, recibían a los prisioneros de guerra junto a un enorme caldero y, tras coronarlos, los degollaban de modo que la sangre se vertiera en el interior del recipiente. Luego, observándola, adivinaban el porvenir.

Conviene también referirse al caldero de Gundestrup, en cuyas aguas el sacerdote hundirá las cabezas de los guerreros antes de que partan hacia el combate o la aventura. *Meter cabeza* en las aguas del conocimiento originario, como bautizo, corresponde, sin duda, a un rito de iniciación.

Esas aproximaciones a diversos contenidos mítico-legendarios adquieren especial sentido cuando uno aprecia que delatan, en culturas de distintas áreas y tiempos diversos, unas funciones equivalentes. Los contenidos varían, las funciones significativas persisten.

Importa recordar, en llegando a este punto, que el nombre de Nun, en antiguo egipcio, asocia la olla con el signo del agua, lo cual corresponde a los mitos del acuoso abismo primordial del que todo surge y que aparece en las distintas teologías egipcias como origen de todas las cosas. Pues bien, en todos esos calderos, de modo más o menos patente, se oculta relación con las aguas primordiales. Sea ejemplo el caldero milagroso Murios de las tradiciones irlandesas. Ese nombre encierra en su raíz la palabra *muir* que significa *mar*; lo cual nos descubre una de esas sorprendentes correspondencias que embriagan a algunos autores propensos a establecer influencias y contactos culturales entre los más distantes pueblos. Nuestro criterio es que existe un parentesco reconocible entre contenidos míticos o legendarios de distintos pueblos, porque existen funciones primordiales que se manifiestan desde los más profundos estratos de la psique.

Nun representa el abismo del que todo surge, la indeterminación inicial de toda obra. No sólo significa las potencias informes del más profundo inconsciente, sino el momento que señala un *vacío* que antecede todo proceso creativo. Constituye el

símbolo del hueco fundamental del que surge la actividad creativa.

Los egipcios se referían al caos inicial como *ausencia*, como momento previo a las primeras manifestaciones de algo, y cuando las crecidas del Nilo llegaban a borrar los límites precisos —las divisiones— se veía en esa disolución, en esa confusión, algo así como una paradójica presencia de lo *ausente*, es decir, del caos indeterminado.

En los tiempos del faraón Osorkon III (siglo VII a. de J.C.) se produjo una crecida del Nilo que fue considerada como un retorno a las condiciones caóticas de los primeros tiempos: *Nun ascendió... sobre la tierra entera, batió las dos vertientes montañosas como en los tiempos originarios...*

Ese principio de indeterminación que a veces se identifica, no sólo con las aguas del Nilo, sino incluso con alguna divinidad de la que se quiere resaltar el poder y antigüedad, es común a todas las teogonías egipcias. Más aún, aparece como una condición previa al desarrollo de cualquier mito relativo a los orígenes. Diríase que se trata de una imagen referida al momento de indeterminación inicial de cualquier proceso.

También los alquimistas veían el comienzo de la obra en la *massa confusa* o *chaos* inicial. El *artista* tendrá la función de convertir el caos de la materia prima, estado primitivo, en un cosmos de plenitud unificada y trascendente. Dom Pernety, que relacionó la alquimia con las mitologías egipcia y griega, se refiere al caos primordial en estos términos: «*Quienes han abundado en las ideas de los rabinos creen que existió, antes de la primera materia, un cierto principio más antiguo que ella al que impropriamente han denominado Hyle (materia). Era menos un cuerpo que una sombra inmensa; menos una cosa que una imagen muy oscura de algo que mejor fuera denominar fantasma tenebroso del ser, una especie de noche oscura y una retirada o retracción o centro de tinieblas; en fin, algo que solamente existía*

en potencia y de tal condición que solamente podría concebirla el espíritu humano como en un sueño. Pero la imaginación solamente podría representársela como lo haría un recién nacido ciego considerando la luz del sol. Estos seguidores del rabinismo han estimado oportuno referirse a Dios sacando de este primer principio un abismo tenebroso, informe, como la materia próxima de los elementos de este mundo. Con todo, todo parece concertarse en admitir el agua como primera materia de todas las cosas... (1)

Shu y Tefnut

Queda dicho que Shu, junto con su esposa y hermana Tefnut, constituyen la primera pareja de la enéada heliopolitana. El nombre de Shu parece derivar de una raíz que significa *eleva*r, *sostener* y, por ello, ese dios muestra funciones semejantes a las de Atlas, aquél que sostiene la Tierra en la mitología clásica, aunque en este caso, el dios egipcio no sostiene la Tierra, sino los cielos.

Se ha dicho que Shu representa el aire vivificador que introduce la vida en el universo, cual si éste fuese un animal que respira. En Shu se inicia, por otro lado, el gran drama de las divisiones y separaciones a escala teogónico-cosmogónica. Ciertamente Shu se introdujo entre la *realidad* de sus hijos, cielo y tierra, que originariamente se hallaban fundidos y los separó violentamente. Por ello se le representa frecuentemente sosteniendo la figura de Nut, el cielo, mediante sus brazos elevados. Por otra parte, su hijo, el dios de la Tierra, aparece vencido a sus pies,

1. Pernety, Dom Antoine-Joseph, *Les fables égyptiennes et grecques dévoilées & réduites au même principe...*, París, MDCCCLXXXVI.

acostado, con las rodillas dobladas, para significar de este modo la forma de las montañas.

Refieren las leyendas que, con el paso del tiempo, los súbditos de Shu, instigados por Apofis, la serpiente maléfica de la oscuridad, se levantaron contra el padre soberano. Entonces éste dejó el gobierno a su hijo Geb, la Tierra, y subió a los cielos.

Tefnut es la diosa de la humedad. En algunos casos se la saluda con epítetos aparentemente tan irrespetuosos como saliva, escupitajo y cosas por el estilo. A veces se representa con cabeza de leona. También se había representado a Shu bajo apariencia de león y, al parecer, su culto se había manifestado inicialmente en Letópolis del Delta (Tell el-Moqdam) donde los himnos le presentan como protector de la barca de Ra.

Geb y Nut

Estos dioses constituyen la segunda pareja de la enéada. Geb siente el dolor de la separación y no se consuela de la lejanía de su esposa-hermana a la que añora. Se representa a este personaje pocas veces y en ocasiones bajo el signo de una oca que constituye el jeroglífico que denota su nombre. Algunas leyendas nos lo presentan como ánade y se le saluda como el *Gran Graznador*, cuya hembra ha puesto el huevo solar. En otras ocasiones se le invoca bajo la apariencia de toro celestial que persigue a la vaca de las regiones superiores. Conviene advertir que semejante atribuciones y los correspondientes atributos son compartidos por los dioses cuando hacen gala de su remota ascendencia. Ciertamente que Geb recibe a veces la calificación de *Padre de los dioses*, puesto que engendró en Nut a los personajes del drama osiríaco, los cuales constituyeron, por sí mismos, al menos en cierta época de la historia de Egipto, el principal núcleo de los cultos de aquel pueblo.

Plutarco vio en Geb al dios griego Cronos y en Nut a la diosa Rhea.

Geb es el tercer *faraoón divino*, sucedió a su padre Shu en el gobierno. Se refiere que el monarca mandó abrir un cofre de oro donde se guardaban piadosamente el *ureus* (2) de Ra, el bastón de mando del viejo dios y un mechón de sus cabellos. El terrible hechizo del *ureus*, como aliento mortal, se extendió entre cuantos acompañaban al soberano de la Tierra y los mató de modo fulminante, causando también graves quemaduras en las carnes del dios imprudente. Afortunadamente Geb pudo curarse mediante la aplicación del mechón de los cabellos solares. Esta poderosa medicina, salida del cofre de Ra, fue posteriormente conducida al lago At Nub, para purificar sus aguas, y allí se transformó en cocodrilo primordial.

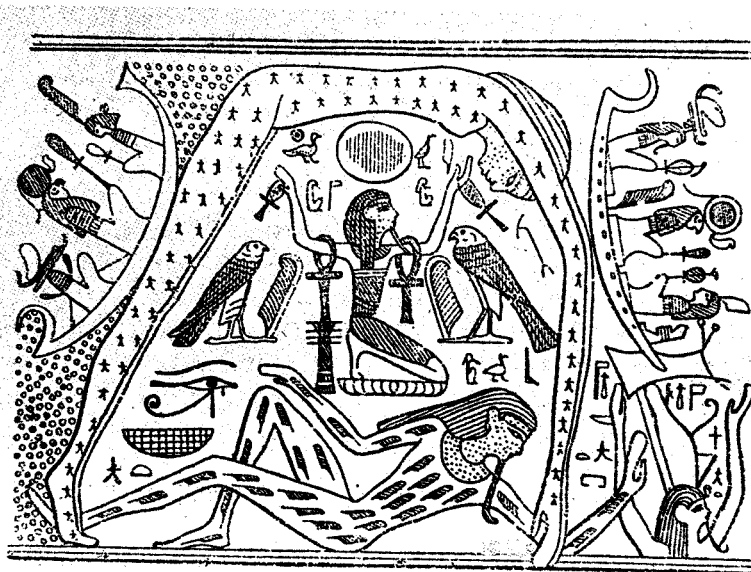
Desde un punto de vista simbólico, el cofre de oro que guarda los *elementos sagrados* es el modelo ideal del arca de la alianza, cuya fuerza y efecto destructores son sólo comparables en parte con el arca egipcia, dado que esta última no sólo fulmina a los mortales imprudentes sino a los mismísimos dioses. Asimismo recuerda el jarro o arca de Pandora de la que pueden salir, según sean las versiones, todos los bienes o todos los males.

Ese cofre de oro primordial corresponde simbólicamente al principio de las materias alquímicas. *El oro es su padre, la plata es su madre...*

Por su parte, el *ureus* expresa no sólo la fuerza de la obra, sino los peligros que supone el *opus* para quienes no se hallan en adecuadas condiciones.

La trenza de Ra, los cabellos del Sol, son buena medicina.

2. *Ureus* (*i'irt*) cobra protectora de la diadema real que, con frecuencia, aparece como entidad divina.



Nut, la diosa de los cielos, consorte de Geb, el cual aparece en la parte inferior con una rodilla doblada. La barca solar recorre las noches y los días sobre la diosa como si fuese el mar de lo alto.

Dado que la trenza representa siempre en el antiguo Egipto la juventud y, además, los cabellos son dorados y con equivalencia a la emisión salutífera de la luz solar, nos encontramos ante un equivalente del elixir de la juventud o de la medicina de la regeneración, asociada al oro potable, acción regeneradora del principio solar presente en toda medicina mágica.

El bastón de mando no sólo equivale a la varita del mago, tema popular en las viejas consejas egipcias, sino que guarda analogía con el signo jeroglífico que significó *prosperidad, fecundidad y riqueza*.

Referían los mitos que Nut se unió a su hermano contra la voluntad de Ra y entonces este dios —que aquí aparece como

el primero y más poderoso de los númenes— no sólo ordenó la violenta separación de la pareja, sino que *ligó* mágicamente a la gran señora de los cielos para que no pudiese parir en ningún día del año. Por lo visto, los viejos dioses temían el presunto poder de nuevos dioses...

De todos modos, Thot el mago, piadosamente conmovido, quiso hacer algo por la diosa castigada y muy taimadamente propuso a la Luna que jugara con él a las *damas*. Puesto que el dios de la inteligencia y de las *cuentas* tenía recursos para todo, le fue ganando al astro de la noche una fracción de sus pálidas luces, con las cuales, a la larga, consiguió formar cinco días. Dado que estos días no correspondían al cómputo regular del año, Nut pudo ir dando a luz a cinco criaturas: Osiris, Haroeris u Horus el Viejo, Seth, Isis y Neftis.

Se representaba a Nut como bóveda celeste en forma de mujer que se apoyaba encorvada sobre la tierra con sus pies y sus manos. En ocasiones, se muestra bajo la apariencia de vaca transportando sobre sus lomos a Ra, al que condujo lejos de la Tierra durante el tiempo en que se produjo el gran levantamiento de los hombres contra los dioses.

Por esos laberintos de la dialéctica del mito, Nut se nos muestra, en más de una ocasión, no ya como hija castigada y *separada* por el padre, sino como madre del Sol, el cual renace de su seno cada mañana por la puerta secreta de su sexo. Cuando se la representa en forma humana, esta diosa lleva una jarra sobre la cabeza —como la lechera de la fábula— dado que éste era el emblema mediante el cual se significaba la raíz de su nombre.

El cielo es nuestra tumba

Nut es un cielo que se convierte en tumba para que el faraón

difunto acceda o penetre en la madre. Semejante concepción, que alcanza formas plásticas en la dinastía XVIII, aparece ya en textos inscritos en las paredes de las cámaras funerarias de las pirámides de las dinastías V y VI. La lectura de algunos de ellos podría hacer pensar en un incesto si no se atendiese *al espíritu que la letra oculta*. La mayoría de las inscripciones se refieren específicamente al goce de la inmortalidad por reintegración en la madre. Semejantes fórmulas de inmortalidad adquieren a veces giros sorprendentes. Por ejemplo, se saluda a Amón-Ra como *Aquel que engendra a su padre* y, en más de una ocasión, por las conexiones analógicas del pensamiento mágico, se denomina Mut, madre, a la esposa.

Nut, el cielo madre, pare diariamente al dios solar y el acceso a las regiones superiores se concibe como un ingreso a través del sexo de los cielos.

Por ese motivo, se hace *descender* a la diosa celestial hasta el interior de las tumbas. Así, en las paredes interiores del sarcófago del soberano Teti, de la VI dinastía, aparece la siguiente inscripción:

«Tú has sido confiado a tu madre,
Nut en su nombre de "tumba".
Te ha rodeado con sus brazos
en su nombre de "sarcófago".
Tú has sido conducido a ella,
en su nombre de "sepultura"» (3)

Los sentimientos que se expresan en algunas de estas inscripciones presentan el tono cálido del niño desvalido que acude a su madre de la que espera protección total.

3. Textos de las pirámides, 616, d-f.

*«Nada te falta,
viene tu madre.
Nada te falta
ahí está Nut.
Nada te falta
ella protege al Grande. (4)
Nada te falta
ella protege al temeroso.
Nada te falta.» (5)*

La muerte, el sepulcro, la tumba, son imágenes de la madre celestial que todo lo abrazará —de ahí su identificación con Isis, la diosa del abrazo—. Por ello, en cierta inscripción, se dice:

*«Ojalá puedas meter a Pepi en tu interior
bajo la forma de astro imperecedero.» (6)*

Sin embargo, en algunas ocasiones, los textos parecen referirse más directamente a un incesto. Así, en el *Papiro mágico de Harris* se lee:

*«Isis desfallece sobre las aguas,
Isis se eleva desde lo profundo;
El llanto de Isis cae sobre el agua.
Mira: Horus viola a su madre
y las lágrimas de Isis caen sobre el agua» (7)*

¿A qué viene el llanto de Isis si esa penetración supone la inmortalidad para su hijo...?

4. Se refiere a Osiris con el cual se identificaba mágicamente al difunto.
5. *Textos de las pirámides*, 827.
6. *Ibid.*, 782.
7. *Op. cit.*, p. 62.

Conviene advertir aquí que, en ciertas ceremonias de paso, se simula dolor por la tristeza que supone el abandono de un ambiente para ingresar en otro. La diosa que recibe al hijo muestra su tristeza en atención a lo que sienten quienes pierden al difunto, con lo cual se refuerza notablemente la relación simbólica de unión entre los dos términos —extremos del tránsito— del proceso de paso.

En otras ocasiones, expresiones menos claras, como la de «*toro de su madre que se regocija en la vaca, esposo que fecunda con su potente falo*», aparte de su claro sentido directo, parecen indicar también un compensatorio sentimiento de superpotencia, una idea de generación más allá de los límites de la muerte.

Herodoto y Diodoro se refieren a sepulcros en forma de vaca, con lo cual puede apreciarse la relación que se estableció entre Nut, Isis y Hathor como señoras de los difuntos que ingresaban en los cielos.

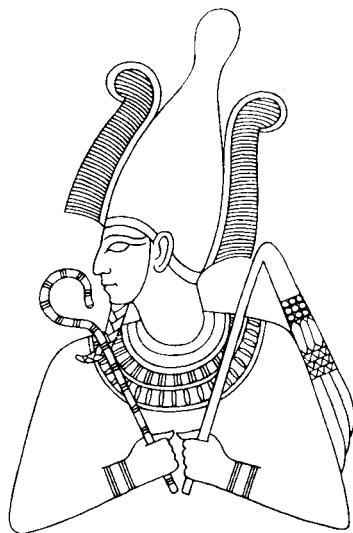
A veces, se indicaba que Isis logró dar vida a Osiris colocando los despojos del difunto en el interior de una estatua de madera que representaba una vaca, la cual recubrió luego con una fina tela.

El drama de Osiris

Osiris es, por antonomasia, el dios bueno (*Unefer*). Uno de los grandes beneficios otorgados fue mostrar a los humanos las plantas que pueden servir de alimento. Isis, su compañera y hermana, enseñó a cultivar la tierra y a amasar el pan. El dios bueno reveló las artes de elaborar el vino y obtener la cerveza. También señaló a los mortales cómo aprovecharse de las riquezas del subsuelo. En pocas palabras, tanto Osiris como Isis se muestran como dioses civilizadores. El salvaje que hasta entonces devo-

raba a su congénere se convirtió, gracias a la acción de Osiris y su esposa, en un ser con normas de convivencia benévola y medios de establecimiento y permanencia sobre la tierra. Tras los adoctrinamientos de Osiris, los hombres aprendieron a templar armas para herir a la bestia feroz, a forjar instrumentos de trabajo para las tareas del campo y a fundir o tallar estatuas para relacionarse con los dioses a través de los *misterios*.

Osiris ostentando el cetro y el látigo de la realeza como señor de las regiones del más allá.



Plutarco en su obra *De Isis y Osiris* se expresa en estos términos: «*Clea: ¿quién mejor que tú puede saber que Osiris es el mismo dios que Dionisos, dado que eres la primera entre las tíades (8) y puesto que tus padres te consagraron a los misterios de Osiris. Si hay necesidad de aportar pruebas para otras gentes, dejemos las enseñanzas secretas en el lugar que les corresponde, y*

8. El nombre de tíade equivale a *bacante* en su sentido originario y, por derivación, se aplicó a las sacerdotisas consagradas a Dionisos.

contentémonos con afirmar lo que hacen abiertamente los sacerdotes cuando entierran al buey Apis o cuando transportan su cuerpo sobre una almadía. Todo ello en nada difiere de lo que acontece en las fiestas de Baccos (9). En efecto, se visten con gamuzas, portan tirsos, gritan y se agitan como poseídos por Dionisos cuando celebran sus orgías.» (10)

Cuando Osiris hubo iniciado a los egipcios en los saberes indicados, partió hacia otras tierras al frente de un ejército con el fin de completar su acción civilizadora. Recurriendo más a la persuasión que a la fuerza, fue mostrando por doquier el cultivo de los cereales y cuanto era necesario para que los hombres mejorasen de vida.

Tras su prolongada y eficaz campaña, Osiris regresó a Egipto, que había confiado al gobierno de Isis. Su hermano Seth y otros setenta y dos cómplices ofrecieron al recién llegado un espléndido banquete de bienvenida y homenaje. Así lo refiere Plutarco en su obra *De Isis y Osiris*: «Habiéndose enterado en secreto de la longitud exacta del cuerpo de Osiris, Tifón (Seth) mandó construir un cofre muy ricamente ornado que fue trasladado a la sala del festín. Todos los invitados lo contemplaron con admiración y entonces Tifón prometió, como en juego, que lo regalaría a quien tuviese las medidas más acordes con la caja. Todos se dedicaron a la prueba, pero nadie encajaba debidamente en las medidas. Finalmente, Osiris, a su vez, se extendió en la caja. En aquel momento los conjurados se avalanzaron sobre el cofre y cerraron la cubierta soldando los bordes con plomo fundido. Una vez hecho esto, lo trasladaron al río...»

9. Baccos. Es el nombre místico de Dionisos como señor de la inspiración o manía divina.

10. Celebración colectiva caracterizada por la gran exaltación y por los fenómenos de posesión que se producían.

Isis, al enterarse de la desgracia, se sumió en un duelo angustiado, pero ello no había de impedir que buscase el cofre por doquier, derramando abundantes lágrimas. Los cielos le indicaron que el cofre, arrastrado por las aguas, había llegado hasta Biblos, la ciudad de Adonis. Había quedado en la costa, entre unos arbustos. Por las virtudes divinas del cadáver, se había formado allí un árbol corpulento en el interior de cuyo tronco se hallaba la caja de Osiris. Melcandro, soberano de aquellas tierras, al descubrir un árbol tan hermoso en aquel lugar, ordenó que lo cortaran con el propósito de formar con él una columna para el palacio que construía.

Entretanto, la diosa egipcia iniciará su peregrinaje hacia Biblos y se convertirá luego en nodriza del principito Maneros para conseguir el cofre de su amado esposo y hermano.

Maneros

La diosa Isis, como nodriza de Maneros, no sólo lo alimentó con la ambrosía de sus pechos, sino que movida por su gran amor, lo purificaba mediante ritos secretos pasándolo por el fuego, de modo que se consumiesen las porciones impuras de su organismo y se desarrollasen mágicamente aquellos elementos que hubiesen podido conferirle la inmortalidad.

La madre del príncipe, aterrorizada, descubre las operaciones que amenazan, al parecer, las carnes de su hijo y lo rescata de las llamas. Los temores de la madre privarán al hijo de la inmortalidad que Isis le estaba confiriendo con los fuegos. Es decir, el amoroso temor de las madres por sus hijos no siempre les ayuda.

Maneros significa *amor de la mente*, lo cual no deja de ser aleccionador. El amor que inflama la mente es un don de Isis que eleva el alma hacia regiones superiores; asegura poderes má-

gicos, resplandores que alumbran posibilidades insospechadas. Pero aparece la madre física que, con sus temores e ignorancias, priva al hijo de un superior destino. La madre absorbe al hijo encerrándolo en la esfera de su mundo limitado, profano, donde todo lo portentoso y trascendente provoca temores y recelos.

La madre retiene al hijo. En el fondo de su corazón, teme que se convierta en morador de otras regiones. Es la imagen de la madre concreta, individual, que se opone a la llamada de la madre genérica, arquetípica, la que empuja al hijo adoptado, con ardores desconocidos, hacia la aventura.

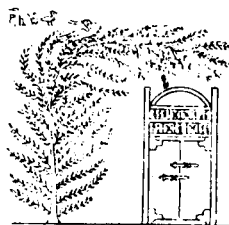
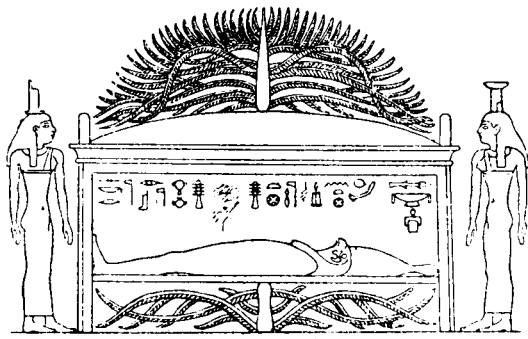
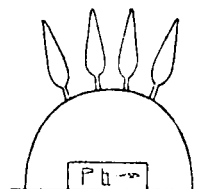
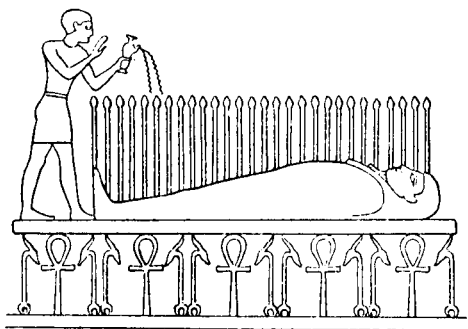
Puede aún buscarse otro enfoque. Hay dos amores: Isis y Astarté, pues este último nombre es el que, a veces, recibe la madre de Maneros. Estamos ante las dos Venus clásicas: la celeste y la terrenal. Ciertamente es que el amor puede quedar apresado en los lazos de la materia-madre sin que llegue a descubrir lo que se oculta en el ascenso sagrado de las llamas que conducen a una condición superior. El abrazo materno de la materia aleja al hijo de los fuegos del espíritu. La mente puede quedar encarcelada en la limitación de lo concreto, de lo estrictamente sensible, de lo que se ofrece en el aquí y en el ahora, renunciando a las llamadas de lo alto y rechazando los caminos prometedores que nos conducen hacia lo desconocido y oculto.

El despedazamiento de Osiris

Isis, tras revelar su condición de ente superior, logrará que los señores de Biblos le entreguen el cofre de Osiris y, de este modo, podrá trasladar los despojos de su amado hasta Egipto. Pero no terminan ahí sus desventuras: el malvado Seth logrará apoderarse del cadáver y lo troceará, lo cual constituye la más completa expresión de vencer y aniquilar los poderes del adversario. ¿No se repite con harta frecuencia lo de *divide y vencerás*?

¿No señaló Descartes, como segundo de los preceptos del buen método, dividir cada una de las dificultades con que tropieza la inteligencia en tantas partes cuantas fuera posible y necesario para resolverlas o vencerlas...? Pues bien, Seth, el de pelambre bermeja, personificación de las resquebrajaduras que el calor provoca en la tierra sedienta, que representa la fuerza que divide, parte y secciona, se apoderará del cadáver de Osiris y lo trocea-

Diferentes representaciones que muestran a Osiris como activador de la vegetación. En la parte superior izquierda, el sacerdote riega el cuerpo de barro de un Osiris del que surgen los brotes vegetales, procedimiento mágico conocido en la antigüedad como «Jardín de Adonis».



rá para que se cumpla, a través de su ciega furia, el destino de la víctima por antonomasia.

Viene, pues, el segundo planto de Isis. Deberá ir recogiendo los trozos de su hermano-esposo do se hallen, para otorgarles debida unidad y articulación. De este modo, estableció los ritos sagrados de la reactivación de los difuntos.

A medida que Isis iba encontrando las distintas partes del cuerpo de su esposo, según ciertas versiones, lo enterraba en el mismo lugar. También se dice que Isis tomó cada una de las catorce porciones de Osiris y que configuró, a partir de cada una de ellas y en distintos lugares, una imagen completa del difunto con barro y granos de cebada, que los sacerdotes del lugar habían de tomar luego por el cuerpo completo del soberano difunto. Quizá ése sea un modo de explicar las rivalidades que se levantaron entre diversos santuarios que reclamaban respectivamente el honor de poseer el cadáver *completo* de Osiris.

Recordaremos aquí el consabido procedimiento mágico de la *pars pro toto*, según el cual, basta tener una parte de algo para asociar a la misma, mediante el oportuno ritual, todo el resto.

Sea lo que fuere, esta práctica nos permite relacionar a Osiris con aquellos rituales que se han dado en denominar *jardines de Adonis* y que consistían en provocar la aparición del desarrollo vegetal en la tierra húmeda de un pequeño recipiente.

Quedan testimonios de que en el antiguo Egipto se confeccionaba con barro un cuerpo de Osiris sobre una camilla en el cual se depositaban semillas vegetales. Al transformarse en brotes, se creía que el procedimiento activaba mágicamente el resto de la vegetación que aparecía en los campos.

Conviene advertir que Isis no pudo conseguir una de las partes del organismo de Osiris. Se dice que los genitales del dios cayeron en el Nilo y que el pez oxirrinco los devoró.

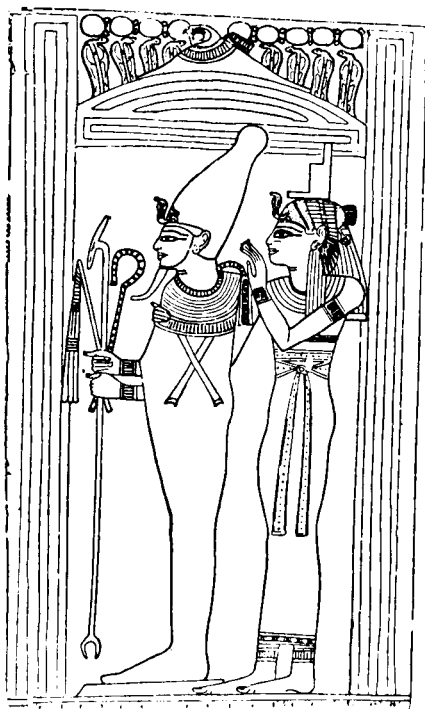
La diosa se vio precisada a configurar un pene artificial con tallos vegetales y, tras colocarlo convenientemente en el *recons-*



La Isla del Fuego, situada más allá de los límites cósmicos, en el lugar de la regeneración de los dioses. Era la región del Fénix, representado por la garza gris, Benu, el ave divina de Ra y de Osiris, identificada con la estrella de la mañana, símbolo de la regeneración. El arquitecto Anher Khau adorando la divina garza identificada con Osiris. Tumba de Anher Khau, Tebas, dinastía XX.

truido Osiris, se acopló a él para concebir mágicamente un hijo del muerto, al pequeño Horus.

Dejando aparte las consideraciones acerca del buen gusto del episodio en cuestión, interesa aquí poner de relieve la estrecha relación que se estableció entre la potencia generativa, los ele-



Osiris tocado con la corona blanca del Alto Egipto y agarrando el cayado, el látigo y el cetro frente a una tumba. Tras él aparece su hermana-esposa Isis infundiéndole energía vital.

mentos vegetales que se identifican con el órgano sexual y la muerte como factor de renovación de la existencia.

Plutarco, al que en todo lo expuesto seguimos de cerca, nos dice que *Isis inventó el remedio que otorga la inmortalidad*. La diosa consiguió que el cadáver de Osiris constituyera no sólo el

soporte de un dios resucitado en el más allá, sino que diese testimonio, aquí, de su potencia generadora.

Ciertos himnos celebraban a Osiris en el momento de su recomposición a partir de los fragmentos que Seth había dispersado: *Has recuperado tu cabeza, has vuelto a apretar tus carnes, posees tus vísceras, has reunido tus miembros.*

Isis y Neftis, en sus lamentaciones, rogaban a Osiris que *retornase a animar su forma reconstituida.*

«*Ven a tu casa —exclama Isis abrazando los pies de la momia—. Tus enemigos no están aquí. Ven a tu casa. Mirame. Soy yo, esa hermana a la que amas. No te alejes de mí. Ven a tu casa inmediatamente. Cuando no te veo, mi corazón se siente acongojado. Mis ojos te buscan. Corro de un lado a otro para poder contemplarte. Ven hacia quienes te aman, Unefer; ven a tu hermana; ven a tu esposa. Oh, tú, cuyo corazón ya no late, ven a tu casa. Soy tu hermana, la nacida de tu madre. No te alejes de mí. Dioses y hombres te lloran conjuntamente. Y yo te invoco llorando, de modo que mis quejidos ascienden hasta los cielos... ¿Acaso no oyes mi voz? Soy yo, la hermana que amaste en la tierra. Yo sé que sólo me amas a mí.*»

El canto de Neftis, por su parte, adquiriría estas modalidades: «*Oh, hermoso príncipe, acude a tu casa (11) para alegrar tu corazón. No hallarás aquí enemigo alguno. Somos tus hermanas que nos hallamos a tus lados para guardar tu lecho funerario y para invocarte entre sollozos. Retorna a tu lecho para ver a tus hermanas... Tus enemigos han sido vencidos. Aquí estoy para proteger tus miembros... Retorna para ver a tu hijo Horus, rey de los dioses y de los humanos. Él lleva a cabo los ritos a ti dedicados. Thot, por su parte, pronuncia los encantamientos: te llama con fórmulas eficaces... Dirigimos a tu alma diariamente los ri-*

11. Con el mismo nombre se designaba la tumba.

tos adecuados; los dioses, portando vasos sagrados, acuden para refrescar tu ka (12). Acude a tus hermanas, príncipe amado, señor. No te alejes de nosotros.»

Diodoro se refiere a curiosos ritos que constituyen variantes del proceso reactivador: *Isis reúne los miembros de Osiris y los encierra en una vaca de madera*. Los textos del antiguo Egipto se



El «doble» anímico (ba) en forma de pájaro, representado en dos momentos o secuencias de acción, revolotea junto a la sombra del difunto que sale a pasear delante de su tumba. El disco negro es el *Sol niger* en el momento de alumbrar las regiones del intramundo. (Pintura de la tumba de Arinéfer en Tebas).

refieren a *la vaca de madera de sicomoro, recubierta de oro, en cuyo interior se deposita la momia del dios*. Éste renacía de la vaca, como el Sol que, en forma de ternasco, sale del interior de Nut, la diosa-vaca de los cielos.

Horus intervenía con la siguiente fórmula: *Soy Horus que modela a su padre Osiris, tras el cruel desmembramiento de su*

12. El *ka* constituye el principio de vida de la persona. Maspero lo traduce por *doble*. Se representaba con el jeroglífico de dos brazos doblados en ángulo recto con los antebrazos hacia arriba.

cuerpo. Configuro a quien me ha configurado. Provoco el nacimiento de quien me ha hecho nacer. Hago revivir el nombre de quien me ha engendrado.

Se decía que, tras el despedazamiento de Osiris, su alma había partido hacia la Luna; pues al fin y al cabo, ese decrecer del astro de la noche, ese mostrarse dividido como si alguien lo trocease, guardaba estrecha relación con lo que le había ocurrido al *dios bueno*.

Algunas leyendas presentan a Seth bajo la apariencia de algún animal —a veces de un cerdo negro como la noche— devorando al satélite, que había vuelto a adquirir su redondez primordial al asimilar el alma de los difuntos. Horus y Thot debían dar caza al animal maléfico para cortarle el cuello y liberar de su interior todo lo que había tragado. De ese modo, Osiris recobraba su alma (*ba*) (13).

La resurrección de Osiris, tras los ritos que activaban sus miembros, aseguraba su gloriosa pervivencia en el más allá. Había logrado total inmunidad contra las asechanzas de Seth. Más aún, mostraba a los dioses y a los hombres el camino para lograr la inmortalidad; pues, como se sabe, tanto unos como otros, a la larga, se desgastan y fenecen.

El dios bueno no sólo otorgó, como dios vivo, beneficios en esta existencia; con su muerte y despedazamiento, había alcanzado, como salvador, la inmortalidad para todos.

Osiris y las aguas

Osiris es el dios que está manteniendo la vida desde las re-

13. El *ba* forma, con el *ka* y el *akh*, los tres principios que definen la persona espiritual; se representaba en forma de pájaro con cabeza humana que llevaba barba postiza. Equivalía al *doble* o imagen etérea que revoloteaba junto al cadáver antes de emprender el vuelo hacia las regiones superiores.

giones de la muerte. Se ha repetido que el grano que se multiplica después de enterrado corresponde a la acción del dios. Seguramente por ello, Osiris se relacionó con Min, el dios lunar de la fecundidad. Ciertamente que la fecundidad, en Egipto, debe asociarse con el Nilo, lo cual pone al descubierto un nuevo campo de posibles atribuciones mitológicas. Osiris muestra, al descomponerse, cómo el cadáver destila líquidos, de modo semejante a como surgen de las cavernas de la tierra las aguas fertilizantes. En los *Textos de las pirámides* se identifica la inundación con los líquidos que brotan del cadáver de Osiris (14).

Refiere Plutarco cierto ritual que se celebraba al principio de la inundación: Por la noche, los sacerdotes se dirigían hasta la orilla del río portando un cofre dentro del cual había un cáliz. Se extraía éste con particular reverencia y se llenaba con las aguas del Nilo mientras los asistentes exclamaban: *¡Hemos hallado a Osiris!*

Bastantes textos ponen al descubierto aquel recurso tan frecuente en los rituales e himnos egipcios como fue el procedimiento mágico de identificación. Osiris será todas las aguas. Más aún: todos los líquidos. Y no sólo de la Tierra, sino incluso del Abismo. De modo que podrá descubrirse una secreta correspondencia entre Osiris, dios de la fertilidad, y Nun como abismo de las aguas primordiales. Por otra parte, los cenagales del Nilo equivalían simbólicamente al montículo de limo primordial del cual todo surge.

Un buen número de leyendas refiere cómo Isis y Neftis descubrieron el cuerpo de Osiris flotando sobre las aguas del Nilo, no lejos de Memphis. Precisamente en ello se veía la causa de la gran fertilidad de los campos que rodeaban aquella ciudad.

Osiris, como limo fértil, queda anegado por la crecida de las

14. *Op. cit.*, 788, 1360.

aguas, lo cual, sin duda, explica el tema del *abogamiento de Osiris* que se difundió a través de numerosos himnos y cantos. En semejante contexto, Seth representa la sequía, la tierra del desierto en su avance hostil cuando la humedad falta.

Osiris mantiene relación no sólo con las tierras inundadas por la abundante llegada de las aguas, sino con aquellas zonas de tierra húmeda donde aparece la vegetación.

El nivel de las aguas del Nilo, según el curso del año, adquiriría especial sentido dentro del ciclo legendario de Osiris. Cuando las aguas descendían, ofreciendo a la visión el limo fértil, se saludaba la reaparición del dios difunto. Cuando las aguas crecían, se decía que ello era debido al llanto de las diosas Isis y Nef-tis por la muerte del dios. Pausanias se expresa en estos términos: *Dicen los egipcios que Isis llora a Osiris cuando el río empieza a crecer y cuando se inundan los campos, señalan que ello se debe a las lágrimas de la diosa.*

Osiris expresa el retorno de la vegetación que se multiplica desde la profundidad, pero también simboliza el crecimiento en las regiones superiores, como si el difunto fuese algo semejante a la vegetación de los cielos. Se señalaba la estrella Orión como lugar de la presencia celestial de Osiris. En los *Textos de las pirámides* se habla de la llegada del dios a los cielos adoptando los resplandores del astro. (15)

Muchos eran los himnos en que se insistía en el crecimiento operado en las regiones del más allá:

*«Certifico que puedes elevarte como el Sol,
rejuvenecerte como la Luna,
renovar tu vida como la crecida del Nilo.»*

15. *Op. cit.*, 819.

El abrazo de Isis

Las representaciones de Isis nos la muestran con alas en los brazos, a veces con un trono sobre la cabeza u ostentando un tocado especial en forma de buitre con las alas abiertas y caídas a ambos lados del rostro. En ocasiones, muestra los cuernos lunares, encima de los cuales aparece el disco solar. También es frecuente reconocerla en la figura de la diosa madre que amamanta al pequeño dios. Al parecer, los navegantes y mercaderes extendieron su culto por el Mediterráneo presentándola como *estrella de mar*, por eso ostenta como emblema, en algunas representaciones tardías, el timón.

Durante el imperio romano sus santuarios se extendieron por doquier y el emperador Juliano el Apóstata se complacía reproduciendo en el reverso de sus monedas la imagen de Isis como señora de la vegetación. Algunos han dicho que esas vírgenes negras del románico parecen el último eco de la diosa lunar en el momento oscuro, ese que prepara la regeneración de las ocultas formas de desarrollo. Incluso durante el cristianismo se rendía culto a Isis y uno de sus templos conoció ininterrumpida devoción de multitudes hasta que Justiniano cerró sus puertas para convertirlo en iglesia.

Dejando aparte esos aspectos de la evocación isíaca, conviene ahora destacar esas funciones de abrazar y sostener —su nombre equivalía a trono o real asiento— de preservar y guardar, que constituían las actividades básicas atribuidas a la diosa. Puede reconocerse esta acción protectora y acogedora de madre benevolente en el interior de la cubierta de ciertos sarcófagos donde se muestra también como diosa celestial con el gesto característico de abrazar el cadáver. Esa acogida, ese abrazo, se relaciona también con el saber secreto. Por ello, seguramente, se conocieron en la Antigüedad los misterios e iniciaciones con la denominación genérica de *ritos isíacos*.

El abrazo de Isis equivale a la síntesis; por algo esa diosa fue recogiendo los trozos de Osiris. Es la señora de la unión fecunda que permite el progreso y la multiplicación. Algo del abrazo de Isis aparece en la función lógica de atribuir un predicado a un sujeto; de modo que se esconde, en el acto de juzgar, la actividad envolvente de la diosa.

Por otra parte, ¿no corresponde el acto de acoger la semilla que fructifica bajo los suelos a la función isíaca de enterrar al esposito troceado?



Isis, según aparece en la obra *Oedipus aegyptiacus*, de Athanasius Kircher. Aparece como Gran Madre, síntesis de todas las potencias femeninas que rigen los mundos superiores e inferiores.

De todos modos, no pueden olvidarse las capacidades de Isis como maga y señora de los filtros eficaces. Era la gran sanadora. Ella sabrá otorgar la vida a Osiris por misteriosos caminos, mediante extraños procedimientos. Conoce, como Medea, los secretos del rejuvenecimiento, y si aquella hechicera griega, enamorada de Jasón, logra rejuvenecer al padre del héroe, Isis, por su parte, también ofrecerá filtros rejuvenecedores a un Ra senil y crepuscular que desciende con apagados resplandores hacia el horizonte de Occidente. De este modo, según algunos atestiguan, pudo obtener el *nombre secreto* del dios y alcanzar los grandes poderes que en él se ocultaban. Así pudo lograr la maravilla de unir fuegos sulfurosos y líquidos mercuriales. ¡Estamos ante los secretos de la alquimia! En el interior del matraz-matriz, la materia se transforma para que el sol mineral resplandezca en su aparición más sorprendente.

Según el *Papiro de Turín*, Isis consiguió el poderoso nombre secreto de Ra mediante un ardid singular que delata su astucia brujesca: forma con barro una serpiente a la que otorgó vida para que mordiese al dios.

Sólo ella podía curarlo y entonces aquél tuvo que concederle la revelación de su nombre secreto que otorgaba poderes incommensurables. Y claro está, la serpiente esa que muerde al Sol constituye también un símbolo alquímico; aunque siempre se hallará quien diga que corresponde al tiempo que todo lo muerde.

En estos mitos puede rastrearse cierta oposición entre los cultos al dios solar, tan característicos de la teología heliopolitana, y los cultos funerarios osiríacos, que parecen relacionados con la teología memfita. Ciertamente que Osiris se identificará con Ra, pero esa historia de Isis para conseguir el nombre, es decir, la *realidad* del numen solar, parece expresar una oposición que, con el tiempo, llegó a resolverse por vía de inversión: el dios más joven se muestra como el más viejo.

Algunos autores sustentan que Osiris fue una antigua divinidad solar que cedió su puesto a corrientes religiosas que entronizaron a un dios más joven. De ahí que las relaciones entre los viejos y los jóvenes dioses no fuesen demasiado armónicas, ni demasiado consecuentes, aunque a la postre todo termine en lo mismo, por vía de sucesivas identificaciones.

La consecución del nombre secreto de Ra refleja también la habitual yuxtaposición de cualquier entidad o numen con Ra. El nombre de Ra colocado junto a otro realzaba el poder de éste, lo *cargaba* con la fuerza solar, creadora, relacionada con el momento de máximo esplendor y plenitud. Así se hablará de un Khnum-Ra (16), de un Sobek-Ra (17), de un Ra-Harakty (18), con el propósito mágico de garantizar un incremento energético por vía de fusión. Mediante el nombre de Ra, cualquier divinidad —por vía de identificación— podía participar de los esplendores de la divinidad solar *exactamente como un mago utiliza el nombre de un hombre para dominarlo*, para decirlo con las palabras de Leonard Woolley.

Pues bien, ese fundir y superponer se relaciona con la feliz estrategia de Isis que consigue poderes para ofrecerlos, luego, a sus hijos, es decir, a los mortales. Isis es la señora de todas las uniones, de todas las síntesis, de todos los ensamblajes que sustentan y otorgan estabilidad y buen fundamento. No olvidemos que su nombre significa sede, sitial o trono.

Isis, la diosa madre, funde, enlaza, zurce, relaciona el predi-

16. Khnum, dios de Elefantina, representado con cabeza de carnero. Es el numen alfarero, el configurador de toda cosa.

17. Sobek es el dios cocodrilo, especialmente honrado en Chedit o Crocodri-nópolis de El Fayun (Medinet el Fayum).

18. Harakty. Horus el del Horizonte, uno de los nombres dados al dios solar en la teología heliopolitana.

cado con el sujeto y, a pesar de esas funciones que se dan en el mundo de los fenómenos, denota también un saber y un poder ocultos de carácter total e inefable.

Observemos que la predicación es base del juicio y que al ensartar juicios entre sí con buena ligazón se forman razonamientos... Por ello, en el raciocinio, aparece algo así como un ir recogiendo y uniendo elementos o trozos en articulación conjuntada.

Ahora bien, en ese *anillo o lazo isíaco*, que representa la función de Isis, se produce una *visión* más o menos manifiesta. Del nexo de Isis nace Horus, el Verbo, el hijo que ella misma engendra y que todo lo ilumina...

El *abrazo* de Isis tiene la virtud de fusionar lo inferior con lo superior, la vida con la muerte, la luz con las tinieblas. Ella es la madre del salvador, la gran salvadora.

Digamos aquí que en ciertos rituales de Isis, para otorgar la inmortalidad a su amado esposo, se sacrificaba a un animal consagrado a Seth. Debía trocearse a la víctima, de modo semejante a como se había hecho con Osiris. Por los efectos de la participación, que caracterizan y definen la magia imitativa, la víctima quedaba identificada con el dios difunto y, a través de ello, Seth llegaba a adquirir un carácter positivo. Este dios, identificado con la ofrenda, se fundía con Osiris y, en una solemne reconciliación, se conseguía la inmortalidad de los participantes. De modo que el *dios bueno* no sólo ofrece su benevolencia suprema al dios que lo había matado, sino que incluso lo salva.

Puesto que Osiris era la víctima por antonomasia, todas las ofrendas del sacrificio adquirirían su nobilísima condición. Por eso se repetía una y otra vez: *Tú, Osiris, eres el toro del sacrificio*.

Como señala Alexandre Moret en su obra *Rois et dieux d'Égypte*: «*el Redentor parece extender a su adversario el beneficio de sus sufrimientos; conduce al enemigo por el sendero de la*

salvación... ¿Acaso los hombres hubiesen conseguido un Osiris salvador sin un Seth asesino...?» (19)

Cuando Horus, el Vengador, luche contra Seth y le venza, Isis intervendrá para que su hijo detenga su furia y pueda lo-

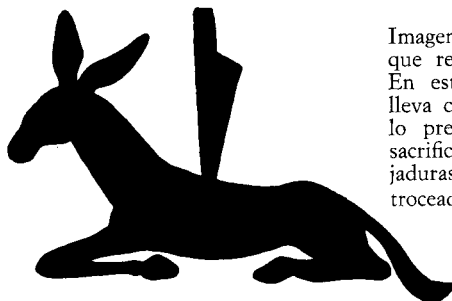


Imagen del enigmático animal que representaba al dios Seth. En este caso, el cuchillo que lleva clavado en la espalda nos lo presenta como víctima del sacrificio. El señor de las sajaduras, a su vez, es herido y troceado.

grarse, de este modo, la salvación del dios antagonista. Al fin de cuentas, en este episodio, la diosa da testimonio, una vez más, de su condición de Gran Madre que todo lo abraza.

Isis, señora del enlace

Isis, ello queda bien patente, todo lo une, perdona y comprende; llegará a salvar a Seth, el que engañó, mató y descuartizó a su esposo.

El abrazo amoroso de Isis adquiere especial significado en distintas esferas. Ella va de un lugar a otro, *discurre* buscando el cadáver o los restos de su esposo; también recibe la inspiración de lo alto. Por eso la diosa representa el *conocimiento discursivo* de búsqueda y persecución, a base de predicar distintas notas de un sujeto lógico y combinar juicios para llegar a conclusiones, con el *conocimiento unitivo* o intuición de Horus. Es

19. Moret, A., *Op. cit.*, París, 1922.

decir, Isis funde, incluso, los diversos modos de conocimiento y nos alecciona, además, acerca de que todo conocimiento es unión o transporte amoroso más o menos unificado.

Isis también representa el lazo que reúne todos los estados luminosos de la conciencia y ese abrazo más profundo que liga estas luces con las oscuridades del inconsciente. Conviene señalar aquí la importancia que adquirió el talismán que representaba el lazo de Isis (*Madi*). Solía tallarse en cornalina, jaspe rojo o cualquier otra sustancia de este color. A veces se grababa en oro o bien en materias que se recubrían luego con oro. Ese lazo o nudo simbolizaba la conexión de un centro con las energías que lo rodeaban y estaba relacionado con el siguiente himno:

*«La sangre de Isis,
la fuerza de Isis,
la palabra mágica de Isis,
todas las potencias de Isis
se funden en un abrazo
para proteger
ese grande y divino ser.
Para guardarlo bien
de todo cuanto pudiera disgregarlo.»* (20)

Podría señalarse que Isis es el cielo en la tierra, de modo inverso a como Osiris es lo terreno en su exaltación celestial.

Isis es la madre maga; no sólo nutre con sus pechos, sino que posee encantamientos para asegurar la vida de la criatura artificial, el *homunculus* alquímico personificado en Horus el Menor, ese que se logra *in vitro* mediante extraños procedimientos. De todos modos, todos somos *hijos* de Isis. Nuestras fun-

20. García Font, J., *Thot, Libro de los talismanes egipcios*, Barcelona, 1982.

ciones interiores tienen carácter isíaco, pues la diosa se refleja en los actos de conocer, de sentir, de actuar. Isis en realidad es la imagen del *anima*.

Isis, la Virgen Madre

El signo zodiacal de Virgo, la Virgen, corresponde a Isis. Es el símbolo de la semilla, del trabajo de los campos, de la cosecha que asegura la vida del hogar. Está relacionada, como sabemos, con las humedades fecundas y con ese Horus solar que asegura el bien de las tierras.

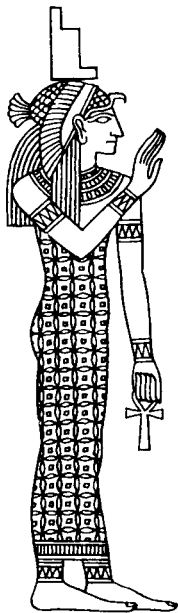
Por su relación con las aguas, es la *Stella maris* —nombre isíaco por excelencia— y recibió, por ello, la invocación y la devoción de los marineros del antiguo Mediterráneo para que los condujera a buen puerto, imagen del propio hogar... Pero el hogar, como se sabe, está relacionado con el fuego familiar, con esa lumbre que está dentro de la casa, como el Sol está dentro de Isis.

El nudo o lazo de Isis produce la unión de los contrarios, del fuego y del agua, y, por eso, como la Virgen, será la señora de todos los imposibles, las posibilidades de redención de todos los pecadores, porque ella es la madre amorosa que incluso protege al mismo Seth.

En la Edad Media, Cristina de Pisan, nacida en Florencia (1364-1430), en su *Epístola de Othea* (c. 1400), exalta los beneficios de Isis-Io. Interpreta los mitos como alegorías, de modo que la leche de la vaca le aparece como *el dulcísimo alimento que procuran las Escrituras al entendimiento*. Según Cristina de Pisan, debemos cultivar nuestro espíritu de modo semejante a como Isis hace fructificar la tierra. Más aún: esa fructificación de Jesús en el seno de María se compara a la germinación del grano

en el seno de Isis-Madre-Tierra, por eso llamará a Isis *señora de todas las plantas* (21).

Incluso algunos papas del Renacimiento sienten sepecial complacencia rememorando la acción civilizadora de Isis en tierras de Italia. El papa Alejandro VI encargó a Nanni, un prelado erudito y aficionado a relacionar personajes con númenes paga-



Isis ostentando sobre la cabeza el trono, signo de su nombre. Hermana y esposa de Osiris, el buen dios al que confirió la inmortalidad, aparece como símbolo de la Madre universal.

nos, una *Genealogía* en la que el toro del blasón de los Borgia se relaciona con Apis, el toro sagrado de Memfis, cuyo nombre se asocia con los Apeninos. En este fantástico estudio, Osiris aparece junto a su esposa Isis enseñando a los habitantes de la península italiana el cultivo de los cereales y de la vid. De algu-

21. Le Corsu, F., *Isis. Mythe et mystères*, París, 1977.

na manera y según los forzados empeños del prelado Nanni, Isis y su hijo serían los antepasados míticos de los Borgia. Obsérvese, en este delirio interpretativo, el mecanismo de convertir de modo inconsciente a Isis en madre originaria.

La tradición isíaca había persistido en el Mediterráneo a lo largo de los siglos. No puede olvidarse que la iconografía había repetido el tema isíaco de la madre dando el pecho al dios hijo desde mucho antes del advenimiento del cristianismo. Los emblemas isíacos persistirán en las pilas bautismales, en la palma de los mártires, en la corona de las vírgenes que, como señala F. Le Costu, son símbolos de los sacerdotes isíacos. Se ha dicho que, al fin de cuentas, las letanías de la Virgen se muestran como un *calco* de la aretología de Isis. J. Doresse señala que la cruz ansata egipcia, que mantiene relación con el lazo de Isis, aparece en los primitivos sarcófagos cristianos como símbolo de vida. (22)

Neith, la señora de las flechas

Aunque, de hecho, Neith es la diosa de Sais y propiamente no se incluye en el panteón de Heliópolis, merece tratarse en este lugar por su relación con Isis, diosa con la que llegará a confundirse, por ser ambas protectoras de los muertos y, por ello, consideradas *damas de Occidente*. Cuando los difuntos llegaban a las moradas del más allá, Neith les ofrecía el agua y el pan. Era también la guardiana de las momias y su imagen protegía las vísceras de los difuntos. Según refiere Plutarco, en el templo de Neith en Sais, podía leerse la siguiente inscripción: *Soy todo lo que ha sido, lo que es y lo que será. Ningún mortal ha podido aún levantar el velo que me cubre.*

22. Doresse, J., *Des hyéroglyphes a la croix*, Estambul, 1960.

Junto a los santuarios de Neith, como anexo, existían escuelas de medicina, dirigidas por sus sacerdotes y conocidas como *casas de la vida*.

Desde muy antiguo, los egipcios habían venerado el emblema de las dos flechas cruzadas sobre la piel de un animal. Con el tiempo, ese signo se asoció con la diosa Neith conocida como *La Líbica*.

Neith generalmente ostenta la corona roja Net, con cuyo nombre se confunde, y aparece generalmente con flechas en la mano o bien con la lanzadera de los tejedores. Ello nos indica que Neith la Terrible no sólo será la diosa guerrera que protegió a Psamético, el faraón que libró a Egipto de los asirios, sino la patrocinadora de las labores domésticas. Posiblemente por estos últimos caracteres los griegos vieron en ella a la diosa Atenea.

En la época esplendorosa del imperio saíta, se convertirá en una diosa celestial como Nut o como Hathor y será proclamada *madre de todos los dioses* y muy especialmente de Ra. Se verá en Neith a la tejedora que ha formado la secreta urdimbre del universo y cuando ejerce semejantes funciones, recibe el nombre de Meh Urt.

Neith es diosa algo ambigua, de sexo poco definido. Por ello la llamaban *padre-madre, doble, bisexuada*, como Sokaris (23) o Ptah (24). A veces se confunde con Sekhmet (25).

Neftis, la sonrisa de lo contrario

Aunque ostente el mismo nombre, Neftis es bastante más que esa barquichuela de vela triangular que se desliza por las

23. Sokaris es el dios de la necrópolis de Saqqara, relacionado con la Luna.

24. Ptah, dios de Memfis, creador universal.

25. Sekhmet, consorte de Ptah, con cabeza de león.

aguas del Nilo. Ante todo, se nos presenta como esposa de Seth, pero, eso sí, inclinada hacia la causa de Osiris. Ayudará a Isis en la búsqueda del cadáver del *dios bueno* y tras el maléfico despiece operado por su esposo, ayudará a Isis en sus operaciones mágicas de *recomposición*.

Más podríamos decir. Puede hallarse quien sostiene que hubo amoríos y relación carnal entre el dios bueno y su hermana-cuñada. Dicen que de esos contactos nació Anubis, el dios con cabeza de chacal que guarda las tumbas, el cual dirige prototípicamente todos los embalsamientos e interviene en la introducción de las almas en el más allá.

Neftis, portando sobre su cabeza el signo de la casa-tumba que expresa su nombre «Dama de la casa». Es la consorte de Seth y la amante de Osiris. Colaboró con Isis en la recomposición del Buen dios, despedido por su esposo.



Si uno se atiene a esas relaciones, podrá quizá comprender los motivos que empujaron a Seth a cometer los desafueros que la mitología egipcia se complace en subrayar, así como el interés de la diosa Neftis en ayudar a Isis en los menesteres de recomponer a Osiris. Neftis se nos muestra como si fuese el *doblo* de Isis, algo apagado, poco destacado, cual si se tratase de una secundona o adlátere sin excesivo relieve.

No es raro que su *lugar* en el panteón egipcio quedase desdibujado por la silueta de Isis. Más aún, en determinadas épocas, Neftis es solamente un *vacío*: el nicho de una imagen desaparecida.

Neftis, según algunos escoliastas, representa aquellas tierras en que la humedad del Nilo pierde terreno ante el avance de las sequedades del desierto; según otros, sería el agua benéfica que en el interior del mismísimo desierto hace aparecer un oasis, que semeja algo así como un paraíso en medio del infierno.

A pesar de su indeterminación, Neftis presenta todo el atractivo de la mujer que deja cuanto la define, obliga y sustenta, para correr al lado del amado olvidándose de convenciones, normas, familia, seguridades y buen nombre. En este aspecto, tiene bastante de aquella Medea que todo lo abandonó y sacrificó por su amor hacia Jasón.

Neftis corresponde a la benevolente asistencia que nos llega desde las regiones de lo *opuesto*. Es el numen femenino que ayuda a que el héroe cumpla su ciclo y pueda pasar con bien por las regiones peligrosas. Es la habitante de las tierras extrañas u hostiles que ayuda al viajero, y Anubis, su hijo adulterino, también comparte esa función materna en las regiones del otro mundo..

Esa diosa, a pesar de su aspecto algo difuminado, oculta toda la fuerza de lo femenino en su más abnegada y seductora expresión. Representa ese hondo comprender que nace del amor y que borra fronteras; significa la abnegación que trasciende lo pres-

crito y establecido. ¿Acaso no es el amor esa fuerza que rompe barreras...?

Por eso Neftis, sombra de Isis en tierras adversas, se nos aparece como las posibilidades fructíferas que brinda todo lo *rechazado* por la conciencia como algo opuesto y peligroso. Es la guardiana y guía que aparece tras la puerta secreta. De algún modo, corresponde a la esposa del ogro que, según algunas consejas, ayuda a escapar a los niños que han caído en poder de su terrible señor y esposo.

Neftis corresponde a la incipiente *unión de los contrarios* en su fase liminarmente reveladora: es el rostro que surge de lo oscuro, como la Luna en una noche de pesadilla, para tomar nuestra mano y conducirnos silenciosamente a la región donde alcanzaremos el sentido que nos liberará de la punzante dualidad.

La extraña cabeza

Es difícil saber a qué animal corresponde la cabeza de las figuritas que representan al dios Seth. Unos la toman por testa de camello, otros por la de un extinguido roedor del desierto, los de más allá por una rara variedad de cerdo... También hay quienes prefieren suponer que se trata de un híbrido fantástico que no admite inclusión en los cuadros taxonómicos del naturalista. Seth nos brinda ya lección en esto: no sabemos cuál es el rostro de nuestro enemigo. Porque, eso sí, Seth aparece como el opo-nente por excelencia... al menos, en el contexto inicial del drama de Osiris. Bien es cierto que, como se ha apuntado anteriormente, al identificarse Osiris-víctima con Seth-víctima a través del animal sacrificado, todo culmina en la final identificación de los contrarios.

Ciertamente no puede menospreciarse, a pesar de lo indi-

cado, el papel de enemigo descuartizador que desempeña este personaje sobre el que ahora recae nuestra atención. En Seth hay engaño y brutal agresión. Se muestra inopinadamente como una de esas tormentas del desierto que envuelven y extravían.

Seth equivale a lo seco radical, a lo térreo calcinado. Es el cascajo que hiere los pies, la arena ardiente donde éstos se hun-



Seth, el hermano de Osiris al que descuartizará. Es el enemigo de Horus el Joven, el Vengador. Se procuraba evitar su nombre y por ello se le designaba como el Rojizo, el Malvado, el Descuartizador.

den, el fango reseco y resquebrajado que sonrío a la muerte dibujando formas de serpiente; el abismo que corta y separa, el obstáculo que sale al paso, que detiene...

Plutarco, en su opúsculo *De Isis y Osiris*, nos dirá que Seth-Tifon es el mar que absorbe y difunde las aguas del Nilo. Señala que éstas dividen el Delta antes de perderse en el «gran verde».

Añadiré que los sacerdotes egipcios sentían notable aversión por el mar y que, además, denominaban a la sal *espuma de Seth*.

Lo cierto es que Seth, tierra o agua salada, divide y despedaza. Tiene bastante de azufre y fuego como cualquier demonio, por eso en cierta época se le tuvo por tal.

Ese numen se asocia con los animales de pelaje bermejo y también con aquéllos de aspecto oscuro como la noche.

Seth muestra analogía con esa función analítica de separar y diferenciar en su máxima expresión y concupiscencia, porque ello le otorga singular dominio sobre los compuestos de partes orgánicamente enlazadas, cuya fuerza quiere disolver. Ahí está: es el cálido disolvente de activa corrosión, el *alkaest* de los alquimistas.

Podríamos referirnos a un proceso de análisis a ultranza —la división séthica— que fosiliza cada uno de los elementos que va considerando, cual si se tratara de aquella famosa mirada de la Gorgona de los helenos. Ya Hegel nos previene, en la primera página del Prólogo a su *Fenomenología del espíritu* (26) contra las desviaciones de una consideración *anatómica* de las cosas. De este modo, sólo se aprecian los miembros en una lamentable carencia de vida. El filósofo alemán clama por una visión dinámica que muestre la existencia en desarrollo como si se tratase de una planta. Propugna esa dialéctica que adivina en los aromas de la flor todos los sabores del fruto.

El dolor del sacrificio de la regeneración o renacimiento iniciático habrá de redimir los excesos de ese racionalismo forzosamente cruel, porque extiende la sequedad y la destrucción en lo vegetal.

¿Acaso ciertos animales del desierto no devoran furiosamente los leves matojos que asoman cabeza? ¿No los despedazan como

26. Hegel, G. W. F., *Phänomenologie des Geistes*, Hamburgo, 1952.

hiciera Seth con el dios de la vegetación y de todo cuanto crece y se desarrolla? Debe insistirse en ello: Tarde o temprano, ese Seth llorará la ausencia de los vegetales que consume.

Tal es la función negativa de este troceador. También pueden atribuírsele todas las fuerzas destructoras, incluyendo aquella que empujan a cuantos pueden convertirse en invasores de Egipto...

No estará de más referirse a la remota antigüedad de Seth. Es uno de esos dioses que, de puro viejos, han perdido su perfil. Ya se sabe que a *dios vencido, demonio puesto*. Eso quiere decir que los númenes de los pueblos conquistados ocupan funciones demoníacas en el panteón de los vencedores o al menos sus atributos adquieren valores muy ambivalentes. Algo de eso debió de ocurrirle a Seth que perteneció, sin duda, a alguna remota comunidad del Alto Egipto barrida por los tiempos.

Digamos, con todo, que los faraones, con el tiempo, se habrían de enorgullecer de formar parte simultáneamente de las casas de Horus y Seth, a pesar de aquellas *diferencias de familia* de todos conocidas.

Es cierto que los hicsos aceptaron a Seth como su dios, lo cual no fue inconveniente para que los faraones tutmósidas proclamasen orgullosamente su identificación con Seth, *cuando mostraba su rabia invencible*.

Seti y Ramsés lo veneraron de modo notable porque Seth era cabal expresión de las fuerzas que deseaban poseer o quizá fuera un modo de atraerse al dios que regía el destino de los presuntos invasores a los que se quería acogotar. ¿No hay unos ritos para *seducir* al dios de los enemigos y para convertirlo en aliado?

Sea lo que fuere, Seth llegará a personificar el Alto Egipto y se le reconocerá, junto a otros dioses, anudando las dos tierras en la solemne unidad de la doble corona. ¿Qué más se puede pedir? ¿El dios de la división y de las fracciones forjando y atando la unión de tierras distintas?

Pero la bondad no le viene a Seth por razones meramente políticas; hay hondos motivos teológicos o teosóficos que le aúpan hasta la barca solar para que el dios guerrero y cuarteador se las haya con Apofis, esa serpiente invencible, tremenda, *lo único que permanecerá cuando todos los dioses hayan perecido*.

Ahora bien, Seth, que es el Tifón de los griegos, tiene mucho de Apofis y viceversa. Reparemos en un detalle que se aprecia con notable claridad en la mitología egipcia: los dioses transfunden sus sustancias y atributos como las materias que bullen en el alambique de los alquimistas. Ese atributo compartido, esa semejanza más o menos remota, harán que los entes se aproximen, se fundan y constituyan una célula mayor que emitirá sus pseudópodos hacia otros entes para asimilarlos. Y eso de *devorar* no es un simple recurso expositivo. En algunos textos egipcios se advierte una especie de teofagia y cosas por el estilo que podrán parecer barbaridades a cuantos no vayan bien alimentados en cosas de dioses.

Digamos que, en la mitología griega, Tifón fue el hijo que dio la Tierra a Tártaro después de la derrota de los titanes. ¡Incluso en el terreno de los monstruos conviene compensar vicios! Tenía cien cabezas, cien brazos y cien piernas. Pero, por razones fáciles de comprender, los artistas preferían representarlo con menos cabezas y brazos, y se limitaban a mostrarlo con una retorcida cola de dragón. Sus gritos profundos eran los cataclismos y los terremotos que estremecían la tierra y sus *cien colas de fuego* parecen corresponder a la lava que se desliza serpenteando por las laderas del volcán en erupción. Se dice que Zeus lo sujetó en el interior del Etna, tras cercenarle brazos y piernas.

La figura de Seth, con sus calores devastadores y sus resquebrajamientos de cataclismo, corresponde bastante bien a la índole del monstruo que imaginaron los griegos.

La maldad de Seth también queda relacionada con el hecho

de herir, seccionar y arrancar el ojo de Horus, el hijo y vengador de Osiris. Eso relaciona a Seth con todas las cegueras y oscuridades imaginables. Efectivamente, él será el cerdo oscuro que se manduca a la Luna de Osiris en el menguante y por si ello fuera poco, puede habérselas incluso con el Sol, ojo de Horus, provocando eclipses.

Horus, el halcón

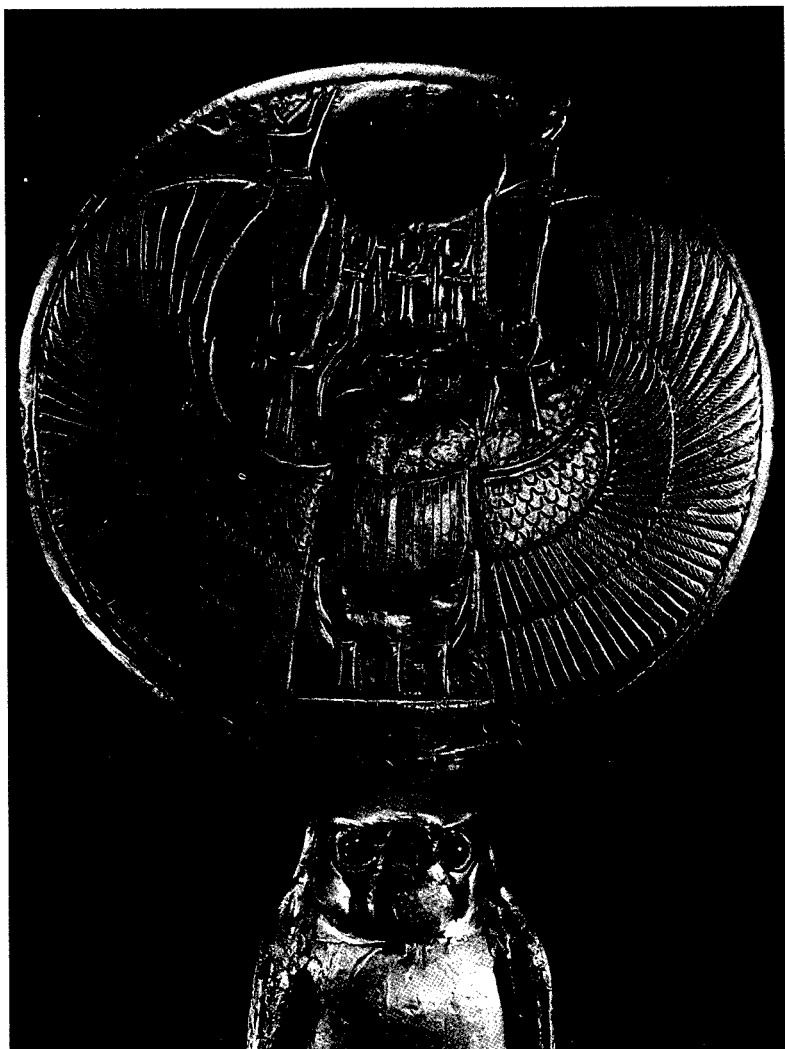
Horus es el *gran dios de los cielos* que se representa ora como halcón, ora como el horizonte. En algunos textos, al hacer referencia al ave divina, se le atribuyen dimensiones cósmicas: sus alas son los cielos; sus ojos el Sol y la Luna. En los *Textos de las pirámides* (27) se presenta como halcón de color abigarrado o bien como *el de ancho pecho*. Un himno del Nuevo Imperio le saluda en los siguientes términos: *Tú eres el dios primero que viniste a la existencia cuando ningún otro dios había nacido, cuando aún no se había pronunciado el nombre de cosa alguna. Si abres tus ojos y miras, se hace la luz para cada uno de nosotros* (28).

Conviene decir que Horus es la transcripción latina del nombre griego *Horos* y del egipcio *H.r* que presenta asonancia con una palabra que significa *cielo* (Her). Los griegos identificaron a este dios con Apolo, señor de la luz.

En la época ptolomaica, aún resonaban los cánticos dedicados a Horus como *pájaro venerable; aquel que mantiene al país bajo la sombra de sus alas*. También se decía que toda luz emanaba de sus ojos.

27. *Op. cit.*, 1.048 c.

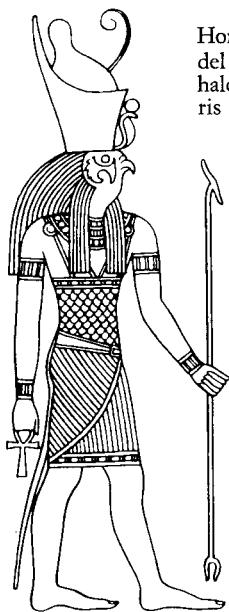
28. Moret, A., *Le rituel du culte divin journalier en Egypte*, París, 1902.



Horus, el halcón.

Horus es el Levante, el señor del horizonte, de la luz, de la noble visión, de la montaña solar por la que el astro asoma. Queda manifiesto el carácter de este numen como personaje celeste. Será también el disco alado y se proclamará entonces su identidad con Ra recibiendo en estos casos el nombre de *pájaro de abigarrado plumaje*.

Conviene destacar en Horus dos aspectos que no siempre parecen complementarse: por una parte, es el dios que todo lo



Horus, con la doble corona del Alto y del Bajo Egipto. El dios con cabeza de halcón aparece como el vengador de Osiris y el rival de Seth.

aclara e ilumina, incluso el que sostiene la visión, por tanto como una facultad de nuestro interior; pero, por otra parte, es también el *alejado*.

El faraón constituirá la encarnación visible de semejante divinidad. Él es la vida interior del país, el que sobrevuela y lo

divisa todo, pero también el que está por encima de todo en vuelo alejado. Los soberanos de las dinastías IV y V se complacen colocando su nombre junto al de Horus, el gran dios, como si constituyesen una misma realidad por vía de asociación de nombres.

En el sarcófago de Pepi I, este soberano se mostrará como *Horus del horizonte, Señor del cielo, Gran dios*. Ello constituye uno de los abundantes testimonios acerca de la importancia que en Egipto se había concedido a los ritos mágicos de identificación, los cuales, a su vez, permiten apreciar una de las características más sobresalientes del pensamiento simbólico de los egipcios.

El título de *gran dios* atribuido especialmente al faraón difunto, tras la grave crisis que hundió al Imperio Antiguo, será reemplazado por *dios bueno* después del Interregno y, entonces, los soberanos exaltarán la identificación con Osiris.

El faraón, como Horus —por las asociaciones con lo celestial— asegura la salvación y prosperidad de los reinos. Al morir, se convierte en Osiris y adquiere los contornos del *antepasado que justifica a toda la dinastía* el cual sustenta y ayuda desde las regiones del más allá, donde ha adquirido especiales dominios.

El faraón, como heredero por antonomasia, es Horus, hijo de Osiris; como intermediario con el mundo de los dioses, es Harakti, Horus viviente, halcón solar que planea sobre el horizonte.

Las concepciones de una mentalidad que se configura en los mecanismos de participación y de identificación presentan, sin duda, algún que otro inconveniente a puntos de vista como los nuestros que se basan muy especialmente en la diferenciación y en concebir a través de límites bien establecidos y determinaciones. ¿Qué decir, pongamos por caso, de la imagen de aquel faraón que se adora a sí mismo frente a la estatua que le

representa? Tal ocurre con Ramsés II que aparece adorándose bajo la apariencia de Halcón llamado *Ramsés el gran dios, señor del cielo*. En este caso, Ramsés constituye la *encarnación* viviente del dios, su *doble* en la tierra, pero, como mortal piadoso, se inclina ante el numen del que está participando y que representa el fundamento de analogía, el ente absoluto del cual la persona de faraón es su reflejo.

Horus de oro

Sabido es que en las tradiciones simbólicas de las más diversas culturas el oro equivale a la iluminación y también a la inmortalidad. En la India se relaciona frecuentemente el oro con los dioses, con el conocimiento y la inmortalidad. Indra muestra una mandíbula de oro y monta en un carro de oro. En el *Catapatha-brâhmana* se identifican la luz y el oro, y se habla del fuego que otorga la inmortalidad. En el *Isha Upanishad* se indica que el rostro de lo verdadero se halla en la copa del sol y que el personaje que habita en el resplandeciente astro es el alma de aquel que ha merecido la iluminación. También en la tradición helénica se equiparan el oro y el sol, los cuales participan simultáneamente de la vasta red de asociaciones que quedan simbólicamente ligadas al conocimiento superior, al dominio, a la pureza, al núcleo originario que constituye crisol de salvación. Proclo, en su *Himno al Sol*, lo saludará como providencia universal que provoca en nosotros la aparición de la inteligencia. Para Macrobio, en su comentario al *Sueño de Escipión*, el Sol corresponde a la inteligencia del mundo.

Los egipcios, por su parte, consideraban que el oro constituía la carne de los dioses. Ra se presentará diciendo que su piel es oro puro.

En los cartuchos de la estela de Sesostris III, se saluda a

Horus como aquel que muestra *formas divinas* y cuya sustancia es de oro puro. Se le ensalza, además, como ser dotado de plena vida y prosperidad.

¿Cómo resistir la tentación de establecer asociaciones entre ese Horus de divinas formas, ese Horus áureo, y el objetivo final de la alquimia? ¿Acaso no aseguraba el famoso elixir de los sabios una vida imperecedera? ¿No es el oro imagen de la intuición transformadora? (29).

Henry Frankfort, profesor de la universidad de Chicago, nos indicará que el signo del oro también designaba a Nubt Ombos, lugar donde se adoraba a Seth. Y puesto que para expresar a Horus, el de oro (*Heru-nub*) se colocaba la figura de un halcón sobre dicho signo, el conjunto jeroglífico podía también leerse como *Horus el vencedor del de Nubt*. Ello pudo constituir el punto de arranque de los mitos acerca del gran combate entre Seth y Horus, así como la victoria final de éste (30).

El jeroglífico que corresponde al oro, Nub, y que representa el paño o piel que empleaban los egipcios para obtener el polvo mediante filtrado, designa también a *Un tal oro*, nombre que se aplicó al dios solar y, por tanto, a Horus (31).

De la enigmática amistad de los contrarios

A partir de la dinastía XXII, se extendió una particular animadversión hacia el dios Seth. Quizás sea significativo destacar que Sethi, el soberano de la XIX dinastía que gustaba de

29. García Font, J., *Historia de la alquimia en España*, Madrid, 1976.

30. Frankfort, H., *La royauté et les dieux*, París, 1951.

31. Wallis Budge, E. A., *An Egyptian Hieroglyphic Dictionary*, Nueva York, 1978.

proclamarse *devoto de Seth* tuvo que modificar e incluso eliminar algunas inscripciones dedicadas al dios, debido a que no fueron bien acogidas por la religiosidad popular. Con todo, ese odio hacia Seth no se había manifestado tan enconadamente en tiempos anteriores. En muchos tronos faraónicos de antiguas dinastías, podía verse a Horus y a Seth anudando las dos tierras para constituir un solo reino. Además, incluso había consejos poco edificantes en las que se hacía referencia a ciertas relaciones homosexuales entre Horus y Seth que recogen textos de la dinastía XII (32).

El proceso de actuar a través del contrario, es decir, el paso de la tesis a la antítesis, para conseguir la síntesis que abraza los anteriores momentos, constituye una consecuencia viva de un progresivo ahondamiento en el sentido de la dualidad que tanto había calado en el pensamiento egipcio.

Los sabios de los tiempos antiguos debieron de trascender el dualismo de algunas concepciones en una visión superior, activa y enlazante. Ese proceso aparece envuelto en ropajes míticos, pero no por ello debe pasar inadvertido. Tras todo mito, se oculta el germen de una concepción de la realidad más profunda.

Se ha indicado en páginas anteriores que Seth *corta* las articulaciones con esa maestría de carnicero o sacrificador que sugirió a Platón nada menos que una analogía con el buen dialéctico, es decir, el que sabe dividir o discernir la intrínseca relación que existe entre las ideas. Recordemos, por otra parte, que en Egipto, el arte de cortar y zajar ciertas vísceras *del modo debido* formaba parte de los ritos que habían de asegurar la pervivencia del cadáver.

32. Griffith, F. Ll., *Hieratic Papyri from Kahun and Gurob*, citado por Lefebvre, G., *Romans et contes égyptiens de l'époque pharaonique*, París, 1982.

Volvamos a la dialéctica: para entender algo *como es debido* se requiere saber distinguir las ramificaciones de todo un conjunto y eso conjuga una visión del todo que corresponde a Horus y un sentido de la división de las partes que constituye la función de Seth. Debido a ello, y por muy contrarios que sean, han de conjugar sus acciones.

Toda división comporta riesgos. Hay defectos específicos del que sólo atiende a la parte, a los aspectos parciales de las cosas. Por eso se ha repetido con tanta frecuencia que el acto de dividir reclama siempre una visión del conjunto que no sólo dirigirá el proceso inicialmente, sino que mantendrá el sentido de los *diseicta membra*, de cada miembro por separado, los cuales posteriormente deberán reconstituirse en una bien articulada coordinación.

No podemos olvidar que la dialéctica de Platón era un *arte de dividir* para conseguir que lo diverso apareciese unido sin confundirse. Ante todo, conviene llevar la multiplicidad dispersa al centro unitario para luego destacar, en el conjunto, las articulaciones naturales, evitando aquellos cortes de un tajador poco experto, como se dice en el Fedro (33).

Ese arte sublime, ese saber superior que conjuga lo diverso en la unidad corresponde a la contemplación, es descubrir el templo interior (con-templar) y queda expresado en la imagen de la intuición solar, en el verbo vivo que otorga la inteligencia que todo lo transforma.

Horus-Ra corresponde, en el contexto de la mitología egipcia, a esta intuición solar que todo lo circunscribe, enaltece y magnifica. Por su parte, Seth será el prosector, el señor de los despieces y de las cortaduras que, al reconciliarse con Horus,

participará en la tarea de diferenciar las funciones del organismo unitario.

Horus Harakti, es decir, el Sol-Halcón, constituye, desde otro punto de vista, el término de un proceso extensivo que culmina en la iluminación transformadora. Ciertamente, como creador de figuras, su penetrante mirada proyecta las formas de la realidad en el abismo caótico de los orígenes, de modo semejante a como la mente contempla las representaciones en el interior del sujeto. Nos encontramos ante cierto ontologismo, si por tal se entiende *la visión de las cosas en dios*.

Horus ilumina la visión que tenemos de la realidad, la sustenta y constituye, pero también permite la singular experiencia de fusión con el principio solar, algo así como una iluminación mística en la que se descubre que la mente que entiende, en realidad, es el proceso mismo que constituye la realidad de las cosas.

Volviendo a la dialéctica, diremos que la *visión aprehensiva* del conjunto corresponde a Horus y que la *visión resolutive* del análisis se ajusta a las funciones de Seth; en tanto que las funciones de Isis, como venimos repitiendo, equivalen al acto de síntesis en que lo diverso queda abrazado en reconstituida unidad.

Horus Mayor y Horus Menor

A veces, los textos nos hablan de un Horus Mayor (Hor Ur, Her-ur, Haroeris) que se introduce en el seno de la enéada como *uno de la familia de los nueve grandes*. Pero quizás no esté de más señalar que Horus muestra una especial tendencia a quedar fuera del habitual esquema teológico, como ocurre con Nun, el abismo primordial. Ello tiene su explicación: una cosa es el recorrido, el proceso; otra, los puntos de arranque inicial y

de término final. El abismo primordial del que todo procede es algo que escapa a comprensión, visión y análisis, constituye el *mysterium magnum* de todo el proceso; es el *deus ineffabilis*. Por otra parte, el término final, en sentido absoluto, como trascendencia pura, también queda fuera del recorrido, aunque se halla, paradójicamente, presente en todos y cada uno de los pasos o etapas que se efectúan.

Horus es la intuición, la visión penetrante y creadora. En la ciudad de Letópolis se le adoró con la advocación de Horekhenti irti (*Heru-ur-Khenti-ar-ti*), es decir, Horus-que-domina-con-los-dos-ojos, o bien, Señor de sus dos ojos (el Sol y la Luna). En otras ciudades, adscritas a su devoción, también se le relacionó con los ojos celestiales y la visión superior. Las fiestas solemnes de aquellos lugares, según nos refiere Herodoto, tenían lugar el último día del mes de Epifi, precisamente cuando ciertos astros se hallaban en conjunción.

En los *Textos de las pirámides*, ese Horus Mayor figura como hijo de Ra y hermano de Seth, pero también podrían hallarse para este dios otras genealogías generalmente relacionadas con los procesos iniciales de la creación.

Los griegos identificaron a su dios Apolo con ese Horus que en los santuarios de Behedeti de Edfú, la antigua Apolinópolis de los helenos, se representó bajo la forma de un disco con alas (*Heru-Behut*). De todos modos, el nombre de Horus se asoció también a los planetas Júpiter (*Heru-up-shet*) y con Saturno con el nombre de Horus el Toro (*Heru-p-ka*) (34).

Harakti (*Heru-áakhuti*) es el Horus del horizonte; como se ha indicado, aparece a modo de señor que planea en los cielos de uno a otro confín y que, a la postre, se identificará con Ra.

34. Wallis Budge, E. A., *An Egyptian Hieroglyphic Dictionary*, Nueva York, 1978.

Harsiesis (Hor-sa-Iset; Heru-sa-Ást), el nacido de la diosa viuda, constituye el prototipo del dios niño que se muestra como expresión de la máxima debilidad y contingencia, pero que se convertirá finalmente en el más poderoso de los dioses. Quizá podría decirse que, en realidad, fue un simple personaje de leyenda —como el hermano pequeño de las consejas populares— que iba adquiriendo mayor poder y preeminencia a medida que los cultos isíacos iban alcanzando mayor difusión y preponderancia.

Horus Niño (*Hor-pa-khed*) se convertirá en el Harpócrates clásico, aquel muchacho desnudo, enojado, que se lleva un dedo a los labios (*Heru-khart*), según decían los griegos para invitar a ese silencio fructífero que debe rodear la dimensión secreta.

Refieren las leyendas que ese infante artificial, sometido inicialmente a mil debilidades y asechanzas, sólo pudo crecer y desarrollarse mediante los auxilios de las potencias mágicas. La paradoja, en este asunto, es que el dios debilucho habrá de convertirse con el tiempo en el vengador de Osiris; el Horus guerrero o armado (*Hartomes, Heru-tema-á*), El-que-hiere, el que alancea a Seth.

Ese lanzazo de Horus tiene algo de destello auroral y parece corresponder a la intuición que hiende las oscuridades.

La victoria de Horus el Joven fue completa. Quedó asociado a Osiris y a Isis constituyendo una tríada suprema venerada en numerosos santuarios egipcios. Incluso, a veces, ese Horus llegó a usurpar la plaza del dios supremo, el que todo lo trasciende, el inefable, alguien que podía quedar fuera de todo lo atribuible, como el abismo...

Harpócrates

Plutarco en su *De Isis y Osiris* afirma que Isis tuvo comercio con Osiris cuando éste había muerto y dio a luz un niño débil

de piernas que recibió el nombre de Harpócrates. Indica también el citado autor que personificaba los brotes vegetales en su fase más tierna. Otros autores prefieren ver en ese debilitamiento de Horus al Sol del invierno que se está preparando para adquirir posteriormente todas las fuerzas de la plenitud.

Los egipcios veían en la trayectoria solar una formidable aventura cargada de sentido; desde los leves resplandores que insinúan el día hasta la reposada grandiosidad del crepúsculo. ¿Y qué decir del viaje por las zonas misteriosas del Duat, donde las tinieblas se convierten en sustancia viva?

Se dijo, como hemos indicado, que el «tiempo originario» la situación primordial, era fuerza joven, plenitud. Eso ha quedado suficientemente establecido. Pero treinta siglos de especulaciones y ahondamientos son mucho tiempo para que no se hubieran establecido mil relaciones y contraposiciones en ciertos personajes mitológicos para apreciar todos sus aspectos, matices, posibilidades y enigmas. El niño Horus incipiente es débil y enfermizo *su aliento huele a leche mal digerida...* Pues bien, el niño es promesa, símbolo de adentramiento en nueva dimensión, expresa lo mejor de nosotros mismos en vía de desarrollo, algo de nuestro interior que aún ha de crecer y robustecerse. El infante es también indefensión, debilidad, flojera, blandura. Por ello, en el ciclo de Horus, este personaje —al fin de cuentas, engendrado por un muerto— puede aparecer sin calor de padre, con la palidez de mil cadáveres y siempre bajo el acecho de las fuerzas de las tinieblas. Es un *puer incertus*.

Horus se muestra en ocasiones como niño de teta o recientemente destetado y si se le representa algo más crecidito, mantiene aún esta relación con el seno materno porque se lleva el dedo a la boca, como expresando esa compensación infantil de chupar algo cuando no se tiene el pezón materno a flor de labios. De ese modo se sugería, sin duda, esa inicial contingencia o desamparo del Horus inmaduro.

Se ha repetido que los griegos vieron en el dedo que Harpócrates se lleva a los labios una invitación al silencio para cuantos han recibido la superior iniciación. Oigamos a Plutarco: *No hay que imaginar que Harpócrates sea dios imperfecto en estado de infancia ni grano que germina. Mejor le sienta considerarlo como aquel que rectifica y corrige las opiniones irreflexivas, imperfectas y parciales tan extendidas entre los hombres en lo que concierne a los dioses. Por eso, y como símbolo de discreción y silencio, aplica ese dios el dedo sobre sus labios.*

Los comentaristas alejandrinos insistieron en la representación del silencio y de la discreción que, según afirmaban, eran símbolo del estado débil e incipiente de la mente humana ante la verdad de los dioses. El hombre nunca pasa de ser un niño en relación con ellos. Por ese motivo, lo mejor que puede hacerse es adorarles en silencio. Porfirio nos dice, en su *De antro nympharum*, que tanto los egipcios como los pitagóricos honraban, con el silencio, el principio inefable de todas las cosas. La discreción o silencio era todo un ritual, toda una oración, la *echemythía*.

Hoy resulta casi un tópico decir que los griegos interpretaron indebidamente el gesto de Harpócrates. De todos modos, siempre puede hallarse quien nos diga que hay algo de verdad en la falsa interpretación *de los griegos*, porque éstos pudieron apreciar algo que ciertamente se hallaba implícito y latente en aquella figura. El Horus débil infante sugirió a algunos el misterio ahogado de la vida que surge de la muerte y si se quiere, el grandioso secreto del ritual de llevarse algo a la boca. Más aún, se ha dicho que ese dedo es la personificación del hombre ante las puertas del templo, pues la boca es *la gran puerta* en nosotros. Por otra parte, no puede olvidarse que la verdadera entrada en el templo interior es la *con-templación*, dicho en otras palabras, la iluminación interior que nos transforma en templo del misterio de la vida.

Insistimos una vez más, con perdón de los entendidos, que algunos errores pueden ocultar un cierto tipo de verdad. Desde un punto de vista simbólico, se aprecian curiosos aciertos incluso en determinadas inexactitudes, en fantásticas etimologías, en peregrinas relaciones, porque, en última instancia, delatan *proyecciones* de contenidos inconscientes arraigados en el psiquismo humano que son verdades del instinto.

Harpócrates se presenta desnudo para significar no sólo su carencia de protección, sino su carácter primario por lo despojado de toda vestimenta. Con todo, a veces, se compensa esta desnudez mostrándolo enojado, lo cual no sólo es indicio de riqueza y excelsitud, sino de conocimiento superior. Lleva el cráneo rasurado, a excepción de un mechón peinado en trenza, signo de condición muchachil entre los egipcios.

El lugar prototípico de Harpócrates, su asiento, es el trono o si se quiere decir de otro modo, las rodillas de Isis, la señora bondadosa donde toda cosa halla su buen asentamiento. La dama aparece con un trono sobre la testa, a modo de tocado, no sólo como emblema y signo de reconocimiento, sino para expresar, simbólicamente, la función excelsa de esa madre universal de regazo siempre renovado.

El niño Harpócrates fue criado en soledad y aislamiento por razones de seguridad. Tuvo que sufrir mil embates de fuerzas insidiosas, como otros niños divinos, pero en el caso del niño dios egipcio salió airoso, no ya por sus propias fuerzas —como ocurrió con Hércules— sino mediante *protección mágica*. Recordemos, aquí, a aquellos niños de los cuentos populares, abandonados o desvalidos, que reciben siempre, en los momentos más difíciles, una *superior ayuda*, una especie de intervención mágica.

Los sacerdotes del rollo, es decir, los magos egipcios —especializados en activar los poderes de esas figuras sagradas que son los jeroglíficos— aseguraban que habían logrado conservar,

en fórmulas fielmente retransmitidas, los encantos de que se valió Isis, la gran maga, para que su hijo pudiera salir adelante. Declaraban que no habían perdido eficacia y que podían aplicarse para la curación de los niños débiles o enfermos.

La pérdida del ojo de Horus

Horus, el *Vengador de su padre*, habrá de demostrar su legitimidad frente a Seth, su ambicioso tío, el cual, de algún modo, simboliza todos los adversarios, todas las fuerzas que se oponen a los empeños del héroe.

Referirá Plutarco que cuando Osiris regresó de los infiernos, es decir, cuando el Salvador resucitó, impartió las oportunas enseñanzas para adiestrar y aguerrir a Horus. Digamos aquí, aunque sea de pasada, que también los gnósticos se referían a las enseñanzas secretas que había aportado Jesús el Salvador después de su descenso a los infiernos y gloriosa resurrección. Se aseguraba que solamente puede aleccionar acerca del modo de vencer a las tinieblas quien se ha fundido en ellas... porque sólo vencerá las oscuridades de la muerte quien se haya envuelto en ellas como un sudario.

Osiris formulará unas preguntas a Horus, como si éste fuera el neófito en un proceso de iniciación. Ante todo, le interrogará acerca de la acción más bella. Horus contestó que la de vengar a los padres cuando han sido ultrajados. Luego, Osiris inquirirá qué animal es más útil para el combate, en el caso de que se tenga que elegir entre un caballo o un león. Horus indicará entonces que el león es útil para los que se sienten atacados, como defensa; pero que el caballo es mucho más adecuado para perseguir al enemigo y exterminarlo cuando éste emprende la fuga y que él elegiría siempre al caballo.

Osiris quedó satisfecho con semejantes respuestas, pues pudo

apreciar que Horus daba por supuesta su victoria, es decir, la llevaba ya en su interior.

Efectivamente, la aparición de Horus sobre el corcel significa la constante e invariable victoria del Sol sobre las tinieblas, así como todos los fenómenos de interioridad equiparables a la intuición.

Los ejércitos de Horus y Seth se avistan en el campo de combate y el resplandor del primero se impone, de tal modo, que los secuaces de Seth-Tifón, al verle, pasan rendidos a sus filas. Incluso Tueris, la concubina de Tifón, se confundía entre ellos. Tras ella, se arrastraba una gran serpiente que los soldados del faraón prototípico descuartizaron. Como conmemoración o evocación mágica de aquella victoria legendaria, los soldados egipcios efectuaban un ritual imitativo cortando una cuerda. Ésta venía a representar la serpiente que seguía a Tueris y, de modo indirecto, la victoria renovada de Horus.

Tueris o Taurt (35) Taurit, la concubina de Seth-Tifón, a veces, llega a aparecer como Aso, una reina de Etiopía que ayudó a Seth, soberano del Alto Egipto. Para algunos personifica los ardientes vientos del Sur que secan los pantanos pestilentes o la venida del calor, que señala la retirada de las aguas del Nilo dejando al descubierto las tierras fértiles que recibirán semilla. Esto explicaba el cambio de partido o signo de la soberana que procede del mal y, sin embargo, termina haciendo el bien.

De todos modos, la victoria de Horus, aunque inevitable,

35. Taurt (Ta-Urt, la Grande) Ipet, Opet, se presentaba como diosa hipópota y era la señora de los animales que moraban a orillas del Nilo en el momento en que las aguas descendían. Significaba la preñez y se muestra con pechos de mujer y pies de león. Es numen doméstico, patrona de los nacimientos. También puede mostrarse con cabeza de leona y espalda de cocodrilo blandiendo un puñal como señora de la venganza.

no fue fácil. En la lucha el dios perdió uno de sus ojos, lo cual dio lugar a un ciclo de leyendas que relataban las peripecias de ojo y también las del héroe que iba a la búsqueda de ese Sol extraviado en las regiones de las tinieblas.

Se ha venido repitiendo, desde época inmemorial, que Seth-Tifón *recorta y divide* ese ojo de Horus que es la Luna para luego engullírsela bonitamente.

Por su parte, Seth-Tifón no sólo perdió la batalla, sino los genitales. De este modo, presenta un significativo paralelismo con el Osiris recompuesto por Isis al que también faltará el órgano de la generación. Para decirlo de algún modo, se trata de un ojo por ojo, o si se quiere de un pene por pene. El *Libro de los muertos* hace referencia a esta emasculación de Seth-Tifón (36).

Al término del combate, Horus logra aprisionar a Seth, pero Isis, la compasiva madre de todo, como ya hemos apuntado, intercedió para que el vencido no sucumbiera. Más aún; cuando pudo, lo liberó.

La indignación de Horus fue inmensa. Plutarco suaviza así las cosas: *Poniendo sus manos sobre su madre le arrancó la diadema real que ostentaba sobre la frente*. Es un modo muy piadoso de decir las cosas. El mismo Plutarco reconoce que ha eliminado del relato los hechos más odiosos como los ultrajes que el hijo infligió a su madre hasta llegar a la decapitación. Conviene advertir que, según ciertas tradiciones, Horus fue desmembrado como castigo de su imperdonable delito.

Apreciamos, una vez más, el fenómeno de paralelismo mitológico, pues el despiece de Horus será la reproducción de descuartizamiento de Osiris. Con todo, Isis, renovada, recompondrá el

36. *Op. cit.*, XVII-30-112 s., *The Book of the Dead. English translation by E. A. Wallis Budge*, Londres, 1977.

cuerpo de su hijo repitiendo una acción salvadora a lo largo del tiempo, como un eco interminable...

El cazador de zonas remotas

El dios cazador Onuris (37), el lancero, marchará a tierras lejanas para recuperar *a la que se ha ido lejos*. Eso es lo que, al parecer, significa su nombre. De todos modos, conviene tener en cuenta que esa *dama perdida* es el ojo de Horus, esa Luna que desaparece, pero que alguien sabe luego ir a buscar para que retorne al lugar que le corresponde.

No estará de más tener en cuenta que *ojo* (*udjat*, *utchat*) era femenino en egipcio y que ese ojo izquierdo que se representa en tantos talismanes y jeroglíficos equivale a un personaje femenino que desaparece como la Luna y que hay que ir a rescatar.

Dado que el ojo izquierdo de Horus corresponde a la Luna, la dama que desaparece, Onuris será el caballero que irá a buscarla, como cazador del gran ojo. Es el dios de This y de Seben-nytos, y simbolizaba, según decían algunos, la fuerza cosmogónica del Sol. En ocasiones se le identificó con Shu, personificación de la atmósfera, de los vientos y de la respiración cósmica. A veces, el cazador se mostraba como la imagen de Ra y, por ello, puede incluirse en el contexto de una teología solar.

Los griegos, que quedaron hechizados por la mitología egipcia, procuraron hallar en sus dioses las equivalencias de los

37. Otros nombres para designar al mismo personaje serán Inhert, Anhert, Entor, Antor, Enuris... que en ocasiones se confunde con Shu.

númenes egipcios. Para ellos, el dios cazador era Ares, señor de los combates.

El dios cazador fue muy popular en el Imperio Nuevo y era invocado con frecuencia como *Salvador* o como *Buen Guerrero*. Aparece siempre con indumento de guerrero o caballero y en su tocado se distinguen cuatro plumas. Lleva lanza, como San Jorge —del que constituye un remoto antecedente— y también una cuerda que puede interpretarse de diversas maneras. Dicen algunos que esa es la cuerda que arrastrará a la Luna desde las remotas regiones adonde había marchado; en tanto que otros aseguran que representa la cuerda-serpiente que los soldados egipcios seccionaban ritualmente para recordar la derrota del reptil de Seth, procedimiento mágico para asegurarse la victoria.

Ciertas leyendas refieren cómo retornó Onuris con el ojo de Horus-Ra desde las tierras de Nubia, para ver luego, con desagrado, que ya había sido sustituido por otro ojo. Entonces, el dios se colocó el ojo que traía consigo sobre la frente, donde se convirtió en el *ureus* que protege al faraón, abriendo ante él un sendero en el que no hay lugar para las tinieblas. Dicho con otras palabras: barre a su paso a todos los enemigos.

La popularidad del dios guerrero llegó hasta los tiempos de Herodoto, el cual nos refiere las fiestas que en honor de aquel numen se celebraban en Papremnis donde los fieles y los sacerdotes batallaban a garrotazos en honor del gran guerrero.

A veces se señalaba como compañera de Onuris a Mehit, un desdoblamiento de Tefnet o Tefnut, la hermana-esposa del dios Shu. Era adorada en This y, con frecuencia, se representaba con cabeza de leona.

No podemos dejar de referirnos a una serie de leyendas que refieren la huida de Tefnut a Nubia, el país de los hombres oscuros, pues forma parte de ese extenso ciclo legendario que podría presentarse como *huida de la dama*. Allí adoptó la forma

de leona salvaje y extendió el terror por doquier. Ra lamentaba en gran manera la partida de su hija y no cesaba de suspirar desconsoladamente por su retorno. En este caso, los encargados de la misión de recuperarla serán Shu y Thot. Para tan delicada misión, los dos personajes se transformaron en babuinos.

Dado que Thot es el dios de la sabiduría, dará el primero con la diosa Tefnut y para persuadirla *como señor de la palabra y del ensalmo*, le describirá los atractivos de la vida egipcia, que por lo visto había olvidado. Shu llega entonces para prestar aliento mágico a Thot. Finalmente, la diosa accede a retornar. Y *el regreso de la diosa* se convierte en un continuo festejo, en una verdadera carnavalada, con músicos nubios y danzantes disfrazados de babuinos. Es una marcha triunfal de ciudad en ciudad, el *gran festejo de la embriaguez*, una especie de orgía.

Se ha dicho que Tefnut personifica la humedad y, por otra parte, esa diosa que se aleja parece desempeñar un modelo de conducta parecido al ojo lunar de Horus. Desde siempre se ha asociado la Luna con el poder vegetativo y con el crecimiento de todo lo vivo. Para los egipcios ello estaba también relacionado con Tefnut, la humedad radical. De modo que nos hallamos ante una de esas típicas cadenas de asociaciones, Tefnut puede ser la Luna, el ojo perdido de Horus, y en algunas ocasiones Mehit, la compañera de Onuris. Por lo tanto, la Luna no sólo es ojo de la noche, dama que se pierde en las tinieblas, sino señora —como Diana— de la caza y de los animales del bosque.

Las relaciones entre los númenes no terminan ahí. Los egipcios descubrieron cierta relación entre la Luna llena y la gravedad, por ello se representó también a Mehit bajo la apariencia de hipopótamo hembra, con senos colgantes de madre, pero manteniendo garras de leona.

Los mitos egipcios permiten sucesivos ahondamientos; son algo así como mensajes iniciáticos que permiten sucesivas lec-

turas. Recordemos la fórmula sagrada según la cual la mirada divina creaba todas las cosas. Es la que presentaremos como primera formulación del idealismo hermético. Pues bien, si la mirada divina otorga existencia a todas las formas creadas, la pérdida del ojo de Horus tiene un carácter realmente amenazador para toda la creación. Las tinieblas están amenazando, debido a la ausencia de la mirada constitutiva de la realidad de las cosas.

Pero los dioses no están dispuestos a que la *obra* se destruya; por ello, Thot, el señor de la magia y de las figuras, hubo de crear los jeroglíficos como sustitución de aquellas formas de existencia amenazadas por la ausencia de una parte de la mirada divina.

Esa visión que se pierde en los abismos de la oscuridad parece un antecedente del mito gnóstico de Sofía en su descenso a los infiernos y su posterior ascenso a las regiones originarias de la luz. Pero no es éste el único grupo de mitos que se relaciona con la *huida y retorno de la dama*. El descenso al mundo oscuro guarda relación con los mitos de Isthara, Astarté... e incluso con el mito japonés de la diosa solar Amaterasu que desaparece indignada en una cueva oscura para mostrarse luego atraída por la fiesta organizada por los dioses.

La teología de Memfis

La creación

La teología memfita queda asociada con los mitos de la creación y de la emergencia inicial de todas las cosas. Los egipcios concebían la creación como formación a partir de algo, por ejemplo, del barro primordial a la manera de un educir o conferir forma a una materia preexistente. El concepto teológico de la creación *ex nihilo*, es decir, a partir de la nada, puede considerarse una elaboración específica del *Génesis* y aunque podrían hallarse textos egipcios relativos a una nada antecedente, ésta se relaciona siempre con el nombre de algún dios para indicar su carácter inicial como punto de arranque de alguna teogonía.

La creación, para el teólogo egipcio, fue siempre una especie de configuración, como la que opera el artesano al dar forma a una materia prima. Generalmente, aparece como obra prototípica de algún alfarero y, al hablar de este venerable oficio, no se puede ya demorar la referencia al dios creador Ptah.

Ptah, según se afirma en el texto conocido como *Teología memfita* (1) fue, en un principio, un genio lugareño o quizás un lugar denominado Ta Tjenen o Ta Tenen. Era el montículo

1. Junker, H., *Die Götterlehre von Memphis*, Berlín, 1940. Sethe, K., *Dramatische Texte zu altägyptischen Mysterien-spielen*, Leipzig, 1928.

primordial identificado con el dios originario y creador. Incluso el venerable Atum, el Total, el Señor de la colina primigenia, llegó a reconocerse, en algunos textos, como descendiente del artesano memfita.

Ptah no significó solamente el país emergido, sino todo cuanto aparecía en él y, sustancialmente, la fuerza que se difunde formando vegetales y animales. Es la arcilla de la que todo se forma y, a la vez, la fuerza ordenadora que configura esa arcilla. Es también la colina primordial que se consolidó en las aguas del caos. Ta Tjenem aparece como *el gran nombre*, el Señor de la Eternidad, aquel que tiene su residencia al sur de la muralla memfita.

En las puertas del templo de Ptah, podían verse las enseñas de las cañas y del papiro que significaban la reconciliación de los opuestos, de los dos Egiptos. *Se han unido en el templo de Ptah, balanza de los dos países, en cuyos platillos han sido pesados el Alto y el Bajo Egipto.*

En la sección V del texto *Teología memfita*, se hace referencia a Ptah como base y fundamento de los restantes dioses: *Creó Ptah los dioses locales, construyó las ciudades, estableció las divisiones territoriales, colocó los dioses en los lugares donde son adorados, fijó los distintos tipos de ofrendas, edificó sus capillas. Configuró sus cuerpos según los gustos de sus respectivos corazones y, de este modo, cada dios entró en su cuerpo conformado en la conveniente especie de madera, en la conveniente especie de piedra, en la conveniente especie de arcilla, en cada una de las materias que habían recibido la adecuada forma. De este modo, todos los dioses y su respectivo ka se hallan con él, unidos a él, satisfechos y asociados con el Señor de los dos países (2).*

2. Junker, H., *Op. cit.*

Los dioses no son solamente emanaciones de Ptah, sino expresión de su capacidad creadora como artesano por antonomasia. Ptah es el señor del orden, de la razón oculta en cada cosa, de su esencia o naturaleza; sin embargo, ese creador es también la sustancia que se configura, dado que, en más de una ocasión, se identifica a Ptah con el caos. *Ptah-Nun, padre primordial que engendró a Atum*. El proceso de identificación aparece claramente expresado para enaltecer la figura del dios, al *fundirlo* con la realidad primordial. Por ello podrá decirse que *Ptah es el mayor de todos, el corazón y la lengua de la enéada*.

Corazón y lengua son los órganos de la creación mágica según la teología memfita. No sólo la enéada sino la ogdóada (3) se presentan como emanaciones de Ptah. Los dioses todos expresan solamente modificaciones de la realidad primaria de su creador.

El corazón significa la conciencia, el conocimiento, lo que podría denominarse *mente* o *espíritu*. La lengua es su manifestación, el verbo creador.

Entonces nació en el corazón y en la lengua de Ptah la imagen de Atum. Grande y magnificado sea Ptah que legó su gran poder a todos los dioses y a sus respectivos ka por la fuerza de su corazón y de su lengua.

Corazón y lengua ejercen su potencia sobre todos los miembros; uno y otra se hallan en todo dios y en todo hombre y en todo animal que se mueve y vive. El corazón concibe; la lengua ordena.

La visión de los ojos, la audición de las orejas y la respiración de las narices aportan informaciones al corazón. Del corazón emerge todo conocimiento y la lengua repite todo lo que

3. Grupo de ocho divinidades, según la teología hermopolitana. Representaban los elementos indiferenciados en el seno del caos.

el corazón ha concebido. De este modo se han ejecutado las obras de todo artesano, las actividades de las manos, la marcha de los pies, siguiendo siempre las órdenes que el corazón ha dictado y han sido proferidas por la lengua, lo cual constituye la íntima naturaleza de toda cosa.

Después que Ptah hubo creado el universo divino o mundo arquetípico, *quedó satisfecho y descansó*, como el Yahvé de los israelitas.

La sección VI de la *Teología memfita* establece la relación que liga Ptah y Memfis, la nueva capital del reino, donde se había emplazado la residencia del dios. Dado que en semejante lugar se hallaba también el sepulcro de Osiris, señor de la fertilidad, se creía que quedaba asegurada la subsistencia de todo el país.

Osiris, señor de la inmortalidad, llegó arrastrado por las aguas del Nilo y, por ello, representa la fuerza fecundante de las aguas que renuevan las fuerzas en todos los planos. Osiris abrió las puertas de todos los graneros, del más acá y del más allá, y logró que la muerte se convirtiera en algo fructífero. Osiris es la vida que nace de la muerte. Debido a la *presencia* de Osiris, pudo decirse que Memfis era el granero mítico de Egipto.

Osiris no sólo ha ganado las regiones superiores, sino que permanece sepultado en la tierra primordial, en la arcilla de todo lo creado; por este motivo, Memfis se saludaba como corte de Ptah-Ta Tjenen donde Osiris descansa. Éste ha ingresado en el interior de Ptah, se ha transformado en tierra, pero también ha alcanzado una condición celestial. Lo profundo y lo elevado se identifican, la causa material y la formal se articulan en todo lo creado.

*«Osiris atravesó las puertas secretas;
conoció la gloria de los señores de la eternidad,
marchando junto a aquel que brilla en el horizonte,*

*recorriendo los senderos de Ra
 en el gran trono (de Memfis).
 Llegó a la corte y confraternizó con los dioses
 que moran en el Ta-Tjenen
 está junto a Ptah, señor de los años.
 De este modo, Osiris se convirtió en tierra,
 allí, donde se hallaba la residencia real,
 en la región del norte de este país
 adonde había llegado...» (4)*

Ptah, el creador

Se ha señalado que el nombre de Ptah deriva de la raíz *pth* que significaría *formar*, de modo que, en este caso, el nombre del numen expresaría su función. Ocurre, sin embargo, que semejante verbo es bastante posterior a la constitución de las mitologías de Ptah y bien pudiera tratarse de una de esas etimologías explicativas que se establecen *a posteriori* (5).

Los griegos vieron en Ptah al dios artesano Hefaistos y en muchas representaciones populares, el señor de la forja aparece como enano cabezón de piernas contrahechas. Herodoto refiere cómo Cambises hirió los sentimientos religiosos de los egipcios burlándose de la *imagen de Hefaistos*, es decir, de Ptah, el cual aparecía representado como pigmeo deforme.

Aparte de las representaciones de Hefaistos como la del frontón del Partenón o de las que aparecen sobre las cerámicas

4. Bloque de granito del faraón Shabaka (siglo VII a. de J.C.), Chabaka o Sabakos de la dinastía XXV nubia o etiópica (716-701 a. de J.C.). Sethe, *Op. cit.*

5. Sandman-Holmberg, M., *The God Ptah*, Lund, 1946. Morenz, S., *Ptah-Hefaistos, der Zwerg*, en *Mélanges Zucher*, 1954.

de figuras rojas, en las que se disimulan más o menos sus defectos físicos, la figura del gran forjador también se modelaba en figurillas de arcilla, con aspecto grotesco y fines apotropaicos. Estas estatuillas se colocaban en el hogar *para que vigilase el fuego*. Julius Pollux de Naucratis, retórico del siglo II, autor de una obra titulada *Onomasticon*, hace referencia a ciertos amuletos para desviar el mal de ojo que los herreros colocaban cerca de sus chimeneas y que tenían el aspecto de un dios grotesco y ridículo (6).

Algunos autores han visto en Ptah-Hefaiostos un enano con las fuerzas de un gigante, esa oposición de contrarios que daría a la naturaleza de este personaje un curioso carácter. Así, Morenz señalará el carácter bisexuado de Ptah-Sokaris. En la inscripción de Shabaka, aportada por Sethe, se saluda a Ptah como padre y madre (7). Esta peculiar condición indiferenciada, esa falta de definición sexual de la figura divina, pueden interpretarse, según Morenz, como una referencia a las condiciones del caos primordial presente en el numen.

Por otra parte, la realidad de Ptah no sólo constituye la base y sustrato de los restantes dioses, sino que configura una magna trinidad hipostática: Ptah-Atum es el pensamiento; Ptah-Horus, el corazón; Ptah-Thot, la palabra. En los himnos de Leyden a Amón se halla la siguiente fórmula: *Todos los dioses son tres: Amón, Ra y Ptah. Nada puede compararse con su alta realidad. Lo que por Amón se oculta, recibe el nombre de Ra por su faz y de Ptah por su cuerpo* (8).

Otra trinidad es la de Ptah, Ra y Harsieris unificados en

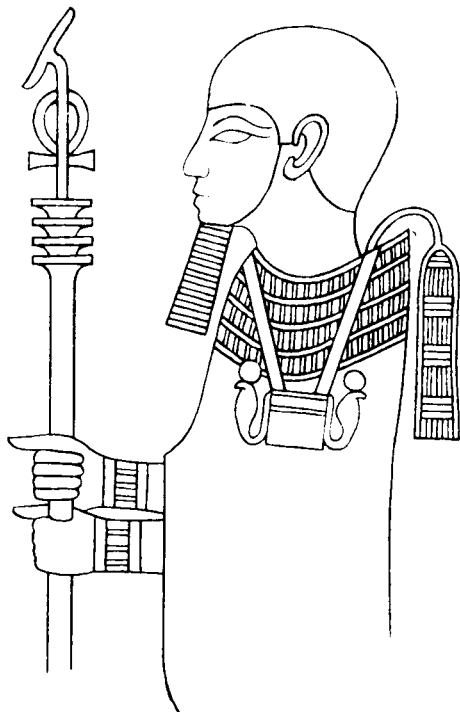
6. Pollux, J., *Onomasticon*, edición Bekker, Londres, 1846.

7. Sethe, K., *Dramatische Texte zu altägyptischen Mysterienpielen*, Leipzig, 1928.

8. Zandee, J., *De hymnen aan Amon van papyrus Leiden*, Leyden, 1947, en Erman, Ad., *Der leidener Amonhymnus*, Berlín, 1923.

Apis. A pesar de los ensalzamientos de Ptah como dios altísimo y originario, adquirió un carácter amable y de benevolente proximidad a los humanos, especialmente entre los artesanos, que verán en él no sólo a un patrón que conoce bien las fatigas del operario, sino incluso a un compañero de trabajos.

Ptah, señor de Memfis, dios creador, asimilado a la materia primordial de la que todo está formado. Los griegos lo identificaron con Hefastos, el dios artesano. Porta en sus manos el bastón columna Djed, rematado con los signos de la vida y el cayado mágico de la fecundidad.



Ptah-Sokaris

Ptah es el Sokaris de los griegos; pues éste es el nombre que dieron a Seker o Sokar, un numen egipcio de la vegetación que se convirtió en dios de los difuntos en la necrópolis mem-

fita. A veces, se le invoca como dios-Luna. Bajo la forma de momia verdosa con cabeza de halcón, era adorada en Ro Stau, es decir, en las *Puertas del Pasillo*, expresión con la que designaba la región de los difuntos. Por el proceso de identificación —al que tantas veces nos hemos referido— Sokaris, como era de esperar, se asimiló a Osiris.

Sokaris inicialmente fue el dios de la necrópolis de Saqqara y se le representa en la barca Henu:

*«Oh, Sokaris Henu,
tú que habitas la misteriosa capilla
de Hapunebes (9),
augusto infante,
en la Vía del Doble País (10)
gran príncipe de Heliópolis,
prestigiosa alma
para cuantos se hallan en Heracleópolis
... ..
... ..
Oh, Osiris, que presides el Occidente,
asegura alimento y ofrendas
... ..» (11)*

La tríada memfita

Dejando aparte las trinidades entendidas como desdobra-

9. Nombre de la necrópolis de Abydos.

10. Nombre de Memfis.

11. Papiro 10.229 del *British Museum*. Editado por R. A. Caminos, con el título de *A prayer to Osiris*, en *Mitteilungen des Deutschen Archäologischen Instituts für Ägyptische Altertumskunde in Kairo*, Berlín, 1930.

mientos del dios en sí mismo, según distintas funciones o atributos, ahora nos referimos a la tríada entendida como un grupo o familia de dioses: Ptah aparece junto a su esposa Sekhmdet, la de testa leonina, y al lado de su hijo Nefertum.

Sekhmet o Sokhit, la Sakhmis de los griegos, es la terrible diosa de las guerras que, a veces, adopta la forma del *mal de ojo* solar. Nada de extraño tiene, por otra parte, que la señora de las contiendas sea la compañera del señor de los difuntos. Su nombre significa *la Poderosa*; sin embargo, esta expresión se convertirá en un epíteto de Hathor referido al episodio en el que la gran diosa celestial se transformó en leona para combatir a los humanos que osaron levantarse contra Ra.

Hathor-Sekhmet se lanzó a un ataque tan despiadado y mortífero, que el dios solar llegó a temer la aniquilación del género humano y mandó a la diosa que cesase en su carnicería; pero Sekhmet ya no podía oír nada pues *una salvaje alegría la había poseído al destrozar a los mortales*.

Hubo que acudir a un engaño para desviar la furia de tan sangrienta dama. Se le ofrecieron siete mil vasijas de brevaie mágico compuesto a base de cerveza y jugo de granada. De este modo, el líquido adquirió color de sangre y al beberla, la diosa agresiva quedó embriagada y dormida.

La raza humana se salvó y para prevenir la posible furia de la diosa, Ra decretó que anualmente se le ofrecerían tantas vasijas de cerveza con granada cuantas sacerdotisas había en los templos del dios solar. De ahí arrancó la gran festividad de Hathor, el día doce del mes Tybi, el primero del invierno. Por este motivo, en el calendario egipcio de los días fastos y nefastos, se especificaba:

*Peligroso, muy peligroso,
es el duodécimo de Tybi.
Evita el ratón este día,*

*porque es aquél en que Ra
dio la orden a Sekhmet (12).*

Paradójicamente, la diosa destrozadora de hombres se convirtió en patrona de los sanadores que se dedicaban a la curación de fracturas. Posiblemente ello se debiera a la contraposición entre el enderezamiento de huesos y la capacidad que mostró Sekhmet de *no dejar un hueso entero*.

Se decía que Sekhmet era la *gran amiga de Ptah* y que le dio un hijo, Nefertum.

Nefertum, en la teología heliopolitana, se muestra como una de las formas del dios solar cuando aparece con cabeza humana en el centro de una flor de loto. A veces, se presenta a Nefertum como Atum rejuvenecido, el dios al que los griegos denominaron Iftimis y que identificaron con Prometeo, quizás porque se atribuyó a Ptah-Hefastos el descubrimiento del fuego que ese hijo suyo, según los egipcios, otorgó luego a los humanos.

Se representaba a Nefertum con la espada curva *khopesh* y con una flor de loto sobre la cabeza. A veces lleva un tocado de doble pluma.

Nefertum es un dios puente entre las teologías heliopolitana y memfita. En la primera, es la eclosión solar que vivifica todo lo que crece y se desarrolla; en la segunda, se mostraría como hijo de Ptah que consigue la llama para los humanos. Como hijo de

12. Sekhmet se confunde frecuentemente con Bast o Bastet, que los griegos identificaron con Artemisa. Era una diosa leona que representaba las potencias de la acción solar. Con el tiempo, para evitar confusiones, se le otorgó cabeza gatuna. Sus atributos fueron el sistro y la cesta. Era la esposa-hermana del Sol, aunque en ocasiones se muestra como su hija. Aparece como una diosa benevolente que protege contra las enfermedades infecciosas y los malos espíritus. En su templo de Bubastis se celebraban periódicamente grandes festejos durante los cuales los peregrinos consumían en un solo día más vino y cerveza que en el resto de todo el año.

Sekhmet, marcha junto a un león o se presenta montado sobre él o incluso ostenta cabeza leonina.

Nefertum es el sol que cada día extiende sus pétalos luminosos en el firmamento como el loto sobre las aguas. Es él quien otorga a Egipto todos los bienes. Es *Grande en Amor*, ya que este sentimiento nace del calor de ese fuego interior que el dios otorgó a los hombres. El epíteto de *Recién llegado perfecto*, *Hermosura de la lejanía*, equivalen a *renovado*, a *radiante*. Nefertum da la luz y el calor a los mortales y como dijo el viejo artesano *No hay obra sin calor*.

En Nefertum, ese Prometeo hijo del Hefaistos egipcio, aparecen todas las ambivalencias y beneficios del doble aspecto materno y paterno. Es el fuego dominado por el artesano; es la cálida energía que se oculta en la materia y hace crecer las plantas; es el calor balsámico que cuece los alimentos en el interior de los cuerpos; pero también es el fuego leonino, airado, que destruye y arrasa.

Merece destacarse una significativa relación entre Ptah-Ra, que se asocia con el calor, la vida y la luz como su descendiente, y Ptah-Osiris que representa el frío de la muerte y la húmeda oscuridad de la ultratumba. En ambos casos, las potencias aseguran la permanencia y el don de los alimentos. Lo cálido y lo húmedo se abrazan con el lazo de la fecundidad.

El secreto del artesano y de la hermosa

La relación de Hefaistos-Vulcano, el señor de los hornos, el gran artífice, y Afrodita-Venus, la hermosa que seduce, corresponde, de algún modo, a la que se descubre entre Ptah y Sekhmet-Hathor.

Curiosamente, la diosa de la destrucción se identificará con

la diosa de la abundancia, de la belleza, del amor y del placer. Esa superposición funcional se advierte ya en el caso de Tefnut, la humedad, que se convirtió en leona devoradora en los desiertos de Nubia y que, rescatada por Thot, retorna en gozosa procesión que parece representar el retorno de las aguas fecundantes tras un período de sequía y desolación.

De algún modo, ambos personajes —Tefnut y Sekhmet— estarán en mutua relación a través de la imagen del ojo perdido. En el caso de Tefnut, el ojo será el valioso elemento que hay que rescatar; en el caso de Sekhmet, con frecuencia se teme el *mal de ojo* que habrá que evitar a toda costa.

De hecho, podemos apreciar en todos estos casos una especie de fusión de mitos y leyendas referidas a diversos personajes —en apariencia— que delatan una estructura expositiva común. Este es un fenómeno que puede apreciarse en otras culturas. Ocurre como en las leyendas de santos que a veces recubren materiales paganos o como en los templos de una religión edificados sobre construcciones de otra religión.

Venus aparece en algunas ocasiones como *dama barbata*, una señora de la guerra y de la agresión. No son, pues, de extrañar sus relaciones con Marte, el cual sólo aparece como una especie de desdoblamiento del espíritu de esa diosa terrible y temida que, con el tiempo, adquiere aspectos más amables.

Ya los sumerios veían en la estrella de la mañana a la diosa que presidía las obras de la guerra, en tanto que, como estrella de la tarde, favorecía el amor y todas las voluptuosidades. Era *la Valiente* y *la Dama de los combates* por su relación con el Sol; en tanto que por su relación con la Luna, se convertía en Señora de los placeres de la fecundidad y de todo goce.

Desde un punto de vista simbólico, podemos relacionar la muerte y la fecundidad, términos que pondrían al descubierto la oculta relación de los caracteres aparentemente opuestos de la diosa. Con todo, no es ésa la única contraposición que aparece

en tal personaje. También apreciamos la del calor y la humedad, la del fuego y del agua.

La abundancia feliz que se despliega en los campos requiere no sólo la presencia del agua, sino el calor solar, el principio ígneo, oculto en los hornos de la tierra. Ahí está Hefaistos-Ptah, el Sol oscuro, el *Sol niger*, otorgando a su esposa, discretamente, desde la lejanía y la profundidad, unos resplandores de belleza y plenitud que hunden raíz en ocultas dimensiones... La hermosa Afrodita debe buena parte de sus resplandores al feo Hefaistos.

De todos modos, una visión profunda sabrá apreciar tras el perfil de Afrodita los rasgos de Demeter, esa diosa madre a la que los egipcios llamarán Hathor.

Hathor, la Venus-vaca

El nombre de Hathor parece significar *residencia de Horus* y dado que éste es una divinidad solar que está en el firmamento, la residencia de la diosa serán los cielos. De ahí que Hathor, en más de una ocasión, llegue a confundirse con Nut.

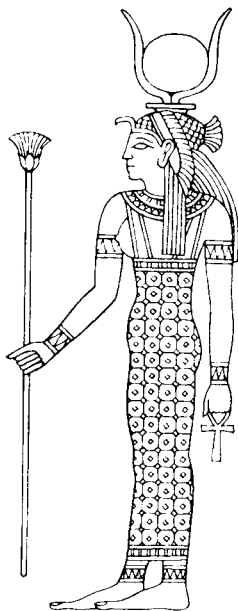
Aunque el centro de su culto se halle en Denderá, también fue venerada en Edfú, como compañera de Horus, así como en Sais, donde se asimiló a la diosa Neith.

Las estrechas relaciones de Hathor, representada como una vaca que lleva el disco solar entre los cuernos y Horus delatan relación con la teología heliopolitana.

En la persona de Hathor, la Venus egipcia, se confunden diversos aspectos de la naturaleza femenina. Es el prototipo de la mujer madre-esposa-compañera. Hijo de Hathor y Horus será el joven Ihy, el señor del sistro, el Músico. De todos modos, no es infrecuente que Hathor se presente como la madre de Horus.

Como tal y en época tardía, llegará a confundirse con Isis. Ambas serán reverenciadas como *madres divinas*.

Hathor fue saludada como *Nbt*, es decir, *Oro femenino* y desde antiguo, se ensalzó como *Vaca áurea* y se identificó con la fuente de toda riqueza.



Hathor, la diosa del amor y de la belleza, ostentando el tocado de diosa madre rematado por los cuernos de vaca y el disco solar. Porta en su mano el bastón con penacho de papiro, planta a la que se hallaba asociada. Fue identificada con Isis, con Nut y con Mut. Aparecía como nodriza de dioses y faraones.

De todos modos, como queda dicho, la diosa que amamanta a todos los seres vivos con su leche sagrada y que difunde el placer, el goce y la abundancia, presenta también un aspecto sombrío. No sólo por su relación con el mundo de los difuntos, a los cuales da la bienvenida en las regiones del más allá, sino por el aspecto feroz y salvaje que la asimilaba a Tphenis, la *Diosa lejana* que vivía en los desiertos como leona. Extraña-

mente, la vaca benévola y herbívora se transforma en animal carnívoro.

En las inscripciones del templo de Abydos, que Seti I dirige al Ojo-de-Ra, se ensalza a Hathor en los siguientes términos:

*«Dama de los furores,
danzamos por ti,
maravilla de los tabernáculos,
libia del desierto.
Se elevan gritos de gozo
cuando tu furor ha desaparecido.
Provocas gestos de placer,
amable Diadema,
que cautivas los corazones
de toda la enéada»* (13)

Hathor fue llamada *Reina de Occidente* por referencia a la región de los muertos que, a veces, se situaba en Libia. También se ensalzó como *Dama del sicomoro*, árbol cuya sombra aguardaba a los difuntos en los desiertos del más allá, para que descansasen antes de emprender nuevos caminos. Incluso en los *Textos de las pirámides* queda asociada con Osiris.

Curiosamente sus atributos funerarios podían complementarse con la figura divina que representaba a la *Dama de los goces*, expresión de las alegrías del festejo, de la danza y del amor. Como *Dama de las guirnaldas*, presidía todo lo relativo a los adornos y cuidados de la belleza.

Uno de los atributos de la diosa Hathor fue el sistro que,

13. Mariette, A., *Abydos*, T. I., París, 1869. Moret, A., *Le rituel du culte divin journalier en Egypte*, París, 1902. Gardiner, *The temple of king Sethos Ith. at Abydos*, T. I., Londres, 1937-1958.

con su sonido, tenía la virtud mágica de apartar todo maleficio. El sistro sagrado *sechechet* simbolizaba una puerta rematada por la cabeza de Hathor con rostro femenino en el que se apreciaban unas orejas de vaca.

La diosa vaca, como expresión de la máxima divinidad femenina, fue ya adorada en los tiempos prefaraónicos por los campesinos del Nilo. Algunas cerámicas de aquellos remotos tiempos parecen representar una mujer con la cabeza de aquel animal. Posteriormente, cuando se magnificó la figura del faraón, Hathor perdió buena parte de su preeminencia, que pudo recuperar, en parte, cuando fue identificada con Isis.

Ciertas inscripciones de los templos de Denderá y Filé han revelado la importancia de unos festivales de carácter místico denominados *Ella-es-conducida*. Eran celebraciones nocturnas con cantos y danzas de carácter sacerdotal. El punto culminante de los ritos, designado por los textos como *embriaguez*, pudo corresponder a una especie de éxtasis místico.

«Ven, diosa del oro,
que te nutres con tus cantos.
La danza es el alimento de tu corazón.
Tú, que brillas de alborozo,
en el momento sagrado (del éxtasis).
Tú, apaciguada por la danza
en medio de la noche,
ven y pasa
por el lugar de la embriaguez
por las columnatas del placer» (14).

Hathor mantiene especial relación simbólica con las plantas.

14. Daumas, F., *Déesses d'Egypte*, dans *L'âge nouveau*, París, 1960.

Concretamente, el papiro le estaba consagrado de modo muy especial. Hathor era *la vaca que asomaba entre los papiros*. Durante la recogida de estas plantas, se celebraban festejos dedicados a la diosa.

En los festivales de la erección de la columna Djed, ligados a la renovación de las fuerzas que se extendían por Egipto a través de la figura del faraón, se saludaba a la diosa como *columna Djed hembra, que ocultó a Ra de sus enemigos*.

La columna Djed constituye una especie de fetiche prehistórico asociado con determinados rituales agrícolas y cuyo nombre presenta similitud con las palabras que designan *estabilidad* y *permanencia*. Sin duda por ello, la imagen del pilar Djed se convirtió en modelo de numerosos amuletos y talismanes (15). Se colocaba una *columna Djed* de madera en la mano izquierda de las momias, como seguro elemento de protección en las situaciones difíciles del más allá.

Al parecer, las fiestas de Djed tuvieron su origen en Memfis, donde se había hallado la sepultura de Osiris, el dios difunto. De modo que se aprecia una relación entre Hathor y Osiris que se refleja en la ornamentación del interior de algunos sarcófagos del Imperio Nuevo, en los cuales se representa una pareja de pilares.

La columna Djed con ojos ostenta la corona de Osiris, indicando su presencia en el mundo vegetal como fuerza activa y como promesa de que la existencia continúa en otras regiones donde se acoge a los difuntos.

A través de las imágenes de la columna vegetal Djed con alas, se representa a Nut, la madre de Osiris, como indicando que abraza a su hijo que ha alcanzado la inmortalidad y la preeminencia.

15. García Font, J., *Thot. Libro de los talismanes egipcios*, Barcelona, 1982.

Queda patente que, a través de la columna Djed, puede establecerse una especial relación entre Osiris, Nut y Hathor.

En ciertas representaciones de los festejos de la erección de la columna Djed, se aprecia la presencia de princesas-sacerdotisas utilizando los atributos de Hathor: el sistro y el collar *menat*, de grandes poderes magnéticos.

Estos objetos sagrados eran dirigidos por las sacerdotisas hacia el faraón, con gesto ritual, durante las grandes celebraciones, en tanto que pronunciaban la siguiente fórmula:

*«Que la dorada Hathor
asegure el aliento de tu nariz.
Que la dama de las estrellas
pueda unirse a ti.»*

Hathor-Sekhmet son personificaciones de fuerzas cósmicas, pero también expresan aspectos de nuestra propia vida interior. Representan la fuerza instintiva convertida en pasión. La clásica diferenciación escolástica de las pasiones en irascibles y concupiscibles permite encuadrar perfectamente las atribuciones de ambas figuras que concurren en una misma divinidad. Por una parte, la Venus egipcia preside todo lo que nutre y reconforta y expresa los deleites de lo concupiscible —poder que preside las necesidades y deseos relacionados con lo orgánico—; por otra, refiérese al aspecto irascible en su más desatada e irracional manifestación. Los psicoanalistas verían, sin duda, en la imagen de la doble Hathor, vaca-leona, la personificación de los instintos de placer y de muerte.

El buey Apis

Ese animal divino alcanzó gran popularidad en todo Egip-

to; pero su centro de culto se hallaba en Memfis, donde era saludado como *Primavera de Ptah* y era adorado como encarnación de este mismo dios. Los himnos le presentan como *alma de Ptah* (16) y a veces como hijo de éste:

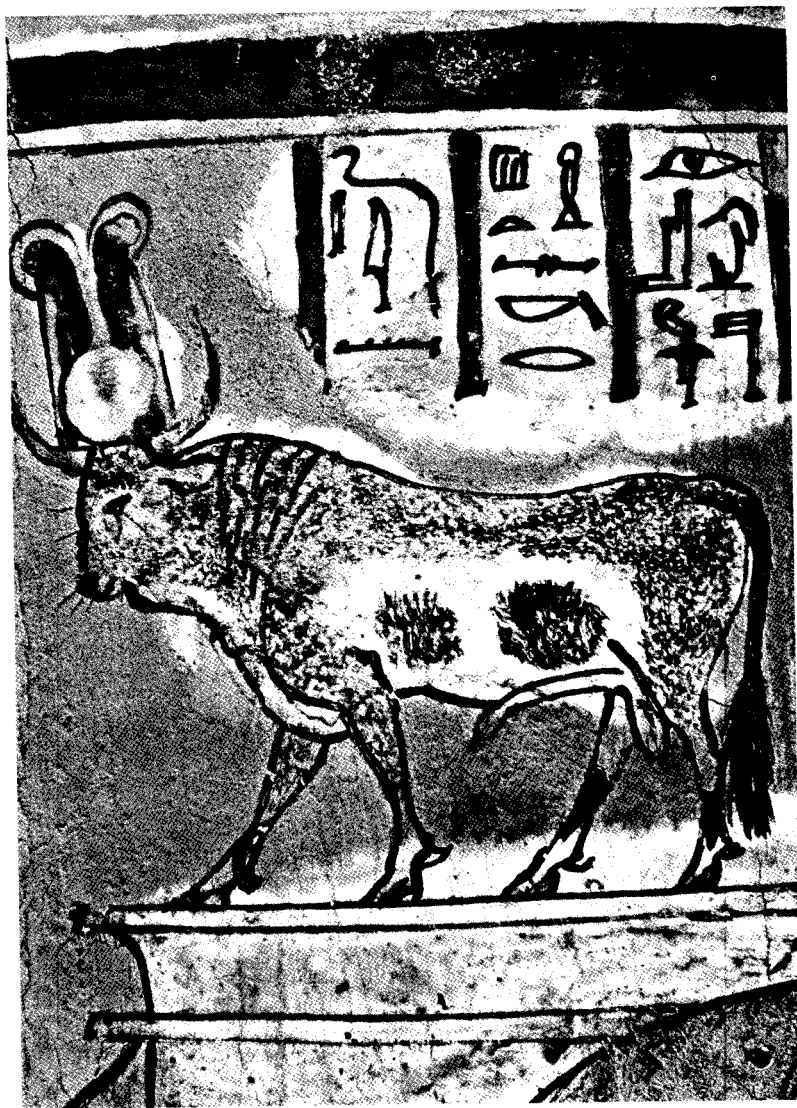
«*Loda sea tu alma (ka),
Ptah que te hallas al sur del muro,
dios de hermoso rostro,
señor de la vida en el doble país,
que otorgas vida, salud, fuerza
y el don de una vejez apacible.
¡Que mis ojos puedan contemplar
en todo momento tu rostro!
Thot es tu hijo,
así como Apis viviente*» (17).

Decíase que Ptah fecundaba, bajo la forma de fuego celeste, a una ternera virgen y que renacía en ella bajo la apariencia de toro negro. Los sacerdotes memfitas tenían la misión de reconocer al dios-toro que había de presentar las siguientes señales: sobre la frente debía mostrar un triángulo blanco; sobre el dorso, la figura de un buitre con las alas extendidas; sobre el flanco derecho un creciente lunar; la imagen de un escarabeo sobre la lengua y, además, ofrecer, doble pelo en la cola.

Mientras el toro vivía, era tratado con especial consideración en un templo que se había construido con el propósito específico de darle morada. Diariamente se le dejaba en libertad en un patio sagrado al que acudían numerosos devotos a contemplar

16. En el papiro de Harris se llama a Apis *alma de Ptah*. Lange, O., *Magische Papyrus Harris*, Copenhague, 1927.

17. Estela del museo Vaticano publicado por Botti, G. y Romanelli, P., en *Sculture del museo Gregoriano*, Ciudad del Vaticano, 1951.



El buey Apis con la corona de plumas de avestruz, que distinguía a Osiris y también a Amón. Pintura de un ataúd de un sacerdote de Amón en Tebas.

los *movimientos del dios*. Eran interpretados como una indicación de lo que iba a suceder e incluso cuando murió Germánico (15 a. de J.C.-19 d. de J.C.) hubo quien señaló que el toro había indicado lo que había de ocurrir, porque cuando el soberano ofreció alimento al toro, en la visita que hiciera al templo, el animal no lo había querido probar, sino inequívoco de mal agüero y muerte próxima.

Amiano Marcelino, historiador latino de origen griego (330-395 d. de J.C.) refiere que el toro de Ptah, como dios, no podía morir naturalmente. Al alcanzar una cierta edad, era ahogado hundiéndole la cabeza en la pila de una fuente. La muerte de tales animales era lamentada en solemnes ceremonias y, luego, el reconocimiento de una nueva encarnación daba lugar a alegres festejos.

En 1850 el egiptólogo francés Auguste Edouard Mariette descubrió en Memfis vastos subterráneos en los que se enterraban, en grandes sarcófagos monolíticos, los cadáveres momificados de aquellos animales. Sobre este gran hipogeo, se elevaba un templo del que hoy no queda ni rastro, el Serapeum memfita, donde se tributaban honras fúnebres a los toros difuntos que se transformaban, según las creencias de los egipcios, en la persona de Osiris. Por ello, los griegos designaron esta singular identificación religiosa con el nombre de Osorapis, que terminó por convertirse en Serapis, un dios extranjero, que aparece en Egipto en tiempos de Ptolomeo I y que evocaba aspectos de Zeus, Asclepios y Dionisos. Su culto se extendió desde Alejandría —cuyo Serapeum fue considerado una de las maravillas del mundo— por todo el Mediterráneo a través de los mercados. Serapis pasaba por dador de salud y se contaban por millares sus milagrosas curaciones que, en gran parte, contribuyeron a la gran popularidad del dios entre las gentes de todos los países y condiciones.

Dom Pernety, al referirse a la simbología de Apis, considera

que expresa de modo encubierto los arcanos de la obra hermética, es decir, de la alquimia (18).

Algunos autores señalan que el genio y alma del mundo se encarnaban en el buey Apis y que todas sus marcas y señales eran caracteres mágico-simbólicos de la naturaleza (19).

Khnum, el dios con cabeza de carnero, modelador de dioses y hombres

Khnum, el señor de Elefantina, otro dios alfarero, también es invocado frecuentemente como modelador o creador de dioses y hombres (20).

Este dios mantiene especiales relaciones con Ptah y Ra, es decir, con las teologías memfita y heliopolitana. Además, dado que también se relaciona con Amón, queda también asociado con las especulaciones de la teología tebana.

Según demuestran los himnarios egipcios, los dioses que desempeñan parecidas funciones van asociándose hasta confun-

18. En su obra *Les fables égyptiennes et grecques dévoilées et réduites au même principe...*, París, 1736, describe las fases de la obra alquímica relacionándolas con la figura de Apis.

19. Otros toros sagrados de la religión egipcia fueron Mnevis de Heliópolis, encarnación de Ra; Bukhis, el toro sagrado de Mentú, en Hermonthis, considerado encarnación de Ra, Osiris y Onufis, transcripción de *El-muy-bueno*, en el que, según las creencias, encarnaba el alma de Osiris.

20. La fama del dios Khnum se extendió por Nubia donde era conocido con el nombre de Dudun, el carnero. Las esposas de Khnum eran Satet y Anuket. Satis es el nombre que los griegos dieron a la diosa Satet *la que corre cual flecha*, la arquera. Lleva flechas como la diosa Neith, pero aparece tocada con la alta corona del sur. Anuket, la Anukis de los griegos, ostenta una corona de plumas, su nombre significa *la Estrecha* y sus territorios eran las gargantas que estrechan el Nilo entre Filé y Syena.

Harsef, al que los griegos llamaron Harsafes, *el que está sobre su lago*, es el nombre de un dios con cabeza de carnero, identificado con Herakles y cuyo santuario se elevó en la Heracleópolis Magna, en el Fayum.

dirse. Ra o Amón actúan de modo semejante a Ptah o Khnum y, a la larga, los atributos coincidentes yuxtaponen las figuras de los dioses:

*«Salud a ti, disco del día,
que has creado a los hombres
y les das vida,
Gran Halcón de plumaje moteado,
... ..
(apareces como)
Khnum y Amón,
dioses de los humanos;
señores del doble país;
doble madre,
de grandes y pequeños;
doble artesano,
dedicado a innumerables obras;
amante pastor de sus rebaños
a los que proporcionas refugio
y les garantizas la existencia.
Corredor de rápido avance
... ..
... ..
¡Concédenos la vejez
en tu ciudad
pues hemos obrado
según tu perfección» (21).*

A través de lo que llevamos expuesto en relación con los

21. Texto inscrito sobre la estela 826 del *British Museum* de la época de Amenofis III (1402-1364). Se halla en *Texts from Egyptian Stelae... in the British Museum*, VIII, Londres, 1911-1970.

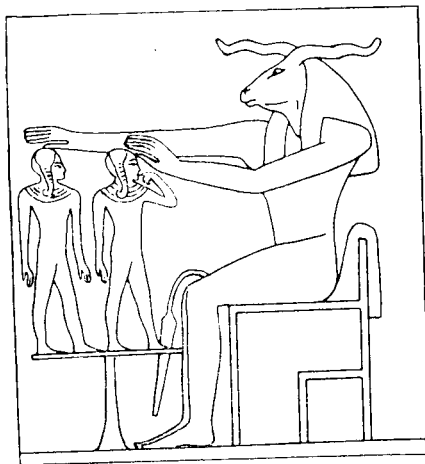


Cabeza talismánica de Khnemu o Khnum, divinidad creadora con cabeza de carnero.

dioses creadores del antiguo Egipto, podemos llegar a las siguientes conclusiones:

1.^a Según las distintas teologías, las funciones creadoras se atribuyen a uno o bien a otro dios, de tal manera que puede señalarse que la función trasciende el nombre de los númenes.

2.^a Los dioses creadores tienden a fundirse en una representación unitaria que se fundamenta en la función compartida.



Khnum, configurando al faraón conjuntamente con su ka o «alma» en el torno de alfarero. El dios con cabeza de carnero, señor de Elefantina, isla del Nilo situada frente a Assuán, aparece como creador de dioses y de hombres.

La teología de Hermópolis

La-de-los-ocho

Hermópolis, como indica su nombre, es la ciudad de Hermes, es decir, de Thot. Los egipcios la denominaban *Hmnw*, la de los Ocho, o sea, de la ogdóada que, según los teólogos locales, constituía el origen de toda la creación. La actual Ashmuneín se halla a unos 300 km al sur de El Cairo y se eleva cerca de la antigua población. En nuestros días, Hermópolis se reduce a un conjunto de ruinas que se extienden por una zona de palmerales y de estanques.

La teología de Hermópolis, dejando aparte el ciclo mítico de Thot, queda reducida a los siguientes grandes temas:

- 1.º La ogdóada.
- 2.º El gan huevo primordial.
- 3.º El niño solar que asoma entre los pétalos de la flor de loto.

La influencia que semejantes mitologemas ejercieron en otros núcleos religiosos pone de relieve la venerable antigüedad de semejante teología. De algún modo, la ogdóada constituye la primera diferenciación que aparece en el seno mismo del caos primordial; constituye algo así como la articulación que se produce en el interior de Nun.

1.º *La ogdóada*. Los elementos de la ogdóada eran Nun y Naunet, las aguas iniciales en su doble aspecto masculino y femenino; Heu y Huet, lo indeterminado y la inmensidad; Ku y Kuket, lo oscuro y las tinieblas; Amun y Amonhet, el alejado o desconocido y la lejanía. Una tradición más reciente sustituyó la última pareja por Niau y Niaut, el vacío y la oquedad. A veces, la ogdóada se convertirá en década cuando se sumen las dos últimas parejas al conjunto.



Thot, inventor del alfabeto, escriba y notario de los dioses. Aparece como el gran mago, dado que supo representar en los jeroglíficos las estructuras secretas que dominan la realidad que representan.

Como era de esperar, los teólogos de Tebas identificaron Amun con su gran dios Amón-Ra.

En las viejas representaciones, los entes de la ogdóada aparecen como extraños seres antropomorfos con cabeza de rana, en el caso de los machos primordiales, y con cabeza de serpiente

en el caso de las hembras. A veces, calzan cabezas de perro o de batracio. Son seres del abismo, extrañas bestias rampantes, habitantes de la oscuridad primordial y caótica. Podríamos llegar a decir que su aspecto informe los relaciona con los contenidos del inconsciente colectivo que aparece como el caos en nosotros.

Las más remotas tradiciones de Hermópolis veían en seres semejantes a entes autógenos presentados, en ocasiones, como los *habitantes de la isla primordial Shmun*. Los ocho dioses son los padres y las madres del Sol; fecundaron la flor primordial de la que había de surgir el gran astro de la luz.

Curiosamente estos seres de la oscuridad primordial no sólo engendran la luz del horizonte, sino que, durante su reinado, todo iba excepcionalmente bien y los *vientres siempre estaban llenos*. Los dioses antiguos establecieron la edad de oro en la que los muros no se resquebrajaban, la espina no pinchaba, se ignoraba el hambre. ¿No constituye esa singular nostalgia una evocación de la situación infantil del neonato después de haber mamado, cuando se sumerge en el *océano blanco* de la plácida indiferenciación...?

El venerable nombre de la ogdóada se hallará también entre los gnósticos. Correspondía, en Basílides de Antioquía (fl. 130), que enseñó en Alejandría, a la realidad plural engendrada por el Primer Arconte y que, al parecer, correspondía al *octavo cielo*, el de las estrellas fijas que se hallaban por encima de las siete esferas planetarias. Podría decirse, en términos generales, que los ecos de ciertas teologías egipcias —especialmente la de Hermópolis— resuenan aún en los sistemas teogónicos de los gnósticos (1).

1. El gnosticismo aparece como un movimiento espiritual basado en la *gnosis* o conocimiento superior y secreto. Se confunde con el cristianismo de los primeros siglos. El mismo san Pablo usó una terminología tomada de los gnósticos. Vid., Grant, R. M., *La Gnose et les origines chrétiennes*, París, 1964.

2.º *Aparición de las cosas a partir del huevo primordial.* Una de las imágenes prototípicas asociadas al lugar de Hermópolis es la del huevo primordial. Constituye el núcleo que corresponde al arquetipo de los comienzos, un símbolo en el que todo se incluye y todo se fusiona. Es, además, sustancia nutritiva por excelencia y expresa la renovación, el germen de la luz espiritual manifestándose a través de la vida material en su profundo proceso de diferenciación.

Se decía, a veces, que el creador había formado el huevo cósmico de su propia sustancia y dado que, en el antiguo egipcio, *huevo* era femenino, el núcleo esencial del desarrollo cósmico aparecía como una diferenciación sexual en el seno de la sustancia primera. Ciertamente que en ocasiones, el huevo se muestra como la creación de un dios; en tanto que en otras ocasiones, se dice que la *ogdóada* había surgido como proceso de diferenciación en el interior de aquella realidad. También se señalaba que el Loto primordial había aparecido en el Lago del Huevo. En alguna ocasión se establecen analogías entre el soplo de aire *sh* y *shue* en su acepción de *huevo*, lo cual permitía establecer no pocas relaciones.

En numerosas fórmulas funerarias se aprecia una significativa identificación con el huevo primordial: *Soy el huevo que se hallaba en el interior de la Gran Graznadora...* (2).

Muchas invocaciones mágicas pretendían crear las circunstancias y condiciones prototípicas a partir de un estado de plenitud inicial para, de este modo, superar cualquier mal o peligro. Así, hallamos en el *Papiro mágico de Harris* la siguiente invocación:

2. *Textos de los sarcófagos*, 223. De Buck, A., *The Egyptian Coffin Texts*, Chicago, 1935.

«Huevo de las aguas,
esencia de la tierra,
semilla de los Ocho,
grande en los cielos,
grande en la Tierra,
grande en el mundo inferior,
habitante de la maleza,
señor de la isla de los Dos Cuchillos;
yo he salido contigo de las aguas;
yo he salido contigo de los cañaverales» (3).

3.º *Identificación del Sol con el niño que asoma en la flor de loto.* El loto, asociado al infante, se convertirá en imagen fundamental de la teología hermopolitana que posteriormente se difundió por todo Egipto como signo de salvación y esperanza. Representa el acceso a los niveles superiores, el despertar a una conciencia luminosa, a la perfección prometida. La imagen del infante del loto se convertirá en talismán gnóstico.

El ritual de ofrecer la flor de loto adquirió rango sagrado y puede apreciarse en numerosas representaciones del antiguo Egipto. En determinadas ocasiones, como solemne ceremonia, se presentaba al dios un loto labrado en metales preciosos y recubierto con pedrería. Era un voto singular, algo así como una evocación mágica del tiempo dorado de los inicios. Ese gesto de ofrecer el loto se encuentra en los relieves de los muros de los templos de Edfú y Denderá. En ellos aparece el faraón, como sacerdote supremo, ofreciendo la flor a la divinidad. El himno correspondiente al ritual permitía *instalarse* en el feliz momento en que el infante aparecía en el centro de la flor mostrando los resplandores de la perfección.

*«Recibid al dios,
que aparece en el corazón de las aguas,
el que ha surgido de vuestro cuerpo,
el gran loto del estanque;
aquel que inauguró la luz,
en el primer momento.*

... ..

... ..

*Vosotros veis su luz,
respiráis su perfume,
llega hasta vosotros su fragancia.
Vuestro hijo adquiere forma de infante,
él ilumina los dos países
con la belleza de sus ojos*

... ..

... ..

*Os ofrezco el loto
del pantano primordial,
el ojo de Ra sobre las aguas,
el que contiene la suma de los antepasados,
el que creó a los dioses anteriores,
y dio existencia
a todo lo que puebla el país*

... ..

... ..

*Al abrir sus dos ojos,
ilumina todas las tierras
y separa el día de la noche.
Los dioses han surgido de su boca
y los hombres de sus ojos;
todo ha nacido de él,*

*de ese niño que brilla en el loto
y cuyo resplandor constituye
la existencia de todos los seres» (4).*

Thot, el gran mago

Thot o Thout es la forma que, en el período helenístico, adoptó el nombre de Djeuti, Zeuti o Dhuit, identificado por los griegos con Hermes. Fue adorado en Egipto como dios lunar y ensalzado como señor de los jeroglíficos, es decir, de las *palabras sagradas* y de la magia de las figuras que las representaban.

En una estatua procedente de la tumba 192 de Tebas, que se custodia en el museo de Berlín, y, concretamente, en el dorso de la misma, aparece el siguiente himno:

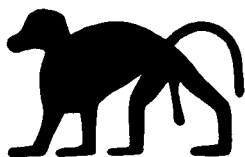
*«Salud, Señor de las palabras divinas.
Tú que presides los misterios
de los cielos y de la Tierra,
gran dios de los tiempos primordiales;
Tú, el Originario,
que aportaste las fórmulas mágicas
y la escritura que hace prosperar las casas
al otorgarles un buen asentamiento;
Tú que señalas a cada dios su lugar,
que das estatuto a cada profesión,
mantén cada cosa en su límite
cada campo, cada país» (5).*

4. Chassinat, E., *Le mammisi d'Edfú. Mémoires publiés par les membres de l'Institut français d'Archeologie orientale*, 16, V, El Cairo, 1910-1939.

5. Dumas, F., *Dieux d'Egypte*, París, 1970. Roeder, G., *Urkunden zur Religion des alten Ägypten*, Jena, 1923.

Dado que la magia egipcia estuvo en gran parte relacionada con la escritura, Thot no sólo fue notario de los dioses, sino el arquitecto que conoce el trazado íntimo de cada cosa, su *secreto interior*. Se dijo que Thot también había inventado las ciencias y las artes. Se le denominaba *Semsú*, el Grande. A veces, se le llegaba a proclamar *el dos veces grande*. Con el paso del tiempo, los griegos consideraron que su magnitud podía llegar hasta el tercer grado y, por ello, lo invocaron como Hermes Trismegistos, es decir, como *el tres veces grande* (6).

El nombre de Djeuti parece derivar de un toponímico del Bajo Egipto, un nomo cuya capital fue Hermópolis Parva, núcleo inicial del culto que posteriormente floreció en Hermópolis Magna.



Jeroglífico talismánico de un babuino, animal que los egipcios de la antigüedad identificaron con Thot, dios de Hermópolis y escriba de los dioses. Aparece como inventor de la escritura y señor de los saberes mágicos.

Se representaba a este dios con cabeza de ibis, a veces rematada con la figura de un creciente lunar. También adoptaba la forma de babuino o cinocéfalo, muy especialmente cuando quedaba asociado con la alegría y con el gozo. Los egipcios consideraban que los babuinos saludaban con alegría la salida del

6. El nombre de Hermes Trismegistos encabezó un conjunto de textos místicos en los que se combina la tradición neoplatónica con otras corrientes de la baja Antigüedad que se presentaron como expresión de las antiguas teologías egipcias. Esta literatura hemética dio lugar al *hermetismo* como movimiento espiritual de carácter esotérico.

sol (7), de ahí la denominación de tales animales como *los-que-gritan-de-alegría*.

Un himno dedicado a Thot nos lo presenta en los siguientes términos:

*«Alabado seas, Señor de toda casa,
babuino de luciente pelo,
de dulce aspecto y encanto singular,
amado de todos,
... ..
... ..
Thot, si tú eres mi sostén,
no temeré el mal de ojo»* (8).

Según la teología de Hermópolis, Thot era, nada menos, el Gran Arquitecto o demiurgo universal: el ibis divino que había incubado el huevo cósmico.

A veces, se decía que el mundo era expresión de su palabra creadora. Por ejemplo, en Memfis se afirmaba que Thot constituía la lengua de Ptah, es decir, la Palabra o Verbo creador.

Insistamos en su carácter de *señor de los jeroglíficos* que podía entenderse como dominio de la estructura sagrada que otorga realidad a cada cosa.

La creación es nombre pronunciado o figura trazada con arte de acuerdo a cierta proporción y armonía. Ahí reside precisa-

7. Algunos autores señalaron que los babuinos durante el plenilunio rendían homenaje al astro de la noche y que, por ello, se pasaban durmiendo el día siguiente.

8. Lefebvre propone la traducción siguiente *no temeré por la suerte del ojo* para referirse al ojo de Horus que Thot colocó en su debido lugar, de modo que se transformó entonces en *udjat*, es decir, el buen ojo o energía positiva del talismán que representaba el ojo rescatado.

mente el secreto prototípico de la magia figurativa que representa el todo a través de la parte dibujada, de modo que actuando sobre ésta se consiga un efecto sobre aquél.

Ciertos himnos subrayan su carácter de Verbo creador:

*«El mundo apareció
en los labios de Thot
cuando éste despertó
en el seno de Nun,
el Abismo originario.»*

En los *Textos de las pirámides*, Thot se muestra a veces como primogénito de Ra; a veces, como hijo de Geb y de Nut; por tanto, como hermano de Isis, la gran maga. En otras ocasiones, su función queda reducida a la de visir de Osiris, el Buen dios, o bien a la de escriba mayor de su reino. De ahí que, como notario de los dioses, inscriba, en las hojas y frutos del árbol sagrado de Heliópolis —el árbol de la vida—, el nombre del faraón concebido por la soberana madre en su comercio con el Señor de los cielos.

Thot se muestra fiel a la causa de Osiris e intervino frecuentemente en los rituales mágicos que habían de asegurar su resurrección. También ayudó a Isis en el nacimiento de Horus y en los cuidados que reclamara éste durante su desvalida infancia. Thot, en este caso, como médico-mago, extrajo el veneno de la terrible picadura del escorpión, el animal de Seth.

Todas las medicinas, todos los fármacos, son *saliva de Thot*. Este dios, como es sabido, restituyó el ojo de Horus pegándolo con su saliva y activándolo con su palabra. También reintegró a Seth los genitales seccionados durante el combate con Horus-Vengador.

Cuando Horus y Seth acuden al tribunal de los dioses para ventilar su litigio, Thot desempeñará las funciones de juez con

fallo inapelable. Entonces recibirá el nombre de Upu-sehui, es decir, *Aquel-que-juzga-a-los-compañeros*, subrayando aquí que lo de *compañeros* no pasa de ser un eufemismo. La decisión de Thot señaló a Horus como legítimo heredero. Thot, que había sido visir de Osiris, como hemos indicado, desempeñó las mismas funciones durante el reinado de Horus. Cuando éste determinó abandonar el poder, Thot le sucedió y supo mantener el reino en paz y bienestar, como soberano pacífico, durante 3.226 años.

Después de su dilatado reino sobre la Tierra, Thot subió a los cielos, como dios lunar. Por eso, en cierta estela del Museo Británico, se le saluda como *toro magnífico entre las estrellas, Luna que estás en los cielos...* (9).

A veces, se le considera guardián del astro nocturno, cuando éste adquiera entidad propia con el nombre de Aah, Ioh, o Auhu, y quedará asociado simbólicamente con el rejuvenecimiento. Como queda apuntado, Thot sabrá ganar a la Luna los cinco días epagómenos.

Thot no sólo está relacionado con la Luna, sino con el Sol. La relación entre Thot y Ra dio lugar al siguiente mito: Cuando Ra desaparece de los cielos, para alumbrar a los justos del mundo inferior, dejó en su lugar a Thot-Luna, que, en su barca, efectúa por la noche el recorrido que Ra realiza durante el día (10).

En calidad de dios lunar, Thot mide el tiempo de los cielos y establece el primer calendario. Por ello, se le consagró el primer mes del año egipcio. Y dado que el tiempo es historia, Thot aparece como cronista de los cielos y de la tierra. Pero el tiempo también es futuro y, en este caso, el señor de Hermópolis recibirá homenaje como *Señor del destino*.

9. Traducción de Scharff, A., *Ägyptische Sonnenlieder*, Berlín, 1921.

10. De todos modos, Thot también aparece sobre la barca solar en su viaje por los infiernos no sólo para protegerla, sino incluso para dirigirla en su recorrido por el mundo inferior.

En las regiones del más allá, Thot pesará el corazón y pronunciará la palabra de justificación en los rituales del juicio de los muertos.

Aunque no aparezca a su lado, mantiene secreta relación con Ma'at, la diosa de la verdad.

Thot es un dios amable, amigo de los festejos y de la alegre exaltación: se muestra como señor de la inspiración, pues ésta constituye una verdadera fiesta para el espíritu. Durante las celebraciones de Thot, después de la Luna llena, las gentes se saludaban con la siguiente fórmula: *Dulce es la verdad* y se ofrecían unos a otros pasteles con miel. Es frecuente que los himnos ensalcen a Thot como *dador de dulzura* y celebren su *dulce aspecto*. En el *Papiro Sallier*, de la dinastía XIX, se hace referencia a Thot como árbol frutal, incluso como líquido contenido en el interior de la fruta, cual si fuera el sabroso núcleo de toda cosa.

La inspiración, la enseñanza, son frutos de dulzura para el sabio, *el silencioso*.

*«Oh, tú que traes el agua de lugar alejado,
ven a mí,
pues soy de los que se amparan en el silencio.
Oh, Thot,
dulce fuente para quien se pierde en el desierto,
manantial sellado para el orgulloso,
caudal inagotable para el silencioso.
El sabio llega con sencillez
y encuentra la fuente a su paso» (11).*

Esa *efusión* de Thot puede entenderse de diversas maneras

11. Papiro Sallier, en Gardiner, A. H., *Late-Egyptian Miscellanies*, Bruselas, 1937. Caminos, R. A., *Late-Egyptian Miscellanies*, Londres, 1954.

y todas se implican y asocian: como emanación de amor hacia las criaturas, como luz interior que las dirige por el mejor camino a modo de providencia, como alegría que se manifiesta en el festejo (12) y también como fuente de la inspiración venida de lo alto.

La inspiración, para el egipcio, es un *movimiento del corazón* que marca un camino. Los textos nos indican que el corazón es siempre la puerta por donde el dios penetra en el interior del hombre. El verbo *tif* implica, a la vez, la idea de fluir un líquido y equivale también a la inspiración como emanación de una fuente de luz superior.

Cuando se habla de gozar de la protección de Thot, de su asistencia, ello puede relacionarse con la *inspiración* o con la enseñanza secreta e interior del dios. Algunas imágenes, que representan a un escriba ante Thot-babuino o bien montado sobre éste, podrían interpretarse, según creencia de algunos egiptólogos, como una forma de materializar plásticamente la relación entre el devoto y el numen, a través de su inspiración o enseñanza.

Conviene indicar que no todos los aspectos de Thot son positivos. A veces, este dios aparece incluso como enemigo de la Luna, como devorador de la misma; pues, dado que ésta, al fin de cuentas, va desapareciendo de los cielos, bocado a bocado, quedan poco claras las funciones del guardián que tantos poderes tiene para llevar a buen término su cometido. Por eso se llegó a decir que él mismo es quien devora al astro que debiera custodiar.

En el *Libro de los muertos*, según comentario de Sethe, se

12. La alegría de Thot queda patente en los saltos y gestos de los babuinos ante el nacimiento de la luz solar o lunar; también se representa en el cortejo carnavalesco de la diosa Tefnut cuando regresa de los áridos desiertos de Nubia.

afirma que una parte de la Luna, como pieza de sacrificio, corresponde a quien *sabe contar las partes*, es decir, al mismísimo Thot.

En algunas ocasiones, se encuentran expresiones harto significativas al respecto: *Quien debiera buscarlo, ése ha comido el ojo...* Ciertamente, no se hace explícita referencia al nombre del dios; pero ello es norma de discreción, pues quizá se consideraba que era poco prudente asociar el nombre del señor de los escribas y notario celestial, que todo lo tenía en cuenta, con la relación de actividades poco halagüeñas que nada decían en favor de las funciones providenciales que se le atribuían.

Ciertos textos llegan a presentar a Thot nada menos que como aliado de Seth en el asesinato de Osiris. En la mitología todo cabe. Seth es el señor de la división, del descuartizamiento, y ya se sabe que Thot, para llevar las cuentas, ha de considerar las cosas por separado. Además, Thot, guarda relación con el *cuchillo lunar medes*, cuyo homónimo es el término *violento*. ¿Han dado lugar estas relaciones entre vocablos a determinados mitos donde aparecen estos aspectos negativos del dios lunar...?

El mundo mitológico muestra una intrincada red de relaciones, a veces aparentemente contradictorias, que pueden surgir de variadas circunstancias; pero que, al fin de cuentas, responden al principio de *participación total*, en la que límites y atributos precisos se borran o cambian de signo y donde *todo está en todo*.

Seshet y Nemahuit, esposas de Thot

Seshet es el doble femenino de Thot y, por ello, tiene tantas atribuciones cuantas puedan apreciarse en su esposo. Recibe el nombre de *Gran Señora de la escritura* y eso la convierte en dama de la historia. Se creía que antes de que Thot anotase algo

de modo definitivo, Seshet lo comprobaba escrupulosamente. Sobre la cabeza de este personaje femenino aparece una estrella inscrita en un creciente invertido y dos altas plumas. Es el ideograma de su nombre de *Secretaria*, como señora de los secretos y como eficaz auxiliar en las tareas que efectúa su jefe y señor. En ocasiones ostenta en una mano el recado de escribir o paleta de los escribas y en la otra, la rama de palmera con incisiones que servía para llevar las cuentas.

Ocurrió, con el tiempo, que los escultores cometieron el error o el *acierto simbólico* de interpretar los cuernos lunares como los de algún animal y de ahí le vino a Seshet la denominación de *Safekht*, es decir, *Cornuda*. Ello, como es de suponer, abrió puertas a una serie de relaciones que habrían de asociarla a otras divinidades femeninas.

Dado que llevaba la estrella en la cabeza, era señora de la astronomía y de las medidas que se establecen estudiando los movimientos de los astros, es decir, del calendario.

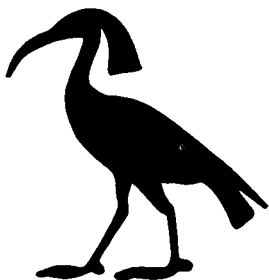
Como ama de la *Casa de los rollos*, no sólo dominaba el arte sagrado de las escrituras, sino las fórmulas precisas de grandes encantamientos y hechicerías. Por eso, poseía, como su esposo, grandes poderes mágicos.

Otra esposa de Thot es Nemahuit, la que elimina todo daño. Queda siempre algo desdibujada. A veces, llega a confundirse con Ma'at, la compañera de Thot, su *expresión viva* (13).

No es de extrañar la relación que muestran los atributos de sus compañeras con el dios Thot. La fórmula consagrada *la verdad cura y elimina todo mal*, se aplica a todos estos dioses y, de algún modo, liga sus funciones. Con todo, como ya sabemos, en

13. En el papiro Nebseni, núm. 9.900 del *British Museum* aparece Thot pintando una enorme pluma de Ma'at. Ello parece significar que la verdad es *expresión de su obra*.

esa región de los dioses, compañeros o esposos, amigos o enemigos, no hay que exigir demasiada precisión. Todos tienen su lado bueno y su aspecto peligroso. Conviene tener presente que los atributos caracterizan, pero no delimitan con puntillosa exactitud. Muy al contrario, constituyen factores de superposición, de fusión y de síntesis. Hay que acostumbrarse a los contenidos fluctuantes, imprecisos, que con frecuencia confunden, como en los sueños. Las imágenes que surgen del inconsciente *buscan forma* para manifestar esa energía informe que surge de nuestro interior más profundo.



El ibis representa al dios Thot junto con el babuino. Este animal, hoy desaparecido de las tierras de Egipto, perdura como representación sagrada en muchos monumentos. Como jeroglífico, designó vocablos asociados a las ideas de *resplandecer* y de *alegre efusión*.

Para terminar, bastará decir que no es raro que Thot aparezca, en más de una ocasión, como numen primordial, dado que la *máxima expresión de la verdad se halla en los primeros principios*, razón por la cual, el divino cronista y mistagogo adquiere todo el perfil de un filósofo que, con su pico de ibis, sabe aprehender el fruto de la verdad bien redondeada, esa compañera suya, que puede ser su amante o quizá su sombra.

La teología tebana

Tebas, la ciudad de las cien puertas

Homero ensalzaba la Tebas egipcia con el epíteto de *ciudad de las cien puertas*. A partir del segundo milenio antes de nuestra era, reemplazó a Memfis en importancia política.

Tebas y el dios Amón empezaron a adquirir relieve bajo el reinado de Amenemhet, de la dinastía XII (c. 1970 a. de J.C.) y alcanzó su apogeo con los soberanos de la dinastía XVIII.

La ciudad de Tebas fue la capital del Imperio Medio y su prepotencia se extendió del siglo XIX al XVIII a. de J.C. Esta población y su territorio quedaron al margen de la invasión de los hicsos, grupos asiáticos que se apoderaron inicialmente de la parte oriental del Delta y llegaron a extender su dominio, a lo largo de 150 años, sobre buena parte de Egipto (c. 1650 a. de J.C.). Finalmente, los faraones de la dinastía XVIII, ligados a Tebas, lograron expulsar a los hicsos y fundaron el Imperio Nuevo, durante el cual la ciudad alcanzó su máximo esplendor (siglos XVI a XI a. de J.C.).

Bajo el reinado de Ramsés XI, al final de Imperio Nuevo, el general-sacerdote Heritor se convirtió en el *primer Profeta de Amón* y, a la vez, en señor de los bienes incommensurables de Tebas. Hacia el 1070 a. de J.C., la dinastía ramésida se extingue y

Smendes de Tanis funda en el Delta la dinastía XXI. Sin embargo, los descendientes de Heritor habían convertido la Tebaida en un principado autónomo dominado por los sacerdotes y sus oscuras rivalidades. Esos reyes-sacerdotes sucumbieron a la soberbia de coronarse como faraones y ejercieron un poder absoluto de carácter teocrático. Su instrumento de gobierno fue el Oráculo de Amón, cuyos ordenamientos afectaban a vivos y difuntos.



Amón, señor de Tebas, dominador de los vientos y, por ello, patrón de marineros. A pesar de su poder y riquezas, se muestra también como amoroso protector de los desvalidos, de los ignorados.

Hacia 661 a. de J.C. Tebas fue saqueada por los asirios y posteriormente, sometida varias veces al pillaje de los persas. A partir de entonces, su declinar no cesó. Al comienzo de nuestra era, Tebas era solamente un pequeño poblado entre grandes rui-

nas. Sin embargo, el tiempo no ha podido borrar jamás su pasada gloria.

El dios de Tebas Amón, Amen o Amún, divinidad máxima donde las hubiera, fue identificada por los griegos como Zeus. La raíz del nombre del dios egipcio parece significar *oculto* y se impone reconocer que en el Antiguo Imperio era poco menos que un desconocido. En los *Textos de las pirámides*, donde se prodigan los nombres de las divinidades egipcias, solamente se hace referencia a este dios cuatro veces.

Su nombre aparece inicialmente en la teología de Hermópolis como uno de los ocho dioses surgidos del verbo creador de Thot.

Amón se presenta generalmente con aspecto humano y tocado con una curiosa corona en forma de mortero en el que se hallan colocadas dos grandes plumas verticales. En bastantes ocasiones, se le atribuye testa de carnero con los cuernos muy encurvados. En Karnak se cuidaba, con mimo especial, a un carnero que pasaba por ser la viva encarnación del dios, gloria que compartía con una oca, otro de los animales que se le habían consagrado.

Algunas veces se mostraba a Amón a través de una figura itifálica que recibía la incestuosa denominación de *marido de su madre*. Entonces se le invocaba como señor de la fecundidad, a cuyo cargo corría el desarrollo de la vida a todos los niveles.

La rivalidad del nuevo culto con los sacerdotes de Heliópolis se mantuvo a lo largo de los tiempos, hasta que Amón desplazó y sustituyó, hasta cierto punto, las funciones de Ra como cabeza de la gran enéada de Heliópolis. Gracias a los mecanismos de fusión que nos descubre la mitología egipcia, se logró la singular figura de Amón-Ra, el cual destacó como divinidad suprema, tanto en los mundos superiores como en los inferiores.

Mut, en calidad de esposa del padre y señor de los dioses, fue identificada por los griegos con Hera, pero bastante más discreta y desdibujada que ésta. La *Madre* se reconocía por su tocado con testa de buitre, que era el ideograma de su nombre,

y por llevar, en otras ocasiones, las dos coronas del Alto y del Bajo Egipto. A pesar de que su esposo llegó a adquirir un indiscutible ascendiente, ella mantuvo una discreta función como diosa solar y, en algunas ocasiones, fue confundida con Bast y Sekhmet. Mut mereció honores como diosa del cielo, adoptando entonces, como Hathor, forma de vaca. Con el nombre de Amonet o Amahuet, Lejanía, fue la compañera-pareja de la ogdóada de Hermópolis: *Amón montó sobre su vaca pareja y sujetándose a sus cuernos la dirigió hacia el lugar que deseaba...*

Mut, la esposa de Amón, que, a pesar de su nombre de *Madre* era mujer estéril, deseó adoptar como hijo y heredero a Mentú, antiguo dios tebano de la guerra, pero el tal no quiso aceptar papeles subordinados ante los nuevos dioses del lugar donde había señoreado desde tiempo antiguo, y prefirió retirarse a Hermonthis, la antigua capital del lugar, donde pudo gozar de incontestable soberanía. A pesar del creciente poder de Amón y de la gloria que le rodeaba, nadie pudo desarraigar el culto de Mentu de un suburbio de Tebas denominado Medamud, donde los fieles fueron acudiendo procesionalmente, reconociendo siempre el prestigio del viejo señor del país.

Los griegos identificaron a Mentu con Apolo. El dios egipcio adquirió especial importancia en la dinastía XI del Imperio Medio, algunos de cuyos faraones adoptaron el nombre de Mentuhotep, es decir, *Satisfacción de Mentu*. A veces se representaba a ese dios ostentando cabeza de halcón con dos altas plumas erguidas. En algunas ocasiones llevaba el disco solar y en otras mostraba cabeza de toro. Sus plumas habían de pasar a la cabeza de Amón cuando éste se convirtió en el soberano de todos los dioses.

Mut, después del fallido intento de adoptar a Mentú, encontró un hijo en Khonsú o Khons, cuyo nombre significa *el Navegante*. Es el que atraviesa los cielos en barca y al que los griegos identificaron con Heracles, sin que se aprecie demasiado el

fundamento de tal relación. Fue dios exorcista y sanador, y tanto los posesos como los enfermos acudían a sus santuarios desde todos los rincones de Egipto.

Khonsú no sólo expulsaba a los demonios que se introducían en el cuerpo de algunos desgraciados, sino que tenía la virtud de animar o introducirse en ciertas estatuas desde las cuales operaba portentos. Estas estatuas tenían fama de provocar sueños especiales durante los cuales se recomendaban los remedios para cualquier enfermedad. El príncipe Bakhtan de Siria logró obtener y trasladar hasta su país una de estas estatuas para conseguir la curación de su hija poseída por un demonio (1).

Amón, señor de vientos y marineros

Se dijo que Amón fue inicialmente uno de los componentes de la ogdóada hermopolitana; pero esto pudo ser una piadosa exaltación de un *dios recién llegado* que va adquiriendo importancia y desea parangonarse con los antiguos númenes. El sistema de poner vino nuevo en odre viejo se ha empleado bastante a lo largo de la historia.

Al parecer, el nombre de Amón correspondía a una discreta divinidad tebana, dado que se halla grabado en escarabeos de aquella región que datan de la VII dinastía (c. 2280 a. de J.C.). Sin duda, por aquellos tiempos, ejercía funciones de dios local.

En las exaltaciones que conoció posteriormente, se le saludó como *alma del viento* y siguiendo por ese camino, se le tuvo por *principio de la vida de Shu*. Las inscripciones del *mammisi*

1. Para el estudio de los fenómenos de posesión, así como para su historia en la Antigüedad y descripción entre los precivilizados actuales, véase mi obra *Manía divina. Posesión diabólica*.

(2) de Edfú lo saludan como *origen del viento* y también como *padre de todos los vientos* (3).

No es raro que un señor de los vientos se convierta en protector de los navegantes. Su nombre figuraba en el timón de las embarcaciones egipcias e incluso se grabaron fórmulas en un lenguaje especial, el *amonio* o secreto. Algunas de éstas se recogen en uno de los *papiros D'Anastasi* (4) y son de este tenor: *Amón, timón, tú conoces las aguas*.

Ese conocedor de las aguas se convirtió también en señor del líquido elemento y posiblemente por ello, se reconociera su inmenso poder sobre las criaturas acuáticas. Era fama que bastaba pronunciar su nombre para amansar a los cocodrilos (5). En alguna ocasión se le saludará como *Crecida del Nilo*.

El proceso de expansión de este dios se produjo de modo creciente, casi vertiginoso. Diríase que Amón, por una variada serie de circunstancias a las que pronto se hará referencia, irá absorbiendo e integrando, en su núcleo primordial, verdaderas constelaciones de imágenes divinas. Ello, sin duda, constituye un proceso de atracción de las representaciones fascinantes.

En el *Papiro de Berlín* (6) se le llama *padre de los dioses y de los hombres*, atribución que coincide literalmente con la que Zeus merecía entre los griegos. Aparece, en ocasiones como *todos los dioses*. En los *Himnos de Leyden* se le exalta como trinidad sublime: *Tres dioses son los dioses todos: Amón, Ra, Ptah... el oculto siempre es Amón; la faz es Ra, el cuerpo es Ptah* (7).

2. El *mammisi* era un templete en el cual se celebraban rituales que simulaban el nacimiento del soberano-dios.

3. Chassinat, E., *Le mammisi d'Edfou. Mémoires publiés par les membres de L'Institut français d'Archeologie orientale*, XVI, El Cairo, 1939.

4. *Op. cit.*, II, 9, 2.

5. *Papiro de Leyden*, III, 18, ss., in Gardiner, *Op. cit.*

6. *Hieratische Papyrus aus der königlichen Museen zu Berlin*, Leipzig, 1905.

7. *Op. cit.*, IV, 2 s. Esta fórmula, con distintas variantes, se encuentra con frecuencia en los himnarios como un verdadero antecedente del trinitarismo.

Pluralidad, totalidad, unidad absoluta

Queda dicho que ciertos himnos, en épocas distintas, repiten con insistencia que *Amón es todos los dioses*. Pronto iba a ser aclamado como dios único. Ello constituye un significativo proceso teológico que, indudablemente, expresa no sólo determinados afanes políticos —ligados al grupo local que el dios personifica— sino al creciente poder de los sacerdotes de Amón. Ahora bien, los factores de orden político y económico constituyen algo así como las claves para vislumbrar una especie de dialéctica teológica. El culto del dios se expande por otros territorios; sus templos se multiplican... a todo ello se suma aquel mecanismo de identificación, mediante el cual basta la existencia de algún elemento común entre varias divinidades para que éstas se fundan con predominio de la que en un determinado momento ha *conseguido más poder*. Al principio, los grandes dioses de otros núcleos teológicos de cierta importancia mantienen, de algún modo, su personalidad que posteriormente se irá desdibujando cuando el numen con tendencia predominante logre la máxima plenitud.

Este es un movimiento expansivo de un núcleo absorbente por fusión o bien por articulación. Finalmente, asoma el perfil del dios único como culminación de un proceso en su fase ascendente. A partir de ahí, el curso posterior puede iniciar el descenso, mostrando una cierta pluralidad dentro de la unidad conseguida.

Cabe suponer que éste es, en su conjunto, un movimiento natural que podría significarse en las siguientes fases: punto de arranque, expansión, absorción, culminación, totalización unificadora y posterior división.

Los elementos externos de todo tipo —sociales, políticos y económicos— van consolidando estructuras de representación de orden interno.

La totalización unificadora, en el plano religioso, se expresa como monoteísmo. De todos modos, la historia nos muestra los avatares de división que se producen una vez se ha llegado a esta concepción. Herejías, cábalas y gnosís pretenden descubrir la articulación interna del dios único o bien se desparrraman externamente a través de *diversas* sectas, aunque se mantenga la representación unitaria en un plano estrictamente teológico, como máxima consecución en lo tocante a la idea de dios.

En muchas obras se ha hecho referencia a la *revolución* monoteísta de Amenhotep IV, al que corrientemente se designa con el nombre de Akhenaton. Este faraón llegó a prohibir todos los antiguos dioses de Egipto; hasta la palabra *dioses* se borró de los monumentos.

Akhenaton estableció, con impulso obsesivo y frenético —su monoteísmo fue, en realidad, monoideísmo—, el culto a Atón, el disco solar. De todos modos y dejando aparte la fuerza que el nuevo culto adoptó oficialmente a través de formas exclusivistas, se impone señalar que el monoteísmo había aparecido en escena precisamente referido al dios Amón, cuyo culto Akhenaton combatió. Los himnos habían exaltado la unicidad del dios de Tebas antes de la revolución que iniciara Akhenaton. La expresión *único* aparece como atributo referido con frecuencia a los dioses Amón y Ra. Por todo ello, quizá fuera conveniente destacar que la revolución amarniana se refiere más a la exaltación totalizadora del culto al disco solar que a la instauración de un monoteísmo a ultranza y originario. De todos modos, Atón tampoco constituía una novedad, ya que el nombre aparece inscrito en monumentos de la V.^a dinastía.

En el *Papiro de Berlín* (8) se hallan, referidas al dios Amón,

8. *Op. cit.*, XVIII, 2; XVIII, 9.

expresiones como *El único, aquel que ha creado todos los dioses*, o bien *El único, aquel que se oculta en sus criaturas*.

Nos seduce subrayar, en expresiones de este tipo, el parentesco que ofrecen con la fórmula alquímica del *Uno es todo* que aparece en el espacio interior que deja el *uroboros* o serpiente que se muerde la cola. De algún modo, expresa la fusión de los contrarios o extremos a través de un proceso de transformación de lo sustancialmente idéntico, que constituye la expresión simbólica de esquemas operativos de carácter arquetípico.

Señor de príncipes y desvalidos

No cabe duda de que Amón alcanzó su preeminencia por la fusión de dos fuerzas convergentes: la voluntad de ciertos faraones de la dinastía XVIII y el interés de un clero enriquecido y poderoso que supo sortear, incluso, el paréntesis impuesto por Akhenaton. Con todo, Amón no fue solamente un dios de príncipes y sacerdotes. Su culto ganó también a la gente llana porque era, al fin de cuentas, un *desconocido (imn)* y, por ello, nadie mejor que él para convertirse en señor de los ignorados, de los humildes. Además, era un dios particularmente sensible a los afectos. *Amón ama al que ama*. Se repetía que el dios supremo prestaba atento oído a quienes lloraban y sufrían:

*«Amón escucha los ruegos
de cuantos a él se dirigen;
acude desde lejos,
en un instante,
junto a quien le invoca» (9).*

9. *Papiro de Leyden*, I, 30; III, 16 ss.

Debe reconocerse que los sacerdotes de Amón supieron fundir el culto con la devoción popular. Un medio especialmente eficaz para ello fue convertir los templos en centros oraculares a los que podía acudir cualquier individuo para resolver sus pequeños problemas preguntando al gran dios qué debía hacer en esta o en aquella circunstancia o bien averiguar qué le deparaba el porvenir. Semejantes revelaciones no sólo se conseguían en las grandes festividades cuando se sacaba en procesión la estatua del dios y se podían observar ciertos movimientos a lo largo del recorrido a los que se atribuía especial significado, sino mediante consultas específicas que se llevaban a cabo con la ayuda de piezas de cerámica donde se hallaban respuestas para todo y que los sacerdotes especializados descifraban de acuerdo con ciertas tarifas o donativos. Estas prácticas a las que tan sensible ha sido siempre el pueblo, aseguraron a Amón raudales de cálida piedad.

Es natural que el *Señor de lo oculto* disponga de buenos oráculos que puedan advertir acerca de lo que se esconde tras el mañana. Recordemos aquí el famoso oráculo de Amón, en el oasis de Siwa, que será evocado por los griegos con reverencia desde la colonización de Cirene. Píndaro y Herodoto se refieren a la gran autoridad de que gozaba en su tiempo, no ya entre los egipcios, sino también entre los helenos. Cimón y Lisandro habían acudido a consultarlo y, como es sabido, Alejandro Magno quiso conocer la respuesta oracular acerca de su persona, condición y destino.

Amón, el poderoso señor que se oculta, recibe, paradójicamente, la devoción de las gentes de calle y plaza, de los necesitados, de los desvalidos. ¿Cómo se permite cualquier desgraciado invocar al soberano divino que ha concentrado en su persona todos los bienes, riquezas y poderes? La respuesta a semejante cuestión se halla en cierta combinación de palabras de carácter mágico, juego al que los egipcios dedicaban una atención especial. Hecateo de Abdera, autor de una historia de Egipto (*Aigyp-*

tiaka) redactada bajo el reinado de Ptolomeo I (c. 300 a. de J.C.) pudo recoger una tradición sacerdotal que veía en la palabra *amon* un vocablo para llamar a alguien. Al parecer, la expresión *amoni* significaba *ven* y, por ello, la fórmula *Amoni Amón*, es decir, *Amon ven a mí* ponía en relación los dos términos como una sola cosa. La asonancia de los vocablos equivalía a una fusión mágica de realidades. De este modo, se lograba aproximar los extremos, por muy alejados que se hallasen, a través de una fórmula invocatoria-evocatoria. En la realidad misma del nombre que designaba al más alejado y poderoso de los dioses, se ocultaba el sonido que lo aproximaba a cuantos acudían a él, identificando, de algún modo, su propia llamada con el nombre del dios.

La señora del silencio

Mertseger, la que ama el silencio, es la compañera y amiga de Osiris enterrado. Al parecer, se identificaba con la montaña funeraria de Tebas (10) que dominaba la orografía del lugar a modo de pirámide. De ahí que Mertseger personificase, como diosa tebana, las necrópolis que se hallaban consagradas a Osiris. Ello le valió el nombre de Ta Tehnet, la Cima.

Se representaba como cobra con cabeza humana o bien como serpiente tricéfala, una de cuyas testas tenía aspecto humano; la otra, figura de buitres, en tanto que la restante correspondía a la de un ofidio.

10. Deir-el-Badari, emplazamiento en la ribera occidental del Nilo, frente a Tebas. Fue la necrópolis real de los Mentuhotep de la XI dinastía que tenían su capital en la Tebas de finales del siglo XXI antes de Cristo e inicios del XX. También se halla en el lugar el templo funerario de la reina Hatshepsut de la dinastía XVIII.

Mertseger aparece, a veces, asociada con el dios Ptah, dado que ambos dioses protegían a los obreros y artífices de la necrópolis tebana. En la estela 72 del museo de Munich aparece una oración dirigida a ambos dioses:

*«Concededme larga vida;
que la salud y el bienestar me asistan,
hasta el Lugar de la Verdad.
Apartad de mí todo mal,
y que pueda llegar a centenario,
morando en esta tierra» (11).*

11. Bruyère, B., *Mert-Seger à Deir-el-Medineh. Mémoires publiés par les membres de l'Institut français d'Archeologie orientale du Caire*, T. 58, El Cairo, 1909, ss.

Mitos y símbolos acerca de la Luna

Una realidad ambigua

Se impone reconocer la importancia que, en la mitología egipcia, adquirió la teología solar o heliopolitana; sin embargo, también merece ser destacado el papel que desempeñó la mitología lunar. Bastará recordar el ciclo de la pérdida del ojo de Horus, donde la Luna aparece con frecuencia como protagonista destacada.

Como tantos pueblos de la Antigüedad, los egipcios dedicaron especial atención a los cálculos de base lunar y observaron, con particular dedicación, todo lo relativo a las fases lunares, eclipses y trayectorias del astro nocturno.

Por otra parte, no debe perderse de vista que el nombre de Luna, en egipcio, es masculino; pero, dado que el nombre de *ojo* es femenino, el ciclo de la pérdida del ojo de Horus determinó un significativo cambio en el género y sexo atribuido al planeta.

Los egipcios saludaron a la Luna como *disco de oro*, por su condición de divinidad; también la designaron como *disco de plata*, *sol nocturno*, *cuchillo*, *pierna*, *hija de la pierna*, *boca de la noche*, *cabello*, *el que se transforma*. También recibió los nombres de *dominador de las estrellas* y, sin duda, por sus cuernos, mereció ser considerada como el *toro de la enéada* y, por ello, llegó a adquirir el rango más preeminente.

También se consideró a la Luna como el infante que surge de la vejez y el agente de todas las transformaciones orgánicas, de modo que, en más de una ocasión, se aprecian semejanzas con la simbología y la terminología de la alquimia.

Por todo lo que se ha expuesto, cabe apreciar, que, en este terreno, no pueden hallarse delimitaciones demasiado precisas. Como hemos visto, en más de una ocasión, los dioses se superponen y fusionan. Incluso en alguna conseja, vestigio de viejos mitos, ese acoplamiento tiene características homosexuales. Así ocurre en el cuento denominado *Las aventuras de Horus y Seth*. Dejando aparte aspectos más o menos escabrosos, lo que la narración oculta en el episodio del *abuso*, al que más adelante nos referiremos, es cómo la sustancia de un dios puede aparecer dentro de otro. Dicho con otras palabras: la historia, más o menos obscena, parece manifestar de modo indirecto cómo los dioses se fusionan, cómo la realidad esencial de uno —su semen— puede hallarse en el interior del otro, lo cual nos muestra ciertos mecanismos de mitogénesis especialmente significativos.

La Luna y las equívocas relaciones de Horus y Seth

Por lo visto, antes de la gran enemistad y guerra entre Horus y Seth, las relaciones entre esos dioses fueron de otro signo. Incluso, en cierta ocasión, Seth invitó a su sobrino a pasar un día feliz en su casa, como buen compañero de gozo y diversión. Por la noche, Seth intentó abusar de Horus, para degradarle y, de aquel modo, *probar ante el tribunal de los dioses su superioridad, pues que lo había tratado como se hace con los prisioneros*. Al parecer, Horus se resistió, pero no pudo evitar que el semen de Seth se desparramara sobre sus manos.

Acogojado, acude el joven Horus a su madre Isis exponiénd-

dole lo ocurrido y ésta, al presumir las intenciones de Seth, corta las manos de su hijo y le confecciona unas manos puras, para que, de aquel modo, el semen de Seth no pudiera convertirse en testimonio contra Horus.

La hábil diosa quiso devolverle las tornas al enemigo. De mañana, acude al huerto de Seth y vierte semen de Horus sobre las lechugas, que eran el plato favorito del dios de las divisiones y de los partimientos, el cual aspiraba, con sus maquinaciones, adquirir el dominio de Egipto. Como era de esperar, Seth comió sus lechugas y, de este modo, ingirió los restos del semen de su sobrino.

Más adelante, cuando se reúne el tribunal de los dioses para dirimir el pleito sucesorio entre Seth y Horus, el primero intenta probar su superioridad mediante la indicación pública de haber abusado de Horus; pero éste se niega resueltamente siguiendo las avispidas indicaciones de su madre.

Para comprobar las acusaciones de Seth, Thot procede entonces a la invocación mágica del semen de Seth, el cual contestó desde el fondo del pantano al que se habían arrojado las manos de Horus. Éste, a su vez, sostiene que es su sustancia seminal la que se halla en el interior del cuerpo de Seth. Thot invocó el semen de Horus que contestó desde el interior del cuerpo de aquél preguntando por dónde había de salir. El dios juez le ordenó que saliera por la oreja, pero el semen se negó indicando que era un lugar poco noble para un *fluido divino*. Entonces Thot le ordenó que saliera por la frente de Seth y efectivamente salió por allí en forma de disco de oro lunar. Ni que decir tiene que Seth se enojó bastante e intentó agarrar el disco áureo, pero Thot lo tomó primero y lo colocó como adorno sobre su propia cabeza (1).

1. Lefebvre, G., *Romans et contes égyptiens de l'époque pharaonique*, París, 1982.

Seth es el señor de las divisiones, de los cuchillos, del arte de trocear y, como es natural, todo ello guarda relación con las *particiones* o fases de la Luna. Ésta, como hemos visto, es expresión de la naturaleza sethiana, pero deriva, en último término, del fluido solar que Seth ingirió con las lechugas.

Thot se queda con esa Luna que ha aparecido en la frente de Seth, a modo de visible testimonio de una acción solar. Ello nos advierte acerca de su particular relación con el astro de la noche. El dios de los escritos, el inventor del alfabeto, el mago de las medidas y de los cálculos, el archivero celestial y dueño de los registros divinos, nos muestra, de algún modo, las relaciones que mantenía con el antiguo calendario lunar, *como señor que había arrebatado el disco*.

Las fases de la Luna estaban relacionadas con la magia de la composición y del crecimiento, pero también con las amenazas de la muerte y de la descomposición. Buen número de rituales mágicos tenían como primordial objetivo asegurar la *recomposición de la figura lunar*. Ciertamente, en los aspectos y fases de la Luna, se *leía*, desde antiguo, la relación y posible articulación de las fuerzas que conservan y hacen crecer con las fuerzas que destruyen y hacen disminuir.

Por otra parte, la curación del ojo de Horus o la recuperación de éste constituyen temas de no pocos mitos y narraciones egipcias. A veces, para curar a la Luna hay que retirar el dedo maléfico de Seth; a veces, hay que vencer a un cerdo negro devorador que equivale a la oscuridad e, incluso, en ciertas ocasiones, se dice que el ojo nocturno es la ofrenda del sacrificio que algunos dioses devoran.

Min, señor lunar de caminos y lejanías

El dios Min, que los griegos identificaron con Pan, señor de los rebaños y, por similitud con el adverbio *todo*, regidor de todas

las cosas, aparece con el pene erecto y, además, sostiene en su mano derecha un látigo, instrumento que aparece relacionado simbólicamente con la fecundidad. Regía la reproducción de la vida y el crecimiento de todas las cosas. Recordemos, de paso, que los egipcios daban más importancia a los *crecientes* que a los *men-
guantes*.

Su principal centro de culto se hallaba en Akhmin, la Panópolis de los griegos que los egipcios denominaban Ipu; allí se le celebraba como impulsor de toda fecundidad y abundancia. También se le adoraba en Coptos, «la villa de las caravanas», punto de partida de las expediciones comerciales que se ponían bajo la protección del dios *señor de todo lo que ocurre y se produce en la lejanía*. Y se le saludaba como guardián de los caminos de las caravanas.

En muchas escenas donde se representan los festejos dedicados al dios, aparecen unos negros ascendiendo con cuerdas a un poste, que correspondía simbólicamente al falo primordial y que constituía el eje alrededor del cual se construía una especie de cabaña sagrada (*sehnet*).

En Akhmin, o Panópolis, donde se celebraban juegos y competiciones en honor del dios Min, se elevaba un famoso templo a la Luna, lo cual ha permitido establecer no pocas relaciones entre el dios y el astro nocturno. Por otra parte, Min es el *Protector de la Luna* y en algunas imágenes aparece el soberano ofreciendo al dios el ojo perdido de Horus, con el cual también se le identifica.

En el mismo lugar se celebraban periódicamente juegos y competiciones en honor de Min, donde, según la tradición, se hallaban los huertos y jardines del dios, *lugar donde lo sagrado halla su descanso*. Ello nos permite apreciar su condición de *Señor de la fecundidad de los campos*. A veces, se le consagraban las lechugas de los huertos.

Los egipcios denominaron *Salida de Min* al último día del mes lunar. Sus festejos y celebraciones respondían a cómputos lunares.

Se admitía que la actividad fecundadora de la Naturaleza era obra de Min y que todas las potencias vegetativas se hallaban en relación con el dios y con el satélite de la Tierra. Según los testimonios de Plutarco y de Aulio Gelio, los egipcios consideraban que toda relación sexual bajo creciente lunar tenía carácter positivo, en tanto que la mantenida en menguante podía tener consecuencias negativas.

Como era de esperar, un señor de la vegetación se había de hallar en misteriosa relación con el mundo de los difuntos; por ello, en muchas inscripciones, se solicita a Min la gracia de la justificación en la necrópolis. También se le aclama como Horus:

*«Salve, Min, el de las procesiones,
dios de las altas plumas,
hijo de Osiris y de la divina Isis,
venerado en el santuario de Ipu,
coptita, Horus-del-fuerte-Brazo» (2).*

Chassinat, en su estudio sobre el *mammisi* de Edfú (3) aporta la traducción de un himno dedicado a Min, como dios de la fecundidad, que se recitaba durante la ofrenda de un afrodisíaco vegetal.

*«Salve, Min, toro de gran falo,
tú te acoplas con gran potencia.
Eres el gran macho,
el dueño de toda hembra.*

2. Estela C 30 del Louvre (verso). Traducción de Assmann, J., *Ägyptische Hymnen und Gebete*, Zürich-München, 1975.

3. Cassinat, E., *Le Mammisi d'Edfou*, en *Mémoires publiés par les membres de l'Institut français d'Archeologie du Caire*, El Cairo, t. XVI, 1939.

*Toro que se une a las del dulce amor,
de hermoso rostro,
de ojos pintados,
soberano victorioso entre los dioses,
que inspira temor a la enéada.
Las diosas se alegran
cuando efundes tu rocío perfumado.
... ..
... ..
Salve, Señor del amor,
dios augusto entre los augustos;
toro que se acopla gozando de su voluptuosidad.
Las diosas se alegran
en viendo tu perfección.»*

La magia tiene resplandor lunar

Según los egipcios, la magia era una especie de energía que podía activarse en determinadas circunstancias. Ese poder, que permitía llevar a cabo portentos, recibía el nombre de *Heka* y en su jeroglífico intervenía significativamente el signo fonético que designaba el *ka* o alma (4). Heka es también el dios de la magia, el principio de todo ensalmo, encanto o sortilegio, y presenta cierta afinidad con la acción lunar. Según señala Sauneron, el nombre común que designa la acción mágica se convierte en Luna divinizada especialmente en algunos textos de Esna. Al parecer, los dioses lunares se mostraban como grandes magos y ello permite establecer una serie de relaciones entre la Luna, la magia, los dioses

4. Wallis Budge, E. A., *An Egyptian Hieroglyphic Dictionary*, Nueva York, 1978.

lunares y el dios Heka o Hekau, que no sólo es señor de los hechizos sino personificación de la Luna.

Creían los egipcios que los dioses habían otorgado *heka* a los hombres como un arma que les permitía salir al paso de la adversidad; también se dijo que gracias a *heka* se podía desviar el curso normal de los acontecimientos. Era algo así como una participación de la sustancia de los dioses creadores que se activaba mediante el adecuado uso de las palabras. Por eso el verbo mágico, la fórmula del ensalmo, adquiría un prestigio sin igual como expresión de la misma fuerza con la que Ptah creó el mundo.

Por otra parte, el hecho de que la Luna se *reconstruya* mágicamente y que, de igual modo, vaya desapareciendo de su encumbrada posición establece una sutil red de asociaciones entre el astro de la noche y los procedimientos hechicerescos. Además, las referencias al *buen ojo* y al *mal ojo*, siempre manteniendo relación con la aparición o desaparición de la Luna, vienen a confirmar y reforzar esas creencias.

Dioses asimilados a la Luna

Ioh es propiamente el nombre de la Luna, pero también aparece como dios. Presenta entonces figura humana y va tocado con un disco en fase creciente; su indumento es el de un alto funcionario. Las fórmulas Thot-Ioh o bien Khonsu-Ioh son frecuentes y constituyen indicios de las consabidas identificaciones.

Por otra parte, todas las diosas que los mitos relacionan con la dama ausente —Hathor, Sekhmet, Tefnut, Nekhbet— parecen mostrar correspondencia con los movimientos de la Luna. Ya hemos mencionado la identificación de Isis con el astro de la noche. Plutarco, aunque presenta a la Luna como *Madre cósmica* en el momento de ser fecundada por Osiris, no vacila, en determinados pasajes, en presentarla como un ser hermafrodita.

Dioses de la vida y de la fortuna

El Nilo, vida de Egipto

Se ha repetido que Egipto es un don del Nilo, río al que más de una vez se ha saludado como manifestación del Abismo primordial del que todo surge. Pero en este caso, el caos aparece encauzado, es decir, ordenado en cosmos, dirigido oportunamente como dador de vida y delimitador de regiones. A pesar de que el Nilo queda relacionado, en algunos textos, con Nun, frecuentemente se le veneró como dios Hapi, aunque no apareciera en las sistematizaciones elaboradas por los sacerdotes de los grandes centros de culto. Hapi, de algún modo, quedaba fuera de cualquier sistematización u ordenamiento y, sin embargo, constituía la expresión de todo orden.

Los egipcios imploraban que Hapi les concediese la *medida adecuada*, expresión con la que se referían a la crecida de dieciséis codos, lo cual significaba el nivel de prosperidad para los campos de cultivo. Sin duda, de ahí surgieron, para los egipcios, las nociones fundamentales de orden, de desarrollo, de fecundidad, de ciclo temporal regular, de vida renovada e incluso de referencia territorial al eje que constituía la vida misma del país.

Se creía que las aguas de Hapi nacían hacia la primera catarata, en la isla de Bigeh, del fondo de una caverna que, como si fuese misterioso recipiente, vertía sus aguas en dos direcciones o planos: el de los hombres y el de los dioses (1).

El Nilo, ante todo, se dividía en dos grandes secciones: el Nilo del Sur y el Nilo del Norte, doble personificación que se representaba con sus respectivas esposas que correspondían a las tierras ribereñas. De todos modos, Hapi, como energía vivificadora de todo Egipto, se dividirá en tantas porciones cuantas regiones recorran sus aguas. De ahí la imagen concreta de una oposición fundamental en toda metafísica: la de lo uno y lo múltiple.

Los Nilos, como divinidades menores, aparecían a modo de portadores de ofrendas que correspondían a los productos de cada una de las *divisiones* territoriales.

Generalmente, Hapi mostraba aspecto de batelero o de pescador. Su vientre abultado parecía sugerir las buenas comidas que se esperaban de sus aguas y sus senos prominentes y caídos sugerían la fecundidad. Cubría su cabeza con una corona de lotos si representaba el Alto Egipto, en tanto que la corona era de papiros si aparecía como el Bajo Egipto.

El *Himno al Nilo* fue un texto popularísimo en Egipto que sirvió de modelo en las escuelas de escribas:

«*Salve, Nilo,
que surges de la tierra
para vivificar Egipto
tú, de misteriosa naturaleza,
tinieblas en pleno día.*»

1. A veces, se atribuían al Nilo dos fuentes; una al sur de Bigeh (Elefantina) y otra cerca de Heliópolis (Babilonia del Delta).

*Al discurrir,
vas entonando leves canciones
que dan vida
a las praderas de Ra
para que los rebaños se reproduzcan.
Das de beber a los desiertos
cuando descienes desde la lejanía,
como el rocío de los cielos;
tú, bienamado de Geb,
el que aporta el grano
y hace prosperar el taller de Ptah» (2).*

El dios cocodrilo Sobek

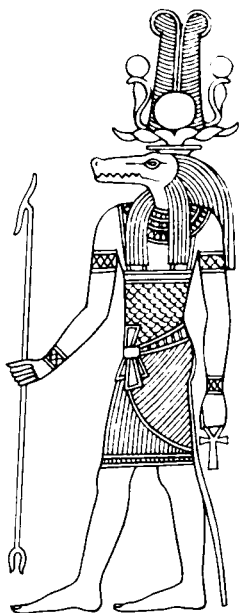
Los templos de Sobek jalonaban el curso del Nilo. Después de hablar del río, no estará de más hacer referencia a ese dios que llegó a identificarse con Ra para lograr la misteriosa unión de lo seco y de lo húmedo, de la luz de las alturas celestiales y las oscuridades del fondo de las corrientes.

Sukhos fue la transcripción griega de Sebek, Sobek o Sobk, divinidad con figura de cocodrilo que, a veces, se presenta como un hombre con la cabeza de este animal. Constituyó un patrono venerado por los soberanos de la dinastía XIII, muchos de los cuales recibieron el nombre de Sobekhotep, es decir, *Satisfacción de Sobek*.

Es la divinidad de El Fayum, oasis del Egipto Medio que conectaba con el Nilo mediante un canal que los coptos llamaban *Cauce de José*. Los egipcios designaban la zona del oasis con el

2. Moret, A., *Le Nil et la civilisation égyptienne*, París, 1937. Varios, *Hymnes et prières de l'Égypte ancienne*, París, 1980.

ambicioso nombre de *Pa-yom*, el mar, porque en el centro del mismo aparecía el gran lago Qarum (Moeris) que fue perdiendo aguas con el paso del tiempo. En épocas remotas, era un lugar ideal para la caza y la pesca. De El Fayum (*Payom*) procedía buena parte del pescado del antiguo Egipto. Como es de supo-



Sobek, el dios con cabeza de cocodrilo, señor de Crocodinópolis, que llegó a identificarse con Ra. Porta el cayado *Uas*, símbolo del poder infinito, expresado en la estabilidad y la abundancia; también muestra en la mano izquierda el signo de la vida *ank*.

ner, allí podía encontrarse buen número de cocodrilos y por eso los griegos denominaron Crocodilópolis a la capital de El Fayum, donde el saurio era adorado como un numen protector. La región fue incrementando el número de habitantes, pues, en época tardía, las colonias llegadas de los más remotos lugares iban a instalarse en aquella zona de Egipto. Ptolomeo Filaretas envió allí a sus mercenarios griegos que se convirtieron en agri-

cultores y pescadores. Crocodilópolis cambió su nombre por Arsinoé, en honor de la princesa egipcia hija de Ptolomeo I y de Berenice I, que, 'después de varios matrimonios casó con su hermano Ptolomeo Filadelfo, el cual dio al lugar el nombre de la soberana.

Aquel «inmenso» mar interior, surgido en medio del desierto, fascinó la imaginación de los antiguos egipcios. Los teólogos veían en aquel fenómeno la redención de los ardores de la arena, algo así como la salvación de lo que parece condenado. Se dijo que constituía la manifestación de los favores de la Vaca de los cielos. Las aguas eran cielo líquido cuyo hijo no podía ser otro que el Sol; pero, en este caso, un sol con rostro de cocodrilo. La analogía quedaba clara: del mismo modo que el Sol recorre los cielos, el cocodrilo se mueve por ese cielo acuático que se hallaba en medio del desierto. Algunos llegaban a decir que allí se había retirado el Sol Anciano, cansado de las revueltas y alzamientos de los dioses y de los hombres. Buscó la paz de un descanso merecido en aquel oasis privilegiado.

También podía hallarse quien aseguraba que las aguas del lago Qarum constituían el vestigio del Abismo primordial del que habían salido todas las cosas. En este sentido, Sobek era, para sus fieles, el demiurgo primordial salido de las aguas tenebrosas del caos con el fin de ordenar el mundo *como el cocodrilo hace, saciando de las aguas para poner sus huevos sobre la tierra de la ribera.*

El dios cocodrilo también fue venerado en Ombos, donde se le elevó un templo que compartía con el dios Seth. De ahí le vino a Sobek el papel de ayudante de Seth, en el *affaire* de la muerte de Osiris. Incluso las dos divinidades llegaron a confundirse. Decíase que el compañero de Seth, temeroso de la venganza de Horus, se convirtió en cocodrilo y seguramente, por ello, los devotos del dios solar perseguían con saña los cocodrilos, como si fuesen la imagen misma del adversario de su dios. El San

Jorge con rostro de halcón del Museo del Louvre está alanceando a un cocodrilo, no a un dragón.

Como podía esperarse, los devotos de Sobek veían en esta

Horus, caballero que vence al dragón cocodrilo, como san Jorge. Museo del Louvre. Secc. *Antiquités chrétiennes*.



divinidad a un ser benevolente que les aseguraba la prosperidad.

Petesukhos es el nombre griego de una expresión egipcia que significaba *Aquel que pertenece a Sukhos*, refiriéndose al animal en el que un dios había buscado protección. En Crocodilópolis se elevaba un templo dedicado a Petesukhos al que se suponía encarnado en un viejo cocodrilo, por ello el animal era adornado con brazaletes y collares de oro.

Los cocodrilos de aquel lugar, en la época romana, constituyeron una de las grandes curiosidades para los *turistas*.

Estrabón nos relata en estos términos su visita al lugar hacia la época de Augusto: *Alimentan al cocodrilo sagrado con pan, carne y vino que los extranjeros le llevan como ofrendas cuando van a verle. Nuestro huésped y amigo, que era uno de los notables de la ciudad y que nos conducía por doquier, se acercó con nosotros al lago llevando un pastel, un buen trozo de carne asada y una jarrita de miel; todo lo cual había sobrado de nuestra anterior comida. Encontramos al cocodrilo al borde del lago; los sacerdotes se dirigieron hacia él y mientras uno le sujetaba la boca para que la mantuviera abierta, el otro le metió en ella el pastel y la carne y la escanció el vino y la miel. Después de ello, el animal saltó al agua y nadó hasta la orilla opuesta. Llegó entonces un extranjero que también llevaba sus regalos y los sacerdotes corrieron a donde éste se hallaba por la ribera del lago portando los alimentos y se los dieron al cocodrilo de la misma manera.*

Quizá sea curioso señalar que los ribereños septentrionales del lago Victoria-Nyanza aún hoy día veneran a algún viejo cocodrilo al que denominan Lutembi y que acude a la llamada de los pescadores para recibir ofrendas. La costumbre parece ser muy antigua y si inicialmente pudo tener un carácter netamente religioso, se ha transformado en una actividad económica puesto que los devotos del cocodrilo cobran bastante por los pescados

que ofrecen al saurio a los visitantes que quieren ver la escena.

La teología de El Fayum veía en el cocodrilo a un ser que reunía indistintamente caracteres terrestres, acuáticos y solares, lo cual lo convertía en un importante núcleo de asociaciones y sugerencias mitológicas. Quedó identificado con Ra, con Horus, con Ptah, con Khnum, con Amón, con Khonsú y con el mismo Nilo, como puede apreciarse en los papiros II y III de Estrasburgo (3). En el papiro VI del Ramesseum, publicado por A. H. Gardiner, se saluda a Sobek como al dios protogénito:

*«Salve, tú, que te elevas en el Nun,
señor de las tierras bajas,
regente de los campos irrigados,
y de las lagunas próximas al desierto,
que ayudas los cursos de agua,
dios poderoso,
que coges tu presa con rapidez,
que te deslizas señorial por la corriente,
después de cumplidos muchos años,
imagen de Ra,
gran luminaria que surge de las aguas.
En paz bien llegado,
señor de la paz,
aleja tu furia,
esconde tu ira,
... ..
... ..
Tú acudes al que llama,
como Horus el Joven...» (4)*

3. Dolzani, Cl., *Il dio Sobek. Atti dell'Accademia dei Lincei*, Serie VIII; vol. X, Roma, 1961.

4. Gardiner, A. H., in *Revue d'Egyptologie*, t. XI, París, 1957.

En el templo ptolomaico de Kom-Ombo, sobre el muro de un corredor, se le aclama como *ka* del Gran dios, es decir, del numen primordial y, por si fuera poco, se indica que *ha creado a Nun en su tiempo, gran dios del que han surgido los dos discos...* El Nilo es su sudor viviente que fecunda los campos; actúa con falo poderoso para inundar el Doble País que ha creado.

Se decía que sus ojos asoman como soles de las aguas, que su boca era la imagen del abismo y de la muerte, y que su cola representaba las tinieblas de la indeterminación.

Diosas del nacimiento y del destino

El nombre de Thueris, la diosa hipopótamo, es la transcripción griega del nombre egipcio *Ta Urt, la Grande*, que personificaba la maternidad y que también era conocida como Ipet, Apet u Opet. Portaba el *signo de la protección* formado por un haz de papiro con el que se representaba la energía magnética de carácter positivo (*sa*). El centro de su culto se halló en Tebas y durante el Imperio Nuevo (1552-1070 a. de J.C.), gozó de gran popularidad muy especialmente entre la gente llana. A veces, esta diosa también muestra carácter terrible en su condición de Vengadora. Entonces puede reconocerse por su cabeza leonina o por el cuchillo que empuña.

Hequet o Hiquit, por su parte, aparece como la diosa rana que simbolizó el grano en el proceso de oculta germinación, lo cual se identificaba con la vida en sus fases embrionarias y también en su desarrollo por las regiones del más allá. Tuvo en Abidos su centro de culto y sus sacerdotes ensalzaban su gran antigüedad y preeminencia. Era uno de los seres del Abismo primordial y se manifestó en los primeros tiempos junto a Shu. Significaba la fecundidad en su fase más primitiva y, por ende, más prometedora. Se la tenía por comadrona que, cada mañana, asis-

tía al parto solar, *el gran alumbramiento del día*. Como era de esperar, ello le granjeó el favor y devoción de las parturientas que se dirigían a la diosa Hequet solicitando asistencia en su trance. Era muy frecuente que su imagen en bronce o en porcelana vidriada de color verde se portase como preciado talismán. Queda dicho que los egipcios consideraban la fecundidad y la perennidad como dos manifestaciones de una óptima situación primordial y dado que Hequet era una diosa *muy antigua* y, además, esposa de Khnemu o Khnum, el dios alfarero de Elefantina, se asoció con las aguas primordiales, que eran algo así como el líquido amniótico de todo lo creador. En una lámpara de la época helenística hallada en tierras de Egipto, se lee la siguiente inscripción en caracteres griegos: *Yo soy la resurrección* (5).

Meskhenet o Maskonit se representaba ordinariamente portando tallos tiernos de palmera curvados en sus extremidades. Más singular figuración resulta cuando aparece a modo de ladrillo rematado en testa femenina. En este caso se significaban las piezas de arcilla cocida sobre las que se colocaban las egipcias para efectuar el parto, así como aquéllas sobre las que se colocaba al recién nacido. Se la invocaba en los momentos de dar a luz para que ayudase y, además, como garantía de la buena suerte que habría de tener el neonato.

Creían las buenas gentes del Nilo que, en el momento de nacer algún personaje principal o bien de alto destino, asistían siete o nueve hadas, las Hathoras, que otorgaban en cada caso poderes y cualidades específicas.

Shai o Shait era propiamente la diosa del destino que, a modo de *doble* o pareja espiritual del nuevo ser, le acompañaba desde

5. García Font, J., *Thot, Libro de los talismanes egipcios*, Barcelona, 1982.

el momento del nacimiento, crecía a su lado y le seguía después de la muerte para testificar acerca de su conducta.

Renenut o Raninit presidía el amamantamiento y se aseguraba que daba su pecho espiritual al alma del recién nacido garantizándole de este modo una fortuna especial. En el momento de la psicostasia o pesada del corazón-alma en las regiones del más allá, aparecía conjuntamente con Shai como testigos de la defensa. Podía ostentar cabeza leonina o de serpiente tocada con altas plumas. También se la consideró diosa del alimento en general y entonces recibía el apelativo de *Augusta del doble granero*.

Renpet es la diosa de la duración, de los ciclos de vida y del curso del año. El ideograma de su nombre es una rama tierna de palmera curvada. Se la saludaba como *Dama de la renovación de los tiempos* y quedaba asociada con la juventud, entendida ésta como retorno a la plenitud de los orígenes, comienzo de toda renovación e inicio de los ciclos de la existencia. Quizá por ello recibiera el sobrenombre de *Señora de la eternidad*.

Bes, el enano de la buena suerte

Bes fue un dios hogareño. Sabía asociar la fortuna con las cosas pequeñas. También, según se creía, se hallaba en los nacimientos para asegurar la bienaventuranza del neonato y de la parturienta. La acción positiva del enano cabezudo se extendía a esas mil menudencias que, en su conjunto, aseguran una existencia gozosa. Las mujeres egipcias mostraron especial preferencia por el feo y deforme personaje que aparecerá, como figura ornamental, en numerosos elementos de tocador.

Merece destacarse que ese pequeño ser saca la lengua, signo apotropaico universal para que todo mal se aleje. Es un personaje compacto, de rostro ancho y mejillas abultadas. Ostenta

una barba bien cuidada, incluso con rizos. A veces, se le representa patizambo y siempre, paticorto. Muestra sobre su cabeza dos plumas de avestruz y viste, con frecuencia, una piel de leopardo cuya cola le cuelga entre las piernas.

En general, Bes aparece como un ser alegre, amigo de los festejos y de las diversiones; sin embargo, puede inspirar verdadero terror a los seres maléficos. Quien defiende de todo mal

Bes, el dios enano barbudo, generalmente tocado con plumas. Protector de todo maleficio, patrón de la música y de la alegría, guardián de los nacimientos y de los neonatos. Aparece como numen doméstico.



no puede ser débil. Precisamente su poder se muestra en su alegría, en su despreocupación. Ello manifiesta su seguridad interior. Nada le acongoja, ni siquiera su aspecto.

A pesar de la forma de sus piernas, es un bailarín y pese a su talla menguada, se muestra como temido guerrero. Se le tiene por bufón de los dioses y espantajo de fantasmas. Limpia el aire de los malos espíritus y la noche de malos sueños, por ello su figura aparece en los muebles, especialmente en los soportes o pies de las camas, pues, según se decía *enviaba buenos sueños*. Por si fuera poco, también tenía fama de alejar a los animales dañinos. No es raro que su imagen se hallase en todos los hogares como santo protector.

Su historia constituye el testimonio de su poder. Perduró hasta los tiempos del cristianismo, cuando los padres del desierto se las habían con demonios tentadores. Abba Moisés el Etíope expulsó a un malísimo demonio llamado Bes que atemorizaba a las gentes que, precisamente, eran los descendientes de aquellos que invocaban antaño al dios egipcio para que les protegiera de todo mal. ¡Triste destino ese de los dioses que se convierten en demonios! ¡Cómo se pasa de uno a otro extremo!

Incluso hoy día aún hay supersticiosos que temen hallar a un enano cabezudo de terrible aspecto que se muestra al atardecer en la puerta sur de las ruinas de Karnak.

Los dioses de los muertos y la psicostasia

Upuaut y Anubis

Upuaut significa *Aquel que abre los caminos* y aparece como dios-lobo, desde las épocas más remotas, en lo alto de las enseñas guerreras. Los soldados egipcios lo invocaban para que les protegiera en sus incursiones por tierras extrañas. Dado que las más extrañas de todas las regiones son, sin duda, las del más allá, no es nada raro que ese guía divino fuese llevado también en los festejos de Osiris, abriendo comitivas, pues se consideraba que guiaba por las regiones de ultratumba.

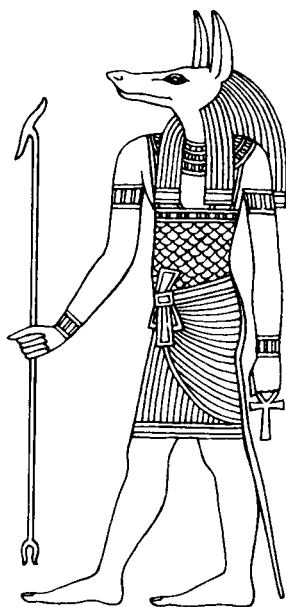
En Abidos se le veneró como dios de los difuntos, antes de que Osiris usurpara no sólo sus funciones, sino incluso su título de *Khet-Amenti*, Señor de Occidente.

A veces, se representaba pilotando la barca solar durante sus singladuras nocturnas por los mundos inferiores. Con el tiempo, Upuaut u Ophoïs, patrono de Licópolis (Siut), no sólo se convirtió en uno de los compañeros de Osiris, sino que se le identificó como si se tratase de la misma entidad.

Upuaut, junto con Anubis, con el que no debe confundirse a pesar del parecido, fue uno de los generales que acompañó a Osiris en su campaña inicial de conquista civilizadora.

Por su parte, Anubis es la transcripción griega del nombre egipcio Inpu o Anpu. Sus funciones corresponden a las de un Hermes psicopompo o conductor de almas, pues guiaba las de los difuntos en las regiones de la muerte y las conducía hasta el tribunal de Osiris. Los griegos también le conocían con el nombre de Hermanubis.

Anubis, el dios con cabeza de chacal, señor de Cinópolis, patrón de los embalsamamientos y guardián de las tumbas.



El perro es el animal sagrado de Anubis, por ello los griegos denominaron Cynópolis a la capital de su culto, la antigua Kasa. Frecuentemente se le representaba con cabeza de perro o de chacal; a veces, como hombre de piel oscura portando un pellejo de perro sobre los hombros.

Desde las primeras dinastías, Anubis presidió los pabellones

de los embalsamientos, así como las ceremonias funerarias. En los *Textos de las pirámides* es saludado como *cuarto hijo de Ra*; pero posteriormente ingresará en la familia osiríaca como hijo adulterino de Neftis y de Osiris. Al nacer, su madre, la esposa de Seth, lo abandonó; sin embargo, Isis, la madre de todos, sin rencor por la infidelidad de su marido, acogió al pequeño para educarlo en el amor y en la atención devota. Anubis, ya mayor, ayudó a Isis y a su madre Neftis en la búsqueda y recomposición de Osiris. De ahí derivan los rituales funerarios y las técnicas de enfajadura mortuoria, lo que le valió el título de *Señor de los vendajes*.

La psicostasia o pesada del alma

Por el poder de los numerosos talismanes que se habían colocado en el interior de las vendas de la momia y auxiliado por las fórmulas de paso del *Libro de los muertos*, que el difunto *tenía a mano o ante los ojos*, su alma podía atravesar las terribles regiones intermedias del más allá que separan el mundo de los vivos del reino de Osiris. Al llegar a éste, el alma es conducida a presencia del soberano de los difuntos que está esperando a su *hijo llegado de la tierra* para que sea juzgado.

Osiris preside el tribunal donde se va a proceder a la pesada del alma (1). En el centro de la estancia hay una enorme balanza sobre la cual aparece la imagen de la diosa Ma'at, señora de la verdad y de la justicia. En uno de los platillos, se colocará el corazón-conciencia del difunto y en el otro, como pesa, la

1. En épocas precedentes, el juez había sido Ra y el difunto se identificaba con este dios.

imagen-jeroglífico de la pluma, emblema de la verdad. Thot medirá puntualmente y dará testimonio cabal de la pesada.

No lejos de la balanza aguarda la demonesa Amamet, Amait o Ammut, la Devoradora, un ser híbrido formado por partes de león, de hipopótamo y de cocodrilo. Devorará a los perversos que no hayan quedado bien justificados. A veces, estas funciones de castigo corren a cargo del simio Babú.

Alrededor de la sala, a la derecha y a la izquierda de Osiris, envueltos en sus mortajas y empuñando espadas, se hallan cuarenta y dos dioses, unos con testa humana, otros con cabeza de animal. Son los encargados de analizar las distintas *partes* de la conciencia del difunto en función de los atributos o cualidades que cada uno de ellos preside. Parecen representar las provincias egipcias y corresponden a una curiosa topografía anímica.

El difunto debe avanzar con resolución y formular su primera declaración de inocencia a base de negar las posibles faltas que pueden cometer los humanos y que, por la forma de enunciarlas, ha recibido el nombre de *confesión negativa*.

Homenaje os sea tributado, señores de la Verdad y de la Justicia. Oh, tú, Grande, he llegado a tu presencia, Señor, para contemplar tus perfecciones. Te conozco y conozco también el nombre de las cuarenta y dos divinidades que se hallan junto a ti en la sala de la Verdad y de la Justicia... Aporto la verdad; en vuestro nombre he combatido la mentira...

No he cometido iniquidad contra los hombres.

No he maltratado a los animales.

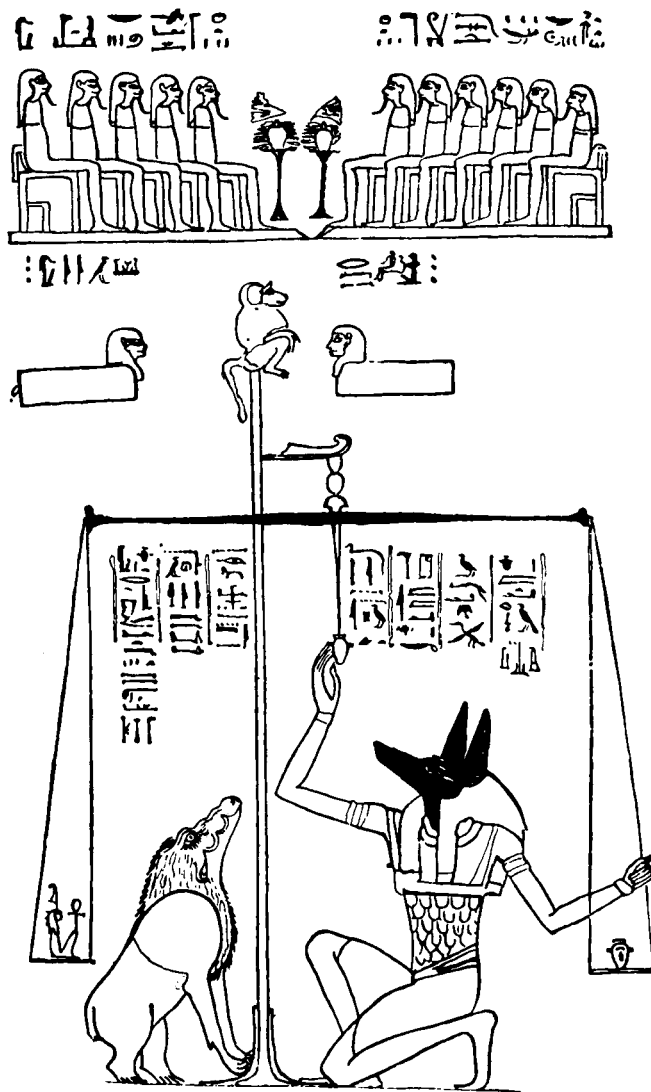
No he faltado contra Ma'at

No he intentado averiguar el porvenir

No he tolerado el mal en mi presencia

... ..

... ..



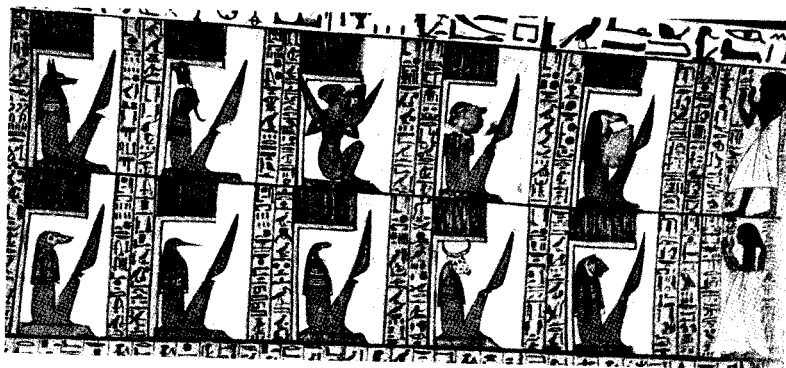
Anubis pesando el corazón del difunto mientras la demonesa Amamet, la Devoradora, espera el resultado de la operación. El fiel de la balanza es la pluma de Ma'at y remata el instrumento la figura de Thot, el babuino, escrupuloso notario de los dioses.

*No he empobrecido al pobre
No he transgredido las prohibiciones divinas.*

... ..

... ..

De todos modos, se diría que nos hallamos ante fórmulas mágicas que *convierten* en realidad lo que declara el difunto, con el fin de que salga bien parado del trance en el que se encuentra. Parece tratarse de un conjuro:



Los dioses portadores de cuchillos mágicos para partir y vencer todo mal influjo. De la tumba de Sennedjem, en Tebas (Dinastía XIX).

Soy puro. Soy puro. Soy puro. Mi pureza es la del gran Fénix de Heracleópolis, pues soy la nariz del Señor del aliento que otorga vida a los egipcios. He sido iniciado en Heliópolis... No ha de alcanzarme mal alguno en esta región ni en la sala de Ma'at, porque conozco el nombre de los dioses que se hallan junto a ti.

No cabe duda que el conocimiento del nombre del dios ya tiene un efecto especial sobre su entidad. Por otra parte, la fórmula tiene la virtud de convertir en realidad aquello que se enuncia. Estamos, pues, ante fórmulas de carácter mágico.

La segunda declaración de inocencia se dirigía a los cuarenta y dos dioses de la sala y empezaba cada frase con el nombre de la divinidad ante al cual quería justificarse el difunto. Siguen unos saludos, un elogio de la propia personalidad y varias conjuraciones.

Los dioses interrogan al difunto y finalmente el dios Thot establecerá el registro del resultado: *Que el difunto salga victorioso para encaminarse a los lugares que le plazcan junto a los espíritus o bien junto a los dioses*. El mortal había quedado justificado.

Sin duda, los egipcios que podían permitírselo, previo el pago de la tarifa correspondiente, procuraban adelantar en vida el juicio del más allá. Dicho con otras palabras: deseaban tener la justificación en este mundo con la asistencia y apoyo de sacerdotes especializados y no tener que soportar el juicio en lugares más temibles.

Ma'at, diosa de la verdad y de la justicia

Ma'at, Mait o Ma es la diosa del orden cósmico, de la adecuada medida y, sobre todo, del orden moral en su doble aspecto de verdad y justicia. Se la representa con una pluma de avestruz sobre la cabeza y pasa por ser hija o madre de Ra. Es la compañera inseparable de Thot, *señor de la verdad*, por cuanto en sus registros ésta ha de resplandecer inevitablemente.

Como se ha visto, la diosa asiste a la pesada del alma y prueba de su importancia es que el lugar donde la operación se llevaba a cabo recibió el nombre de *Sala de las dos Ma'at (Ma'aty)*.

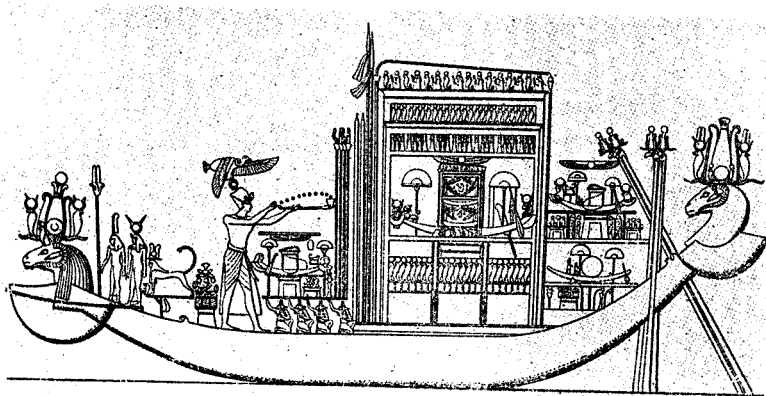
Jeroglífico talismánico que representa a la diosa Ma'at, símbolo de la verdad, y de la justicia. Ostenta sobre la cabeza la pluma de avestruz que la representaba. Era la *Compañera* de Thot.



Algunos egiptólogos han querido ver en la duplicidad de la diosa solamente los atributos referidos al doble aspecto de su acción en los campos del conocer y del obrar.

H. Frankfort, por su parte, destaca dicha cualidad como expresión de la mentalidad egipcia que concibe la totalidad como una dualidad, es decir, en consonancia con el territorio egipcio

La barca solar, con la de Osiris en su interior, representaba el ciclo ininterrumpido de la generación y del renacimiento, promesa de inmortalidad. En proa aparecen Ma'at y Isis-Hathor.



formado por dos reinos. Para Krinstensen, el doble aspecto de Ma'at supone una referencia a los planos de la vida y de la muerte, dado que la diosa establece la ligazón de los dos mundos mediante esa justicia que vincula la esfera de los vivos con la de los difuntos.

En el capítulo 125 del *Libro de los muertos* se habla del *Señor de la sala de las dos Ma'at*, esas hijas suyas que corresponden a sus ojos. Podría considerarse que hay una visión justiciera que constituye el testigo interior de las acciones de los mortales.

También debe tenerse en cuenta que, a veces, las barcas solares recibían el nombre de la diosa, lo cual la relaciona con las funciones de Ra, que mantiene la vigilancia y el orden, tanto en el día como en la noche; tanto en las regiones superiores como en las inferiores.

Visión de conjunto del desarrollo de la mitología egipcia

Época tinita (3200-2780 a. de J.C.)

Puede presentarse este período como la aurora de la civilización egipcia. El arte de trabajar el oro se hallaba bien desarrollado; la escritura ideográfica se había convertido en jeroglífica; el dibujo había alcanzado notable nivel; el trabajo de la piedra dura muestra ya excelentes piezas. Los cementerios antiguos de Abidos y Saqqara, que corresponden a esta época, muestran un conjunto de tumbas diferenciadas según rangos.

Los soberanos de las dos primeras dinastías fueron originarios de This o Tinis y, entre ellos, destaca Menes como el campeón unificador de aquel remoto período en el que se inician las listas de los soberanos egipcios. Herodoto atribuye a este faraón (1) el secado de buena parte de la llanura de Memfis y las construcciones del Muro Blanco, núcleos de la nueva capital. Los egipcios, por su parte, veían en Menes al primer gobernante des-

1. Aunque emplearemos el nombre de faraón para designar a los soberanos egipcios en general, este nombre (*la casa*) se empleó hacia la dinastía XVIII.

pués que los dioses hubieron abandonado el dominio de la tierra.

Junto a los nombres de algunos reyes aparece el nombre de Horus (Horus-Narmer, Horus Aha...). Ya en la II dinastía, se perfila la imagen de Seth como oponente de Horus y posiblemente como personificación del Alto Egipto.

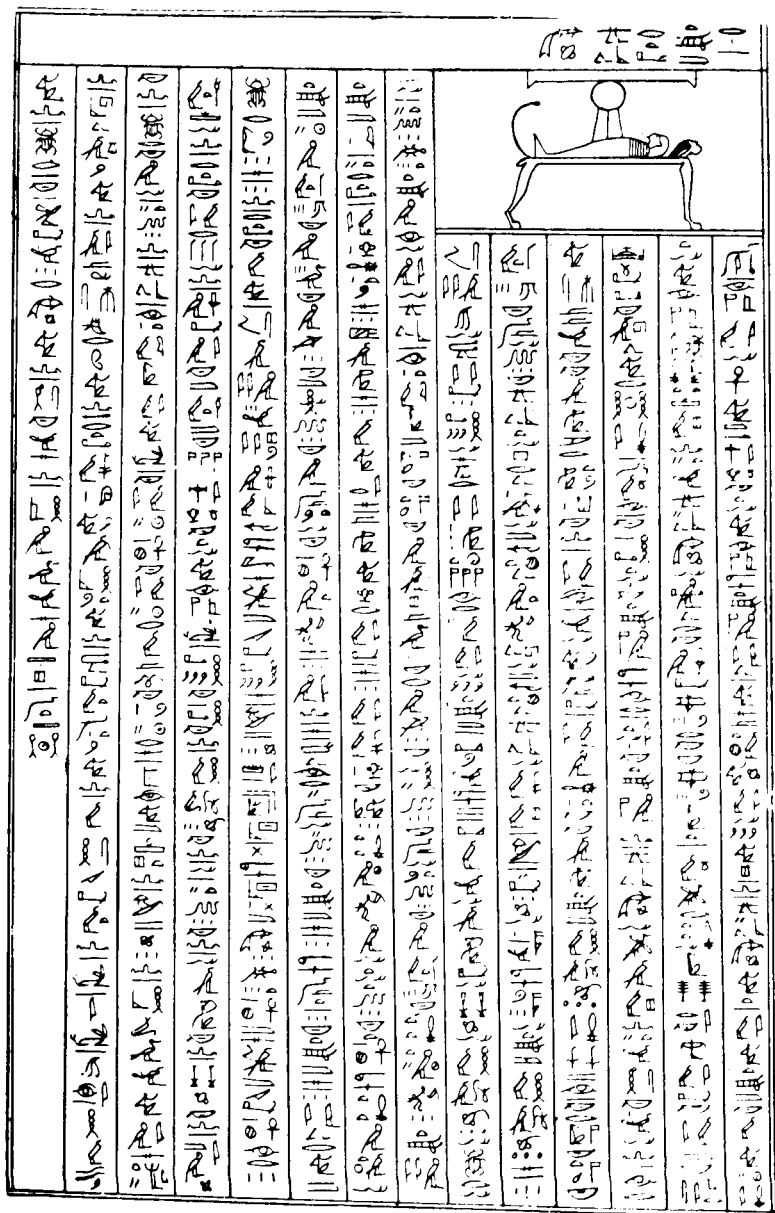
Imperio Antiguo (2780-2280 a. de J.C.)

Se conoce esta época como período memfita y comprende desde la III a la VI dinastías. Durante la misma se elaboran las grandes síntesis teológicas que culminan en los núcleos de Heliópolis (III y IV dinastías) y Memphis (V y VI dinastías).

A partir de la IV dinastía (2600 a 2500 a. de J.C.) se establece la doctrina de la doble función humana y divina del soberano como enlace entre los hombres y los dioses. Él asegura la inmortalidad de sus servidores o de su pueblo como entidad colectiva. Constituye la fuente de la que mana toda fuerza y prosperidad. Es el período de las grandes pirámides de Keops, Kefren y Mikerinos y de las redacciones primitivas de los llamados *Textos de las pirámides*.

En la V dinastía, los faraones se presentan como hijos de Ra y durante este período, llega a su máximo apogeo el poder de los sacerdotes de Heliópolis. Se aprecia una doble identificación del faraón difunto con Osiris y con Ra, lo cual parece delatar una doble concepción religiosa en confluencia.

Se empieza a elaborar la psicología del *akh* (gloria, efectividad) que, en este período, solamente significa *pervivencia efectiva* sin transformación en una entidad superior y divina. Sólo el faraón poseía un *ba* singularizado al que correspondía la inmortalidad plena y la posibilidad de transformación divina.



Copia del papiro de Auf-Ankh, del Museo de Turín. En la viñeta superior de la derecha aparece la momia osiriaca recibiendo la acción solar; sobre el disco, fuente de energía, se representa esquemáticamente el cielo.

Primer Interregno (2280-2060 a. de J.C.)

Se produce una significativa revolución en el campo de las creencias que parece denotar un profundo cambio social: el pueblo cree en la posibilidad de conseguir una inmortalidad de tipo personal. Cualquier difunto puede identificarse con Osiris y a través del dios, conseguir la gloria. Podría llegar a suponerse que los conocimientos mágicos y los rituales de identificación que garantizaban la divinidad del faraón pasaron a disposición de las gentes debido a la acción de los sacerdotes que, de esta forma, reforzaron extraordinariamente su poder. De todos modos, paralelamente a estas creencias, se desarrolla una corriente de escepticismo hedonista que se manifiesta en algunas obras literarias.

El *ba* adquiere un carácter individual y constituye término de enlace entre el cadáver y el *akh*. Se plantean delicados problemas para establecer las oportunas distinciones y funciones entre el *ka*, alma, o principio de vida; el *ba* o *doble* personalizado y el *akh* que se convertirá en *efectividad perviviente*.

Las doctrinas de Hermópolis sobre el origen del cosmos se extienden a todo el Egipto y la doctrina del juicio de los muertos va ganando importancia y complejidad. Aparece la noción de dios *buen pastor* como correspondencia a la función del faraón como pastor que tutela a los hombres. Se perfila la imagen de Amón.

Imperio Medio (2060-1786 a. de J.C.)

Este período se extiende desde finales de la dinastía XI al comienzo de la dinastía XIII. En algunos sectores se mantiene una actitud escéptica hacia la vida de ultratumba que no es compartida por la gran masa de creyentes. Éstos ven la identificación de Osiris con Ra, como plena garantía de un destino pro-

metedor en el más allá: El dios de la muerte (Osiris) es un aspecto del dios de toda fuerza y vida (Ra).

La figura de Amón alcanza preeminencia como lo testifica el nombre de un faraón llamado Amenhemhet (Amón está en cabeza).

Se producen los primeros contactos con las culturas religiosas de otros países y se descubre el valor simbólico de las divinidades extranjeras a través de sus funciones. Las diosas madres de Oriente se conciben a través de la imagen de Hathor. En este período aparecen los *Textos de los sarcófagos*.

Segundo Interregno (1786-1552 a. de J.C.)

Este período comprende el final de la dinastía XIII y la dinastía XIV con faraones de nombres tan significativos como el de Sobekhotep. Al final del período coexisten distintas dinastías, pues los hicsos se han extendido por el norte (dinastías XV y XVI) en tanto que en el sur se mantiene la dinastía XVII, tebana (c. 1730-1562 a. de J.C.).

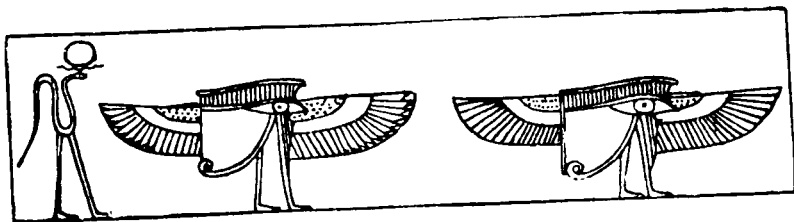
Los hicsos, que Manetón señala como plaga o azote divino para los egipcios, iban en carros de combate, disponían del arco compuesto y vivían en núcleos amurallados. Los llamados *príncipes pastores* introducirán sus dioses y su *Gran Señor* se identificará con Seth.

La reacción egipcia contra los intrusos se producirá a lo largo de la dinastía XVIII a cargo de los príncipes tebanos.

Imperio Nuevo (1552-1070 a. de J.C.)

Conocido también con el nombre de *Segundo imperio tebano*, representa no sólo la expulsión de los elementos extraños del

país sino la protección activa del mismo mediante campañas militares en el exterior. En este sentido, el imperio adquiere las específicas características de dominio sobre tierras foráneas, como fueron las zonas colonizadas en Nubia y las acciones sobre ciertas regiones asiáticas. Es la época de los Tutmósís y de los Amenófis. Durante este período, Amón se convierte en el gran protec-



Udjat, el ojo de Horus, con alas y piernas, alude a sus largas andaduras por cielos y tierra. En este caso, la imagen duplicada representa un incremento de potencia. Sigue la serpiente con piernas, que ostenta cuernos de carnero y el disco solar. Esta imagen sagrada tenía valor talismánico para la marcha del difunto por las tierras del más allá y se activaba con la lectura de un capítulo del *Libro de los muertos*.

tor del imperio. Los dioses egipcios adquieren carácter universal. El *Libro de los muertos* aparece en el interior de los sarcófagos como recopilación de antiguas fórmulas para acceder con buen pie en las regiones del más allá. Se produce la curiosa revolución teológica de Akhenaton referida al disco solar, como culminación de un proceso que apunta al monoteísmo. El dios Aton es un dios manifiesto, con templos abiertos a luz, en contraposición a Amón, el dios *oculto* en los lugares secretos del templo.

Durante las dinastías XIX y XX (1308-1085 a. de J.C.) y a través de los Ramsés y de los Seti, se llega al máximo esplendor y poder en los cultos de Amón, materializados en grandes templos, magnificencia que simultanea con formas de piedad in-

timista y personal. Bajo el reinado de Ramsés IV (c. 1150), se redactaron los himnarios de Leyden y de Amón, así como los llamados papiros de Harris.

Tercer Interregno (1070-711 a. de J.C.)

Tanis es la cuna de la dinastía XXI cuyos soberanos han de ver cómo los reyes sacerdotes instauran un nuevo feudalismo. La dictadura teocrática de los sacerdotes promueve el desarrollo de los cultos y divinidades locales.

Las dinastías libias (XXII y XXIII), junto con la tanita (XXIII) y la saíta (XXIV), cierran el período.

Baja Época (711-332 a. de J.C.)

Empieza el período etiópico con la XXV dinastía, época en la que se transcribe en piedra la doctrina de Memfis por disposición del faraón Shabaka (712-700 a. de J.C.).

La dinastía XXVI, con los Psaméticos, supone la restauración de la independencia de gobierno y en esta época se consolidan las relaciones y contactos con los griegos.

Los monarcas persas Cambises, Darío y Jerjes constituyen la dinastía XXVI. Las últimas dinastías egipcias dependerán del imperio persa (XXVIII a XXX) hasta la llegada a Egipto de Alejandro Magno. Hacia el 450 a. de J.C., Herodoto escribe su crónica sobre Egipto (Libro II de su *Historia*).

Época greco-romana (332-30 a. de J.C.)

Este período se inicia con el gobierno de los Ptolomeos. Se incrementan los contactos entre las culturas griega y egipcia. Bajo el reinado de Ptolomeo Soter, que recibió el dominio de Egipto tras la muerte de Alejandro Magno (332), se establece el culto a Serapis. El culto de Isis se expande por el Mediterráneo.

Vocabulario básico de la mitología egipcia

Aah. — Dios lunar que, en determinadas ocasiones, se representaba en forma humana llevando sobre la cabeza la imagen de un cuarto creciente. Fue identificado con Khensu.

Aaep. Vid. Apofis.

Abidos (Abydos). — Población del Alto Egipto que, desde la dinastía VI, se convirtió en centro del culto de Osiris.

Abu Simbel. — Emplazamiento arqueológico de Baja Nubia donde se halla el templo rupestre de Ramsés II dedicado a Amón, sobre la ribera derecha del Nilo, en la región de Assuán. Éste y otros monumentos, amenazados por la presa que había de construirse fueron salvados gracias a una campaña para su traslado patrocinada por la UNESCO.

Aker. — Dios identificado con la tierra. Se representó, al principio, como una parcela de suelo con cabeza humana y, posteriormente, como doble esfinge.

Akh. — Término que significaba *efectividad* y también *gloria*, *claridad* y *magnificencia*. En términos generales, puede concebirse como principio espiritual de la persona.

Akhmin. — Población del Alto Egipto, llamada Panópolis por los griegos, fue centro del culto lunar.

Amahuet. — Vid. Amonet.

Amamet (Amait). — Vid. Ammut.

Ammut. — Demonesa híbrida cuyo cuerpo está formado por partes de hipopótamo, león y cocodrilo. En las escenas de la psicostasia o pesada del alma, se representaba tras el difunto, dispuesta a devorarlo si el juicio era desfavorable.

Amón (Amen, Amún). — Nombre del dios tebano que empezó a adquirir importancia a partir de la dinastía XII. Originariamente pudo ser un dios de los vientos; hacia la dinastía XVIII, se convirtió en el dios nacional de Egipto.

Amonet (Amunet). — La Lejanía. Constituye la pareja femenina de Amón en la ogdóada de Hermópolis. En ocasiones, se presenta como madre de Amón.

Amset. — Uno de los cuatro hijos de Horus que se relacionaron con los vasos canópicos donde se guardaban las vísceras del difunto. Presidía el recipiente rematado con cabeza humana donde se depositaba el estómago (*).

Anhert (Onuris). — Dios celestial frecuentemente identifica-

* Hemos seguido las indicaciones de A. P. Leca en *Les momies* (París, 1976). Según A. W. Shorter en *The Egyptian gods* (Londres, Henley and Boston, 1978). Hapi guardaba los pulmones; Quebehsenuf, los intestinos; Duamutef, el estómago; Mesta o Amset, el hígado.

do con Shu. Ostenta cuatro plumas sobre la cabeza y lleva una lanza o azagaya.

Anubis (Anpu). — Dios con cabeza de chacal o de perro. Integrado en los cultos de Osiris, presidía los embalsamamientos. Su centro de culto fue Cinópolis (el Kes).

Apis (Hap). — Toro sagrado de Memfis. Se consideró como el *ba* o *doble* de Ptah. Quedó asociado a Osiris y recibió el nombre de Serapis entre los griegos. Se representó con un disco solar entre los cuernos.

Apofis. — Serpiente gigantesca, encarnación del mal, que simbolizaba la oscuridad. Aparece como el gran oponente de Ra en su viaje por el inframundo.

Asar (Ausar). — Nombre de Osiris.

Ashoreth (Astarté). — Divinidad femenina de origen asiático asimilada al panteón egipcio. Aparecía como dama de la guerra. Llevaba la corona *atef* y empuñaba armas. Fue considerada hija de Ra y se identificó con Sekhmet y con Hathor. Se convirtió en pareja de Seth.

Ast. — Uno de los nombres de Isis.

Atef. — Corona ceremonial que presenta cuernos de cordero, dos plumas y el *ureus*.

Atón (Aten). — Designación del disco solar que constituye una de las manifestaciones de Ra desde el Antiguo Imperio. Akhenaton lo proclamó divinidad suprema y constituyó la ciudad de Akhetaton (Tell el-Amarna) como núcleo de la nueva religión.

Atum (Tem, Tum). — Dios originario de carácter ctónico, creador de la colina originaria emergida de Nun, el Abismo. Posteriormente se asoció a la enéada de Heliópolis. Su nombre parece significar *el Perfecto* o *Acabado* y representa el sol de la tarde antes de la puesta. Ostentaba la doble corona de los faraones y su culto se extendió por diversas localidades del Delta oriental. Posteriormente, al quedar identificado con el Sol, a través del auge de la teología heliopolitana, su figura alcanzó universalidad hacia la dinastía V.

Auhu. — La Luna como divinidad.

Ausaas. — Diosa con los cuernos de la vaca Hathor entre los cuales aparece el disco solar. Fue considerada esposa de Harakhty y tuvo su centro de culto en Heliópolis.

Ba (Bai). — Uno de los elementos constitutivos de la persona tanto humana como divina. A veces, se traduce como *alma*, aunque las funciones corresponden propiamente a las del *doble*. Generalmente se representa en forma de pájaro con cabeza humana y la barba postiza de los dioses. Éstos no sólo poseen su *ba*, sino que a veces son invocados como *dobles* de otros dioses.

Babú. — Nombre del simio demoníaco que aparece en la psicostasia o pesada del alma para ejercer funciones de verdugo de los condenados.

Banebdet (Banabetet). — Dios carnero que muestra el disco solar entre los cuernos. Fue venerado en Mendes de la región del Delta. Los griegos lo llamaron Bendetis y se consideró que encarnaba a Ra y a Osiris.

Bast (Bastet). — Divinidad femenina con cabeza de gata. Su

centro de culto fue Bubastis (Tell Basta). Representa los poderes benéficos del Sol como contraposición a la figura de Sekhmet, que expresa las cualidades maléficas del astro.

Bendetis. — Vid. Banebdet.

Beni Hassan. — Población del Alto Egipto donde se hallan tumbas rupestres de la dinastía XI.

Bes. — Enano divino con rostro grotesco asociado con el desarrollo de la fecundidad y la eliminación de todo mal influjo. Su figura se convirtió en amuleto.

Biblos. — Antigua población fenicia a la que, según se creía, llegó el sarcófago de Osiris. Desde antiguo, mantuvo con Egipto relaciones culturales y comerciales.

Bigeh. — Isla del Nilo, próxima a la primera catarata, que se consideró una de las fuentes de las que brotaba el Nilo.

Bubastis. — Centro del culto a la diosa Bastet, en el Bajo Egipto; la actual Tell Basta.

Buchis (Bakhis). — Toro sagrado que ostenta el disco solar y dos plumas entre los cuernos. Fue adorado en Hermonthis (Ermant) y se consideraba encarnación de Ra y Osiris.

Busiris. — Nombre griego para designar Andjet o Djedu, el lugar santo de Osiris, que se dio a una población del Bajo Egipto.

Buto. — Vid. Uajyt.

Cinópolis (Cynópolis). — Población del Alto Egipto; la antigua Kasa, centro del culto de Anubis.

Coptos. — Población del Alto Egipto; uno de los centros de culto del dios Min.

Coronas. — Constituyen el tocado de dioses y de faraones. La Blanca correspondía al Alto Egipto; en tanto que la Roja representaba el dominio del Bajo Egipto; ambas reunidas formaban la *psechent*. Aparecen con rango de divinidades protectoras y sus imágenes tenían valor talismánico.

Chedit. — Antiguo nombre de la población de Crocodinópolis en el Fayum, centro del culto a Sobek.

Chemmis. — Isla del Nilo, próxima a Buto. Se creía que en ella Isis había dado a luz a Horus.

Chen-Ur. — Designación mitológica de las aguas primordiales que, según las concepciones egipcias, rodeaban la Tierra. Significaba *La-Gran-Boca*.

Deir el-Bahari. — Emplazamiento de la ribera occidental de Tebas, donde se halla la necrópolis real de Mentuhotep y el templo funerario de la reina Hatchepsut.

Deir el-Medineh. — Emplazamiento situado en la montaña occidental de Tebas, donde residían los obreros que trabajaban en las necrópolis reales durante el Imperio Nuevo.

Dendera. — Localidad del Alto Egipto, centro del culto a Hathor.

Diadema. — La diadema real fue considerada también, como la corona, una divinidad y se asoció con el ojo de Horus que, a su vez, quedó asimilado al *ureus*, cobra protectora que aparece en la parte frontal de la diadema.

Djed (Tet). — Pilar vegetal que, desde épocas remotas, quedó asociado con la fecundidad y la renovación de la vida. A partir del Imperio Nuevo, se muestra como emblema de Osiris. Al parecer, su nombre equivalía a *duración* o *perdurabilidad* y su figura se convirtió en talismán. Intervenía en el ceremonial conocido como *erección del Djed* que llevaba a cabo el faraón periódicamente, a modo de renovación de las energías que su persona emitía sobre todo el país.

Duamutef. — Divinidad en forma de momia que ostentaba cabeza de perro o de chacal. Era tenida por uno de los hijos de Horus y protegía los pulmones del cadáver, que se guardaba en uno de los vasos canópicos que precisamente remataba con la cabeza del mencionado animal.

Duat. — Mundo subterráneo en el que, según las creencias egipcias, residían los difuntos. Es la zona que Ra visita durante su viaje nocturno para difundir la vida y asistencia entre los *justificados* que residen en aquellas regiones.

Dudun. — Nombre dado en Nubia al dios Khnum.

Edfú. — Población del Alto Egipto, centro del culto a Horus el Halcón.

Elefantina. — Isla del Nilo que se halla frente a Assuán.

Enéada. — Conjunto de nueve dioses que, principalmente, cons-

tituye el panteón de Hermópolis. De todos modos, el número de entidades divinas puede variar según los lugares aunque se mantenga la denominación.

Epagómenos. — Los cinco días que se añadieron a los doce meses de treinta días del año solar egipcio para regular el calendario.

Ermutis (Termutis). — Nombre griego para designar a la diosa Ernutet o Renenutet.

Ernutet. — Divinidad femenina con cabeza de serpiente que representaba la abundancia; fue considerada la nodriza de los dioses.

Esna. — Población del Alto Egipto, centro del culto a Khnum.

Geb (Keb). — Uno de los dioses de la enéada heliopolitana, era considerado señor de la tierra.

Gran Lago. — Denominación de las aguas primordiales del Abismo.

Gran Residencia. — Lugar dedicado al culto de Osiris que se identificaba simbólicamente con su tumba.

Hah. — Personificación del infinito representado como un personaje que sustenta el cielo; asimilado a Shu o bien a Amón.

Hapi (Hapy). — Nombre del Nilo y de la inundación.

Hapi. — Nombre de uno de los cuatro hijos de Horus que se asimiló al vaso canópico rematado con la cabeza de un babuino o cinocéfalo y donde se colocaban los intestinos del difunto.

Haraktes (Harakty). — Horus del Horizonte, nombre con el que, en determinadas ocasiones, se hace referencia a Ra e incluso a Amón.

Haroeris. — Transcripción griega del nombre de Horus el Viejo, dios solar introducido en el ciclo de Osiris.

Harpócrates. — Uno de los nombres de Horus que los griegos consideraron relacionado con la divinidad del silencio.

Harsef (Harsafes). — Divinidad adorada bajo forma de carnero en Herakleópolis.

Hartomes. — Horus como dios guerrero.

Hathor. — Diosa celestial representada bajo forma de vaca que lleva el disco solar entre los cuernos; a veces, se muestra en forma de mujer con orejas de vaca o cuernos de este animal. Presidía el amor, la danza y las bebidas embriagantes. Se consideró la patrona de los países extranjeros. En Tebas fue venerada como señora de los difuntos. Quedó asimilada a distintas diosas, especialmente a Isis.

Heka. — Fuerza mágica que podía modificar el curso de los acontecimientos. Era también el nombre del dios de la magia.

Hekat. — Cetro real a modo de báculo.

Heket. — Vid. Hequet.

Heliópolis. — Población del Bajo Egipto, centro del culto solar, especialmente importante a partir de la dinastía V.

Henu. — Barca sagrada de Sokaris.

Hequet (Heqt, Hiquit). — Diosa con cabeza de rana; era tenida por compañera de Khnum o Khnemu; se asoció con la creación cósmica y el nacimiento de los hombres.

Herakleópolis. — Población del Alto Egipto, centro del dios cordero Harsafes.

Hermonthis. — Población del Alto Egipto, la actual Ermant, que fue centro del culto de Montú.

Hermópolis Magna. — Población del Egipto Medio, la actual Ashmunein, que fue centro del culto del dios Thot.

Heu. — Lo Indeterminado. Uno de los elementos del abismo primordial según la teología de Hermópolis.

Hicsos (hiksos). — Pueblos asiáticos, nómadas, que se introdujeron en Egipto hasta llegar casi a dominarlo durante las dinastías XV y XVI.

Hieracónpolis. — Nombre griego de la antigua Nekhen, en el Alto Egipto; centro del culto al dios halcón.

Hijos de Horus. — Cada una de las divinidades guardianas de los vasos canópicos en los que se depositaban las vísceras del difunto. Eran cuatro: Amset (Mesta), Duamutef, Hapi y Kebehsenuf.

Horus. — Antiguo dios solar cuyo culto se extendía por el Delta. La teología ligada al culto de Osiris lo convirtió en el hijo del dios difunto y de su esposa Isis.

Hu. — Genio que encarna la palabra, según la teología memfita. Generalmente se asocia a Sia, el pensamiento creador relacionado con el corazón.

Huet (Heuet). — La Inmensidad. Elemento divino de la ogdóada de Hermópolis que forma pareja con Heu, lo Indeterminado.

Ihet. — Diosa vaca identificada con Neith en Sais.

Ihy. — Hijo de Hathor representado como muchacho que lleva en una de sus manos el collar *menat* y en la otra, el sistro. El centro de su culto se halló en Dendera.

Imhotep (Imhetep). — Arquitecto divinizado que se representaba como sacerdote y era adorado especialmente en Memphis como Creador o Arquitecto cósmico. Fue urbanista y consejero del faraón Zóser o Djeser de la dinastía III y posteriormente considerado como el dios de la arquitectura y de la medicina o arquitectura del organismo. Los griegos lo identificaron con Esculapio. El arquitecto de Amenofis III, que ostentaba el mismo nombre que el faraón, también fue divinizado.

Imseti. — Vid. Amset.

Inenet. — Nombre referido al Ojo de Horus o de Ra en su condición de dama alejada o dama rescatada.

Ioh. — La Luna como divinidad.

Ipu. — Antiguo nombre de Akhmin.

Isis (Ast). — Diosa que aparece como personificación del trono. En el ciclo de Osiris, desempeña el papel de esposa de éste y

madre de Horus. En el Bajo Imperio, por asimilación con otras divinidades femeninas, se convierte en la Gran Madre universal. Los griegos la identificaron con Demeter.

Itfet (Itefat). — Nombre de una corona real.

Ka. — Uno de los elementos constitutivos de la persona, considerado como alma o principio de vida. Su jeroglífico, que presenta la forma de dos brazos, con la porción anterior de la extremidad en posición horizontal y los antebrazos en posición vertical, se convirtió en preciado talismán. Los dioses, según afirman los textos, poseían varios *ka*. El plural del vocablo (*kau*) significaba *alimentos*. Ello resulta especialmente significativo por la relación entre éstos y el principio de vida.

Kamefis. — Epíteto aplicado a varios dioses relacionados con la generación.

Karnak. — Emplazamiento arqueológico de carácter monumental a unos cinco kilómetros de Luxor. Era el dominio de Amón, donde se hallaba su gran templo. Los faraones fueron ampliando las construcciones del lugar desde el Imperio Medio hasta la época ptolomaica.

Kauket. — Vid. Ku.

Kebehsenuf. — Vid. Quebehsenuf.

Khefer (Khefra, Khefri). — Dios creador con forma de escarabajo pelotero. Asimilado a Ra, designa el Sol en el momento de su aparición. En egipcio, *kfr* significaba *nacer, iniciar la existencia*. Como símbolo de la plenitud originaria, se convirtió en talismán.

- Khemnis (Khensu, Khonsu).** — Vid. Khons.
- Khenti-irti.** — Una de las formas del halcón divino considerado como cielo con los dos ojos del Sol y de la Luna.
- Khnum (Khnemu).** — Divinidad con cabeza de carnero que presentaba las funciones de alfarero creador de dioses y hombres. Su centro de culto fue Elefantina.
- Khonsú (Khons).** — Dios lunar en la teología de Tebas, donde aparece como hijo de Amón y de Mut. Ostenta el disco lunar en fase creciente sobre la cabeza. Su templo principal se halla en Karnak.
- Kom-Ombo.** — Población del Alto Egipto cerca de la cual se elevaba un templo dedicado a Sobek y a Horus el Viejo.
- Ku (Ke, Keu).** — Lo Oscuro. Elemento divino de la ogdóada de Hermópolis que aparece como pareja masculina de Kuket, Kauket o Keket, las Tinieblas.
- Lágidas.** — Dinastía griega que reinó en Egipto durante el último período de su historia. Su fundador fue Ptolomeo Soter, hijo de Lago, y terminó con Cleopatra.
- Letópolis.** — Población del Bajo Egipto, la antigua Sekhem, centro del culto de Horus Khenti-irti.
- Licópolis (Lycópolis).** — Población del Alto Egipto, la actual Asiut. Fue centro del culto de Upuaut.
- Loto.** — Flor divina, símbolo solar, de la que surge Nefertum,

el Horus que, en la trinidad memfita, se presenta como hijo de Ptah y de Sekhmet.

Luna. — Astro divino que se consideraba el ojo izquierdo de Ra o de Horus. Constituye el símbolo del rejuvenecimiento y de la renovación. Las fases lunares dieron lugar a un calendario litúrgico que coexistió conjuntamente con el de base solar.

Luxor (Luq̄sor). — Nombre actual de la antigua Tebas, capital religiosa del culto a Amón.

Ma'at. — Diosa de la verdad y de la justicia que aparece a veces como madre de Ra y a veces como su hija. Ostenta en la cabeza una pluma de avestruz y representó el orden cósmico.

Mammisi. — Pequeño templo, generalmente anexo a otro mayor, en el que se representaba el nacimiento del faraón como dios.

Medes. — La Luna concebida simbólicamente como cuchillo celestial.

Mehit. — Divinidad femenina compañera del dios Onuris.

Memfis (Menfis). — Capital de Egipto en el Imperio Antiguo, la actual Mit-Rahina. Este nombre deriva de Mennefer, la pirámide de Pepi I. La población, fundada por Menes, se conoció como Muro Blanco; posteriormente, recibió el nombre de *Het-Ka-Ptah*, *Lugar del Ka de Ptah*, así como el de *Balanza del Doble País*. El primer dios local pudo ser Ta Tjenem, la colina inicial.

Menat (Menit). — Collar que representaba la energía vital; se asoció con la figura de la diosa Hathor y constituyó un talismán de carácter divino como núcleo emisor de fuerza sagrada.

Mendes. — Población del Delta, centro del culto de un dios carnero que los griegos denominaron Bendetis.

Mentú. — Vid. Montú.

Mertseger (Ta Tenet). — Divinidad conocida como *Señora del Silencio*, personificada en la montaña sepulcral de Tebas.

Meskhenet (Maskonit). — Diosa de los partos y señora de los destinos; aparece como personificación del ladrillo que las egipcias empleaban para depositar al neonato.

Mesta (Imseti). — Vid. Amset.

Min (Menu). — Dios de la generación que ostenta un falo erecto. Presenta carácter lunar; en determinado momento, se identificó con el dios creador. Los centros de su culto fueron Panópolis (Akhmin) y Coptos (Kuft). Los griegos lo identificaron con el dios Pan.

Mnevis. — Toro sagrado de Heliópolis, asimilado al dios solar y designado, a veces, como su heraldo. Muestra el disco helíaco entre sus cuernos, así como el *ureus*.

Montu. — Dios tebano de carácter guerrero anterior a la exaltación de Amón.

Mut. — Vocablo que significaba *Madre* y que se confirió a la esposa de Amón. Se asimiló posteriormente a otras diosas y se representaba bajo la forma de buitre.

Naunet. — Pareja femenina de Nun, representa el anticielo o las aguas profundas del caos.

Nebyt. — Antiguo nombre de Kom-Ombo.

Nedit. — Lugar donde Seth mató a Osiris.

Neferhotep. — Sobrenombre de Khonsú de Tebas.

Nefertum (Nefertem). — Una de las formas del Sol según la teología heliopolitana; el astro creador aparece en la flor de loto. En Memfis, Nefertum fue invocado como hijo de Ptah y de Sakhmis.

Neftis. — Hija de Geb y de Nut; esposa de Seth y madre de Anubis. Participa, junto con Isis, en la recomposición de Osiris.

Neith. — Diosa de la guerra, adorada especialmente en Sais. Los griegos la identificaron con Atenea. Posteriormente se representó como divinidad bisexuada. Es madre de Sobek y señora del mar.

Nekhet. — Diosa de la población del mismo nombre (el-Kab). Se representaba como buitre blanco y era tenida por patrona del Alto Egipto.

Nekhekh. — Escobilla espantamoscas que constituía uno de los emblemas de la realeza.

Nekhen. — Antigua capital del Egipto protodinástico que los griegos denominaron Hieracópolis, en el Alto Egipto.

Nemahuit. — Divinidad femenina, compañera de Thot. Se consideraba que sus poderes alejaban de todo mal.

Nemes. — Tocado real que, envolviendo la cabeza, caía sobre las espaldas.

Niau. — El Vacío, uno de los elementos que se añadieron a la ogdóada en período tardío, cuya compañera fue Niaut, la Oquedad.

Nilo. — El gran río egipcio fue no sólo considerado como una divinidad, sino que constituyó punto de referencia constante de la vida material y espiritual del Antiguo Egipto. Para mantener la idea de dualidad, que representó una categoría básica del pensamiento egipcio, se atribuyeron a esta corriente fluvial dos fuentes, una en el Alto Egipto, Bigeh (Elefantina) y otra en el Bajo Egipto, Babilonia del Delta (Kheraha o Queraha).

Nubt Ombos. — Vid. Ombos.

Nun. — Abismo originario representado como caos líquido del que todo emerge.

Nut. — Diosa del cielo en la enéada de Heliópolis. Es la esposa de Geb y se representa como mujer gigantesca encorvada sobre la tierra.

Ofois. — Vid. Upuaut.

Ogdóada. — Conjunto de los ocho dioses primordiales según la teología de Hermópolis. Representan los elementos cósmicos en su condición caótica.

Ombos. — Antigua población situada frente a Coptos y que fue centro del culto a Seth.

Onuris. — Vid. Anhert.

Osiris (Asar, Asuar). — Divinidad originaria de Busiris, aparece

como el dios salvador que garantiza la inmortalidad; se convirtió en imagen del faraón difunto. Fue identificado con la estrella Orión.

Paket (Pasht). — Diosa con cabeza leonina cuyo centro de culto fue Beni Hassán.

Panópolis. — Nombre griego de la Akhmin egipcia, población del Alto Egipto, centro del culto al dios Min.

Petesukhos. — Nombre griego dado al cocodrilo sagrado de Crocodrilópolis.

Ptah. — Dios creador identificado con el promontorio o colina inicial Ta Tjenen. Es el señor de los artesanos y fue asimilado por los griegos con Hefastos.

Ra (Re). — Dios solar de Heliópolis que se fundió con la imagen de Horus. Se representó como hombre con cabeza de halcón y simbolizaba el Sol en la plenitud de su potencia. Se convirtió en el dios supremo de Egipto a partir de la dinastía V y posteriormente fue identificado con Amón.

Ranit (Renenut, Renenutet). — Vid. Ermutis.

Renpet. — Diosa de los tiempos, símbolo de la eternidad.

Quebehsenuf. — Dios con aspecto de momia y cabeza de halcón; uno de los hijos de Horus; protegía el hígado del difunto que se guardaba en uno de los vasos canópicos.

Sa. — Energía magnética.

Safekht. — La Cornuda. Epíteto de Sheshet.

Sakhmis. — Diosa leona que ostentaba sobre la cabeza el disco solar. Es consorte de Ptah y simbolizó los poderes destructores del Sol. Fue identificada con Bastet y con Mut.

Saqqara (Sakkara). — Parte de la necrópolis memfita situada en la ribera occidental del Nilo, frente a Heluán, donde se hallan tumbas reales anteriores a la dinastía III.

Satet (Satis). — Diosa asociada con Khnum cuyo centro de culto se hallaba en la primera catarata (Assuán). Ostentaba la corona del Alto Egipto y cuernos de vaca.

Sebbenytos (Djemmuti). — Población del Delta situada cerca del lugar donde el Nilo se ramifica.

Sechechet. — Sistro consagrado a Hathor en forma de puerta y rematado en una cabeza femenina que presenta orejas de vaca.

Seker. — Vid. Sokaris.

Sekhmet. — Vid. Sakhmis.

Septu(Sopd, Sedpu). — Dios que aparece tocado con dos plumas y con aspecto de guerrero, que fue invocado como *Vencedor de los asiáticos*.

Serapis. — Nombre de una divinidad introducida en Egipto por los Lágidas derivado de la fusión de los nombres de Osiris y Apis. En la época de los Ptolomeos adquirió rango universal.

Serquet (Selket, Selchis). — Diosa del Bajo Egipto que aparece

con la figura de un escorpión sobre la cabeza. Como protectora de la vida, fue identificada con Isis y Neith.

Seshet. — Vid. Sheshet.

Seth. — Hermano y oponente de Osiris. Representa al usurpador, principio de toda división. Personificó la sequedad del desierto. Se concebía como asno, cerdo y a veces con figura humana y cabeza de camello o de un animal de especie desconocida, piel rojiza y orejas rectangulares. Fue venerado durante las primeras dinastías como señor del Alto Egipto y alcanzó especial importancia como divinidad protectora de los hicsos. Su centro de culto fue Ombos y sus dominios, las regiones desérticas.

Shai. — Lo Determinado, es decir, el destino que se establece en el momento de nacer. Los griegos lo identificaron con el Agathodaimon o dios custodio. En su forma femenina (Shait) aparecía como diosa.

Sheshet (Sechat, Seshat). — Diosa de la escritura. Lleva en una mano la paleta de tinta de los escribas y en la otra, una rama de palmera donde se llevaban los registros mediante incisiones. Era personificación de la memoria.

Shu. — Dios cósmico que personifica el aire en la enéada de Heliópolis.

Sia. — Pensamiento creador, complemento de Hu, verbo o palabra creadora.

Sobek (Sebek, Sobk, Suchos). — Dios cocodrilo honrado especialmente en Chedit o Crocodilópolis, en El Fayum. Los griegos lo denominaban Suchos.

- Sokaris.** — Dios de la necrópolis de Saqqara que se relacionó con Ptah y con Osiris. También fue considerado divinidad lunar.
- Sol.** — Constituye el núcleo básico de la teología de Heliópolis y se relacionó con el ojo derecho de Horus.
- Sothis.** — Nombre de la estrella Sirio. Su aparición en el horizonte, coincidiendo con la salida del sol, constituyó la base del año solar egipcio. Se identificó con Isis. En la baja época fue designada con el nombre de Isiothis.
- Tanis.** — Antigua población del Delta; fue capital de Egipto en la dinastía XIX.
- Ta Tenem (Ta Tjenem).** — Lo que emerge. Ptah, en tanto que materia e identificado con la colina primordial.
- Ta Tenet.** — La cima o montaña funeraria de Tebas identificada con Mersteger.
- Taurt.** — Vid. Thueris.
- Tebas.** — Capital de Egipto durante el Imperio Medio y el Imperio Nuevo. Fue centro del culto a Amón.
- Tefnut.** — Diosa que aparece con cabeza de leona ostentando el *ureus*; consorte de Shu. Personifica la humedad.
- Tem.** — Vid. Atum.
- Thermuthis.** — La Nodrizza; diosa con cabeza de serpiente que fue asimilada a Isis. Aparecía como señora de la fecundidad y de las cosechas.

This. — Población del Alto Egipto, centro de culto de Anheret u Onuris.

Thot (Thout, Tehuti, Thoth). — Dios de los jeroglíficos; notario de los dioses. Se presentó en forma de ibis y de babuino con un disco lunar en cuarto creciente sobre la cabeza. Se identificó con la Luna y los griegos vieron en él a Hermes. El centro de su culto fue Hermópolis.

Thueris (Taurt). — Diosa de la fecundidad representada bajo forma de hipopótamo con pechos de mujer, dorso de cocodrilo y patas de león. Patrona del hogar y de los partos.

Tjem. — Vid. Ta Tenem.

Tuamutef. — Vid. Duamutef.

Tueris. — Vid. Thueris.

Uajyt (Uatchet, Uazet, Uto, Buto). — Diosa coronada con el *ureus* y frecuentemente identificada con éste. Ostentaba la corona roja del Bajo Egipto. Su centro de culto fue Buto, nombre con el que también era designada.

Uas. — Cetro formado por un cayado que remataba con la figura de la cabeza de un animal. Era una insignia divina que simbolizaba la fecundidad y la fuerza.

Udjat. — Ojo sagrado de Horus, símbolo de creación a través de la mirada.

Upuaut (Uepuaet). — Divinidad con cabeza de lobo cuyo centro de culto fue Licópolis (Asiut). Su nombre significaba *Aquel-*

que-abre-caminos y, por ello, fue considerado el guía de las regiones del más allá.

Upu-sehui. — Thot como juez en el tribunal de los dioses.

Ureus. — Figura de cobra, elemento mágico-sagrado, que protegía la diadema real. Llegó a ser considerada una divinidad.

COLECCIÓN ELEUSIS

1. El misterio de la psicofonía. Profesor Sinesio Darnell (224 págs.).
2. El tarot. Gabinete de estudios ocultistas (128 págs.).
3. Dioses y símbolos del antiguo Egipto. Juan García Font (192 págs.).